ESTA VIDA NO ES LA VIDA

MONSEÑOR GAUME

Protonotario Apostólico

CON APROBACIÓN
DE LA AUTORIDAD ECLESIÁSTICA

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 — Sevilla

ISBN: 84-7693-285-5
Depósito Legal: B. 18528-94
Printed in Spain
Impreso en España

PROLOGO

Amado lector: este libro que tienes en tus manos es un gran libro, de los mejores para entender el sentido de la vida, y para comprender el por qué y para qué hemos venido a este mundo.

Todo hombre sensato debe interrogarse y tratar de comprender la verdad del por qué y para qué estamos en este mundo.

Tal vez en los primeros capítulos o cartas te aburras y no quieras seguir adelante con la lectura, pero te aconsejo que no la abandones, pues a partir de la décima carta te aseguro que la vas a sentir interesante, y cuanto más te acerques al final, tanto más te va a entusiasmar. Y aunque la segunda mitad del libro te resultará más interesante, conviene que lo leas desde el principio, pues solamente leyéndolo todo seguido, comprenderás mejor las conclusiones.

Y aunque el libro se escribió en el siglo XIX, puede aprovecharte mucho al final del siglo XX, y aun en el siglo XXI, pues aunque el mundo a cambiado mucho, el sentido materialista de enten-

der la vida creo que no ha cambiado nada.

Los hombres materialistas y ateos, tanto hoy como ayer, tratan de engañarnos haciéndonos creer que no somos más que meros animales, y que solamente nos distinguimos del resto de los demás animales porque hemos evolucionado más, pero que, como todos los demás, nuestra vida acabará con la muerte en este mundo, convirtiéndonos en polvo y desapareciendo para siempre.

Este es el error más grave y perjudicial que invade el mundo, porque trata de hacernos creer que no hay más vida que la presente, y que, por tanto, «comamos y bebamos porque mañana moriremos» *(1 Cor. 15,32).*

Pero nosotros somos cristianos, y gracias a Dios, tenemos el don de la fe y sabemos que no somos animales, porque Dios nos creó espirituales y nos hizo a su misma imagen y semejanza, con alma inmortal que jamás podrá morir.

Los hombres aunque tenemos un cuerpo animal, tenemos un alma espiritual. Con la muerte se destruye el cuerpo, y nosotros viviremos en el alma y seremos semejantes a los ángeles de Dios (Mt. 22,30).

Nosotros somos muy distintos y muy superiores a los animales, pues los animales y todas las cosas de la creación las creó Dios para el servicio del hombre, pero al hombre nos creó Dios para

hacernos sus hijos y para que fuéramos los herederos de toda su inmensa felicidad.

Dios nos creó porque es bueno y quería compartir con nosotros su gloria infinita por toda la eternidad.

Dios que es infinitamente bueno, no podía crearnos para la miserable vida del mundo. Esta vida no corresponde a la idea de Dios que la da. Suponer lo contrario es negar la bondad, la sabiduría y la omnipotencia de Dios, como explica el autor en la carta indécima.

Dios que es todopoderoso y bueno, no podía crearnos para otra cosa que para hacernos eternamente felices en el cielo, con una felicidad que el autor de este libro trata de querernos explicar en las últimas cartas, pero que es imposible de poder relatar adecuadamente, ya que para eso necesitaríamos la sabiduría y la inteligencia de Dios.

Pero quizás alguno se pregunte: Si Dios nos creó para la felicidad del cielo, ¿qué es lo que hacemos en este mundo, en este valle de lágrimas? ¿Por qué no hemos nacido directamente en el cielo, y por qué ha sido necesario que pasáramos por este mundo?

Cierto que Dios pudo crearnos en el cielo y darnos la gloria como se la da a los niños que mueren recién bautizados, con sólo los méritos de

Jesucristo. Pero la felicidad del cielo es muy distinta de unos a otros; cada uno será allí tanto más feliz cuanto más haya sufrido por Dios en este mundo, y por eso era conveniente que antes de ir al cielo tuviéramos la ocasión de poderle manifestar a Dios nuestro amor con la aceptación de los sufrimientos de este mundo.

Y no nos quejemos si antes de subir al cielo tenemos que sufrir algo en este mundo; consideremos que, como nos dice San Pablo: «Los sufrimientos de la vida presente no tienen comparación con aquella gloria venidera que para siempre se manifestará en nosotros» (Rm. 8,18).

Andrés Codesal Martín
Sevilla a 10 de abril de 1994

CARTA PRIMERA

SUMARIO: Objeto de esta correspondencia: desengañar, consolar, ilustrar, animar. — Creer que esta vida es la vida, es el más radical, el más cruel, el más desastroso, y por desgracia, en nuestros días el más extendido de todos los errores. — El más radical es el primero; ataca al hombre en lo más íntimo de su ser. — Le fascina, anécdota. — El más cruel: le degrada y le hace desdichado. — Innobles definiciones que dan del hombre las víctimas del gran error. — Nobleza del hombre y del cristiano.

MI QUERIDO FEDERICO:

Si yo tuviera cien pechos y cien voces, no cesaría de gritar: ¡Oh, hombres, mis amigos y mis hermanos! El error más radical, el más cruel, el más desastroso y desgraciadamente el más extendido en nuestros días, es crer que la vida de acá abajo es la verdadera vida.

He ahí, amigo mío, el Goliath contra quien debes combatir, y no solamente tú, sino todo hombre y toda mujer que vienen a este mundo.

Esa lucha será de todos los días y de todas las horas. Para sostenerla emplearás, no sólo las armas que te he proporcionado en nuestras primeras correspondencias, sino todas las que la Iglesia misma te ha dado; a manejarlas bien deberás dedicar toda la energía de tus potencias, tu razón, tu fe, tu voluntad.

La lucha es decisiva: de ella dependen tu felicidad o tu desdicha; tú mismo eres lo que en ella se disputa. Es guerra a muerte. Como en los antiguos combates de gladiadores, que se llamaban *sine remissione*, no se da cuartel al vencido, tiene que morir en el campo de batalla.

Acaso te causa sorpresa o supones que he querido inspirarte temores vanos o exagerados. Para prevenirte contra esta tentación, repasaremos uno por uno los caracteres que he atribuido al grande error, tu mortal enemigo. Tú juzgarás si le cuadran o no; yo me atengo a tu juicio.

Antes de comenzar, déjame decir en pocas palabras todo mi pensamiento sobre nuestra nueva correspondencia. El fin que me propongo no es sólo enseñarte a combatir: yo quisiera además *desengañar, consolar, ilustrar y dar ánimo*. Desengañar a los que creen que la vida de acá es la verdadera vida; consolar a los que mirándola así, se espantan o se desconsuelan por la muerte; ilustrar a los que se forjan ilusiones

sobre la naturaleza y el fin de esta vida; dar ánimo a los peregrinos de la tierra para la conquista de la vida verdadera. Tales son mis intentos: quiera Dios que los consiga.

Dicho esto, vamos al caso.

1.° EL ERROR QUE CONSISTE EN CREER QUE ESTA VIDA ES LA VIDA, ES EL MÁS RADICAL DE TODOS LOS ERRORES. — Le llamo radical porque es el primero. Mientras en los otros errores no se incurre sino adelantando en edad, éste tiende a apoderarse del hombre desde la infancia. La razón medio desarrollada, envuelta en los sentidos como el cuerpo en el vestido, no conoce durante los primeros años otra vida que ésta. Para desengañarla, o si te parece mejor, para ilustrarla, se necesita de tiempo y de muchos cuidados.

Radical. A diferencia de otros errores, que no recaen en general sino sobre algunos puntos particulares, o no afectan, digámoslo así, más que a la superficie del alma, éste ataca al hombre en lo más íntimo de su ser, en la noción misma de la vida, y atacándole así le fascina. Los engañosos encantos desorientan la razón, desorientan la voluntad, desorientan el corazón, falsean toda la existencia y acaban por atraer a su víctima al tragadero de la antigua serpiente.

Me explicaré con la siguiente anécdota.

Siendo yo estudiante, estaba de vacaciones. Era el mes de septiembre; las avellanas se hallaban en sazón. Se sabía que las mejores se criaban en la falda de una montaña, expuesta al sol de mediodía. Algunos árboles, muchos arbustos, la maleza y las zarzas cubrían el pie de ásperas rocas, desnudas por la lluvia, y en cuyos abrigados rincones tenían sus guaridas reptiles más o menos dañinos. Uno de mis compañeros y yo trepamos ágilmente a la montaña, buscado a derecha e izquierda, con nuestros ojos de lince, avellanas que pudiéramos atrapar.

Apenas habíamos dado algunos pasos, observamos en la picota de un joven fresno un pinzón que piaba de un modo lastimero, batía las alas y bajaba de rama en rama sin advertir nuestra presencia o sin asustarse de nosotros.

Nos paramos a mirar tal espectáculo, cuya causa nos era desconocida. El pajarillo, no obstante, seguía descendiendo, y ya casi llegaba a la altura de nuestras cabezas, cuando bajando la vista vimos al pie del árbol una gran víbora, inmóvil, con la cabeza levantada y los ojos fijos en los del pobre pinzón: lo fascinaba, y fascinándole, lo atraía a su tragadero. Comprendimos lo que era, y con un movimiento de brazo, cortando el rayo visual de ambos animales, rompimos el hechizo. Huyó la víbora, y el afortu-

nado pajarito echó a volar, no sin darnos muy bien las gracias, y con razón, que si tardamos un instante más era perdido.

El efecto producido en aquel pájaro por la mirada fascinadora de la serpiente, lo produce también en sus desventuradas víctimas el error de tomar esta vida por la vida verdadera. Más allá de esta vida no ven nada; más allá de los negocios de esta vida, nada; más allá de las ocupaciones de esta vida, nada; más allá de los bienes y los males, de las alegrías y las penas de esta vida, nada, absolutamente nada. Para ellos todo se encierra en los estrechos límites del tiempo: que se haga la prueba de hablarles de otra vida, de otros intereses, de otros bienes y otros males; como el pájaro fascinado, no ven nada ni entienden nada: van y van y siguen yendo por el camino a que los atrae la engañosa fascinación.

¿Quieres convencerte de ello por ti mismo? Fíjate en su vida, observa sus habitudes, conoce sus preocupaciones, sus temores, sus ambiciones, sus dolores. Lee sus diarios, sus libros, sus discursos; escucha sus conversaciones íntimas. Diez, veinte y cien veces que renueves la prueba, a todas horas y en todas las circunstancias te dará el mismo resultado. Fascinación, fascinación de las bagatelas, *fascinatio nugacitatis*, que no los deja ver los bienes y los ma-

les reales, y menos el abismo a que se dirigen: *obscurat bona*[1]. ¡Desdichados! ¡Y caen por miles cada día!

2.º EL ERROR CONSISTENTE EN CREER QUE ESTA VIDA ES LA VIDA, ES EL MÁS CRUEL DE TODOS LOS ERRORES. — Digo cruel, porque degrada al hombre y le hace desventurado: lo vas a ver.

Le degrada. Ciertos locos, que en vez de estar en las gavias, andan con el seudónimo de sabios por estas regiones del mundo moderno, que presumen ser palacios de la ciencia, tienen sobre el hombre ideas bien peregrinas. Hace unos cien años que uno de estos maestros pretendía que el hombre había comenzado por ser una carpa... y se tenía a sí mismo por un pez perfeccionado. Otro decía que el hombre es *una masa organizada que recibe el espíritu de todo lo que la rodea...* y se reputaba un pedazo de lodo. Cincuenta años más tarde, uno de sus discípulos definía al hombre: *un tubo apetitivo y digestivo, abierto por arriba y por abajo...* y se conceptuaba simple máquina. Debo decirte que estas definiciones no corren ya: murieron con sus inventores.

1. Sap. IV, 2.

Los locos de hoy día, más instruidos ya que sus antepasados, han descubierto, gracias a la fisiología comparada, que el hombre desciende del mono. En lugar de admitir nuestra noble alcurnia, y decir con todo el linaje humano: Somos de nuestro padre, que fue de Noé, que fue de Adán, que fue de Dios, ellos se creen hijos, nietos o tataranietos de algún gorila de largo rabo y agudo hocico, solitario habitante de las selvas africanas. Y se quedan tan horondos, y hacen esfuerzos desesperados por persuadirse a sí mismos, y aún a otros. A decir verdad, en vista de sus instintos y de las zancadas que dan, se encuentra uno tentado a concederles tan honrosa genealogía.

Pero no. «Alma abyecta, les dice Rousseau, en vano quieres envilecerte: tu miserable filosofía te hace semejante a las bestias; pero tu genio depone contra tus principios, y el abuso mismo de tus facultades prueba su excelencia a despecho tuyo.»

Mal que les pese a ese puñado de pequeños gorilas, el hombre forma una especie aparte en la cadena de los seres: es la criatura más noble del mundo visible. Dotado de razón y de libertad, es el rey de todo lo que le rodea. Si por su cuerpo, obra acabada de un poder y sabiduría infinitos, toca a los seres materiales, es para

dominarlos; en tanto que por su alma, mil veces más noble que su cuerpo, toca a los seres puramente espirituales, y es para ennoblecerse. ¿Quién dirá su dignidad?

Nobleza obliga: ¿quién dirá la extensión de sus deberes? Y sin embargo, la grandeza del hombre desaparece ante la grandeza del cristiano. Hijo de Dios, heredero de Dios, tal es el cristiano. ¿Comprendes, mi querido amigo, semejante grandeza? Ser hijo de un rey es ser algo; pero, ¡ser hijo de Dios!!

Ser heredero presunto de ricos tesoros, de vastos dominios, de quintas magníficas, de un nombre gloriosamente histórico, algo es; ser heredero de las cinco partes del mundo sería mucho más. Pero ser heredero de Dios, no sólo de sus bienes, sino de Él mismo, de su poder, su sabiduría, su majestad, sus felicidades infinitas, hasta el punto de hacerse uno con Él, ¡oh, qué herencia!! La razón se pierde aquí.

Pues a este hombre tan grande; a este cristiano, mil veces más grande que el hombre; a este ser inmortal de tan sublimes destinos; a este dios de la tierra, vasallo solamente del Dios del cielo, *post Deum terrenus Deus*, ¿en qué le trueca el error de que hablamos? En un *cazador de moscas*, en un *fabricante de telarañas*, en un *caballo de montar.*

No tengo hoy tiempo para presentártelo en el desempeño de tan dignos oficios. Hasta mañana.

Tu afectísimo...

CARTA SEGUNDA

SUMARIO: Un cazador de moscas: Domiciano. — Rasgo de su historia. — Cazador de moscas en el siglo XIX. — Los fabricantes de telarañas. — Respuestas de dos chinos. — Fotografía viviente de las víctimas del gran error. — Su historia en la de Sansón.

MI QUERIDO AMIGO:

Vamos a Roma: a la Roma pagana, se entiende. La metrópoli del mundo antiguo te hará ver hasta qué punto el error que estamos desenmascarando degrada al hombre de quien se apodera. He ahí sobre el trono de los Césares a un emperador que se llama Domiciano: es hijo de Vespasiano y hermano de Tito. Orgulloso de su origen, pondrá todo su afán en sostener el honor de su familia. Grandes deberes pesan sobre él: gobernar el imperio, casi tan extenso como el mundo; mantener el orden en el interior; hacer respetar el nombre romano en el exterior; proteger las antiguas fronteras constantemente amenazadas por los bárbaros; conser-

var las ricas provincias nuevamente conquistadas por su padre y por su hermano; tales son, entre otras muchas, las ocupaciones verdaderamente imperiales a que Domiciano debe consagrar todo su tiempo, inteligencia y voluntad.

Eso debe hacer sin duda; pero no lo hace. ¿Pues en qué pasa el tiempo el señor del mundo? ¿Quieres saberlo? Mira. ¿Le ves encerrado en una habitación solitaria de su palacio, entretenido en cazar moscas, hiriéndolas con su agudo punzón? Esas son sus graves ocupaciones, esas sus nobles conquistas. Tan fascinado estaba con eso, que nada podía distraerle. Mientras le quedaba una mosca por matar, no oía nada, ni veía nada, ni se permitía tregua ni reposo. De ahí vino el dicho que tan célebre se hizo en Roma. Preguntó uno al abogado Vibio Crispo si se podía ver al emperador y si estaba solo. Sí, respondió, y tan solo, que no hay con él ni una mosca: *ne musca quidem*.

¡Ser hombre y pasar el tiempo en pillar moscas... qué lástima!

¡Ser emperador y pasar el tiempo en pillar moscas... doble lástima!

¡Ser más que hombre y más que emperador, ser cristiano y pasar el tiempo en pillar moscas... lástima y mil veces lástima!

¿Y qué, me preguntas tú, hoy, en pleno si-

glo XIX, siglo de luces y de maravillas, siglo de ocupaciones graves e incesantes, puede haber quien pase el tiempo en cazar moscas? A mi vez yo te pregunto si hoy día, en pleno siglo XIX, hay hombres, mujeres, jóvenes y ancianos, que tomando esta vida por la vida verdadera, limitan sus esperanzas a los bienes del tiempo, y en adquirirlos y conservarlos pasan sus años sin relación con lo porvenir. Si hay gentes así, su ocupación, extraña a lo único necesario, no es, en resumidas cuentas, ni más seria ni menos degradante que la de Domiciano, y me sobra razón para llamarles cazadores de moscas.

¿No merecen este nombre? Díganlo ellos mismos. Nosotros, dicen, hemos trabajado mucho. Yo he estudiado mucho y escrito mucho; yo llevo muchos años de enseñar; yo he viajado mucho; yo he vendido y comprado mucho; yo he criado muchos caballos, muchos bueyes, muchísimos carneros; yo he inventado máquinas; yo he perfeccionado los antiguos procedimientos de fabricación; yo he mejorado la agricultura.

Por todos estos medios hemos logrado adquirir tierras, cotos, casas de campo, montones de oro y de papel-moneda, con lo cual hemos podido comer y beber y divertirnos, y viajar a nuestro gusto, y tener caballos y coches y cria-

dos para todos nuestros caprichos. —¿Y qué mas?— Todo eso. — Pero de todo eso, ¿qué os quedará dentro de poco? NADA. Me equivoco: os quedará un mal ataud y siete palmos de tierra. Lo dicho: ¡cazadores de moscas!

Si les parece dura la palabra, e insuficiente mi autoridad, les voy a poner otro nombre y a citar otra autoridad: *fabricantes de telarañas*. Así les llama la sabiduría infalible. ¿Qué hace la araña? Hila su propia sustancia, y se consume en tejer una telilla que ni tiene belleza ni consistencia, ni sirve más que para detener a las moscas y a los mosquitos.

¿Qué hacen las víctimas del gran error? Como el animalejo nombrado, se consumen en fabricar su telaraña. Este nombre doy a las mil ocupaciones a que se entregan con ardor febril; ocupaciones literarias, científicas, políticas, artísticas, industriales, comerciales, agrícolas, ¿qué se yo? En esto consumen su propia sustancia; su inteligencia, su voluntad, su actividad, su salud, su cuerpo y su alma, todo se gasta en eso. Para ellos eso es la vida, la única vida que conocen, la única por la cual se afanan.

¿Y qué son, querido amigo, todas esas ocupaciones, buenas en sí, no lo niego, pero sin la gracia inútiles en orden a la vida verdadera, qué son sino fabricar telarañas? Y sus productos,

¿qué son en su naturaleza y en su fin? Frágiles telillas, que el menor soplo de viento hace pedazos y se lleva sus inútiles jirones. ¿Y en su fin? Te lo voy a decir. La araña se chupa la sangre de las moscas que ha logrado coger en sus hilos, se alimenta con ellas, y cuando se harta se mete en su agujero y se queda dormida. Así les pasa a los fabricantes de quien hablamos.

Cuando con sus laboriosos hilos han logrado coger las moscas que decoran con los pomposos nombres de riquezas, honores, placeres, les chupan la sangre, se atracan. Para ellos esa es la gloria, y la felicidad, y la vida; por quimeras tienen toda otra gloria, y otra felicidad, y otra vida. Con eso viven, como si no hubieran de morir; y mueren, como si no hubieran de vivir más.

Es el último grado de la fascinación. Groseramente materiales, no conocen la vida más que por las sensaciones, despreciando todo lo que no se ve con los ojos ni se toca con las manos.

Te traerán a la memoria aquel habitante de Pekín, a quien uno de nuestros misioneros le preguntó: «¿Para qué estás en el mundo?» Y él respondió: «Para comer arroz». «Y tú, dijo a otro, ¿qué religión tienes?» «Mi religión, contestó, acariciando con ambas manos su prominente abdomen, es comer bien y beber bien, y

digerir bien y dormir bien». «En tal caso tienes la misma religión que aquellos bueyes que pacen allá abajo en la pradera.» Y entonces el chino se apartó riéndose del bárbaro que había hecho un viaje de cuatro mil leguas para ir a enseñarle a él, todo un habitante del celeste imperio, que el hombre es otra cosa que una bestia, y tiene otro destino que pacer yerba o comer arroz.

¡Ay! ¡Cuantos chinos y chinas hay en Europa! ¡Y que no conocen siquiera su propia degradación!

Este pensamiento me inspira tanta lástima, que voy a procurar un nuevo medio de romper el encantamiento que los fascina. Voy a ponerles ante la vista su propia fotografía: fotografía viviente y animada. Perdida tienen del todo la razón, si no se reconocen.

Todo el mundo conoce a Sansón. Nada hay más brillante que las primeras páginas de su historia; nada más lastimoso que las últimas. Nacido para libertar a su pueblo del yugo de los Filisteos, el fuerte de Israel marcha de hazaña en hazaña. Orgullo de los suyos, terror de sus enemigos, su nombre está de continuo en todas las bocas. No hay fama tan gloriosa como la suya: verla crecer como la luz de la mañana era la esperanza de todo el pueblo.

Desgraciadamente, Sansón se deja fascinar por Dalila: olvida su noble misión, pierde su fuerza, y cae en poder de los Filisteos. Los bárbaros le cargan de cadenas, le sacan los ojos y le meten en un calabozo; y transformándole en caballo de tiro, le condenan a dar vueltas a la rueda de un molino. Tal es su ocupación habitual; pero los días festivos tiene otra bastante más dolorosa. Un muchacho conduce al pobre ciego por los salones de los festines, y le hace danzar, como si fuera un oso, para divertir a los convidados. El fuerte de Israel muere en tan desagradable ejercicio.

¡Qué desventura! ¡qué afrenta! exclama un expositor de los Libros Santos. ¡Sansón, el más esforzado de cuantos hombres han existido; Sansón, el que mataba los leones, el guerrero que luchaba solo contra un ejército y lo derrotaba; Sansón reducido a hacer semejante papel! No; yo no he leído jamás ignominia parecida en la historia de ningún hombre.

Mártires del gran error, a vosotros mismos apelo: ¿no es ese, punto por punto, vuestro retrato? Nacidos en el seno del Cristianismo, ricos de luz para conocer la verdad, y de fuerzas para vivir noblemente conforme a ella, a pesar de todos los esfuerzos de sus enemigos, casi todos al principio de su carrera daban muy bue-

nas esperanzas, eran cristianos. Con el sentimiento de su dignidad, al extender sus miradas sobre los bienes de la tierra, decían con razón: «Yo soy más grande que todas esas cosas, y tengo más altos destinos».. *Major his sum et ad majora natus.*

De repente se les turba la vista, se les oscurece la noción de lo verdadero, y el mundo superior se les cubre de espesas nubes. Su corazón, en vez de palpitar hacia arriba, palpita hacia abajo. El puñado de tierra que huellan con sus pies o arañan con sus manos, limita sus horizontes. Para ellos la vida del tiempo se ha trocado en la única vida; ya no conocen otra, están fascinados.

Viendo estás a los nuevos Sansones, tristes juguetes del error; les ves sudando la gota gorda por dar vuelta a la rueda de la fortuna; y luego, entregándose como desesperados a la gimnasia más humillante para adquirir o conservar la protección de sus señores; y, finalmente, muriéndose de pena y con las manos vacías de aquellas verdaderas riquezas que son el precio indispensable de la vida verdadera.

En la región a donde la muerte los transporta, ¿sabes tú cuánto valen sus Estados, sus campos, sus viñedos, sus quintas y sus cotos? *¿Quid hoc ad aeternitatem?* Cero. ¿Y sus billetes de

Banco? Cero. ¿Y sus acciones de ferrocarril? Cero. ¿Y sus pagarés, más o menos usurarios, más o menos seguros? Cero. ¿Y sus talegos de oro y de plata? Cero. ¿Y sus estudios, su ciencia y sus descubrimientos? Cero, y nada más que cero. «Durmieron su sueño los varones de las riquezas, y se encontraron con las manos vacías».

Ellos mismos lo reconocerán así; pero ya será tarde, y en su desesperación exclamarán: ¡Luego la hemos errado! *Ergo erravimus.* Nos hemos deshecho buscando la vida donde no estaba: *Lassati summus in via iniquitatis.* Compasión, pues, mi querido amigo, compasión para esos hijos de Dios, para esos reyes de la eternidad, para esos nuevos Sansones de la virtud, convertidos en cazadores de moscas, en fabricantes de telarañas, en caballos de tiro y en saltimbanquis, en perjuicio de sus almas y a merced de sus enemigos.

No es eso todo: el error que hasta ese punto los degrada, les hace también desventurados. Lo veremos en mi próxima carta. Entretanto, pidamos por esos pobres ciegos.

Tu afectísimo...

CARTA TERCERA

SUMARIO: Desventura de los que se dejan fascinar por el gran error. — Falsa apariencia de felicidad. — Son esclavos. — Numerosos, contrarios y caprichosos dueños a quien sirven. — Los gusanos y los ladrones. — Cuadro de sus afanes. — Están expuestos a pesares inconsolables. — Historia de Michás. — Son víctimas de deseos imposibles de satisfacer. — Desproporción entre la capacidad de su corazón y los bienes del mundo.

MI QUERIDO AMIGO:

No es oro todo lo que reluce. Este adagio me gusta. Me gusta, porque expresa bien lo que quiere expresar. Me gusta, porque es antiguo; los que se asemejan, se quieren; y yo soy viejo. Me gusta, porque no obstante su vetustez, conserva toda la vivacidad de la juventud. Me gusta, en fin, porque nos viene aquí como anillo al dedo.

Cuando tú recorres las calles de Londres o de París, encuentras a cada paso a los que se llaman los dichosos del mundo. Ves sus equi-

pos magníficos, sus palacios suntuosos; oyes el ruido de sus fiestas; sabes que el oro afluye en sus manos a disposición de todos sus caprichos: su vida parece maravilloso tejido de oro bordado de placeres incesantemente renovados. Ante este espectáculo, son muchos los que se ven tentados a exclamar: ¡Qué felices son! *Beatum dixerus populum cui hacc sunt.*

Mi antiguo adagio viene aquí diciéndoles al oído: No te fíes; no es oro todo lo que reluce. Vamos a ver quién se equivoca: si el adagio o la exclamación anterior. Ser esclavo de veinte dueños, opuestos entre sí, ciegos, caprichosos y frecuentemente despreciables; vivir entre continuos temores, con pesares sin consuelo y con deseos que no se pueden satisfacer, ¿es eso ser feliz? Pues no es otra cosa, querido amigo, la condición de cualquiera que, hombre o mujer, rico o pobre, joven o viejo, toma esta vida por la vida verdadera, y obra en conformidad a esa creencia.

El Maestro infalible, que bajó expresamente del cielo para enseñar la ciencia de la felicidad, dio esta lección: «No queráis atesorar para vosotros tesoros en la tierra, donde orín y polilla los consume, y en donde los ladrones los desentierran y roban»[1]. Alumnos indóciles, los

1. Math., VI, 19.

fascinados del gran error no han hecho caso de la lección del Maestro, y han puesto su tesoro, todo su tesoro, en la tierra y en los bienes de la tierra. Sí, ahí lo tienen; pero hay polillas y hay ladrones, que día y noche amenazan dejarlos sin nada; y el resultado es, que para defender el tesoro necesitan velar noche y día, vivir siempre en inquietud, siempre con las armas en la mano.

Efectivamente, esos gusanos y esos ladrones no son únicamente los insectos que roen el paño y los malhechores que descerrajan las arcas. Bajo ese nombre deben entenderse todas las criaturas hostiles, animales o inanimadas, que puedan atacar el tesoro, deteriorarlo, llevárselo o destruirlo. Su número es incalculable. Sin hablar de la muerte,que siempre está amenazando, y que, más pronto o más tarde. se lleva inexorablemente todo el tesoro, cuenta, si puedes, los incendios, inundaciones, tempestades, terremotos, revoluciones, bancarrotas, traiciones, fraudes, enfermedades, caprichos de los poderosos, envidias de los débiles; todas esas legiones de enemigos, a quienes se necesita vigilar, aplacar o combatir con la triste certidumbre de no conseguir jamás desarmarles.

Ya comprenderás que poseer un tesoro en semejantes condiciones es lo mismo que dejarlo sin guarda en medio de la calle. De este

modo, fuera de aquellas horas en que el torbellino de los placeres y el traqueteo de los negocios les quitan la conciencia de sí mismos, los hombres apegados a la tierra viven devorados de continuas inquietudes. ¿Quieres ver el interior de su alma? ¿Has visto un vestido apolillado de largo tiempo, puesto como una criba por mil gusanos? He ahí esas almas por dentro, acribilladas de cuidados por todas partes, podridas por el crimen, corroídas de moho, que dan miedo y compasión al mismo tiempo.

A la esclavitud y a las solicitudes incesantes, se añaden hoy, más que nunca. pesares sin consuelo. Más feliz tú que la mayor parte de los bachilleres modernos, que se educan como si hubieran de ser ciudadanos de Roma o de Atenas, has estudiado algo más que a los autores paganos: conoces la Biblia. Una palabra será bastante para que recuerdes toda la historia de Michás. En lugar de adorar, como sus padres, al Dios del cielo, este Michás se fabricó unos diocesitos de oro y de plata, y los adoraba secretamente en su casa. Estos ídolos eran su vida, su tesoro:no conocía otro.

Pues ocurrió que un pelotón de soldados, que acertaron a pasar por su casa, se le llevaron los dioses. Allí fue el lamentarse de Michás y correr detrás de los soldados reclamando sus ído-

los. Y mirando atrás los soldados, le dijeron: ¿Qué es eso? ¿Por qué alborotas de este modo? —Me habéis quitado mis dioses, que me hice, y decís: ¿Qué es lo que tienes?—. Calla, le replicaron, si no quieres perecer con toda tu casa[1].

El error cruel que hace tomar esta vida por la vida verdadera, tiende a poblar de Michás las ciudades y los campos. Hay multitud de hombres, que en vez de constituir en el verdadero Dios el tesoro de su corazón, tesoro libre de ladrones y gusanos, consumen su existencia en juntar un capital grande o pequeño, y en formarse, como dicen, una posición. Para ellos todo está ahí.

Cuando menos piensan, un viento contrario, una bancarrota, un incendio, un negocio errado, ¿qué se yo?, uno de los mil accidentes tan comunes en este siglo de agiotaje y revolución, viene a echar por tierra sus castillos de naipes. ¡Cómo se lamentan entonces! ¡Qué desesperación! Michás, que llora sus dioses.

¡Y si no hubiera más que lloros y lamentos! Pero las blasfemias, los odios mortales, las torturas morales, y frecuentemente la demencia y el suicidio, vienen a descubrir la existencia de amarguras sin consuelo, de males sin remedio;

1. Indic., XVIII.

por consiguiente, del amor exagerado de los bienes de esta vida, resultado inevitablemente de la fascinación.

Sin embargo, quiero suponer que les salen las cosas a medida de su deseo. Admitamos, amigo mío, que, por un privilegio sin ejemplo, están a cubierto de todos los golpes de la fortuna, de todos los ataques de las enfermedades, y que van a gozar apaciblemente de lo que han logrado acumular... ¿Serían felices? No, de modo alguno; y esto por dos razones perentorias, que son: la capacidad de su corazón, y un cierto pensamiento que los persigue a manera de pesadilla, y les envenena fatalmente todos sus goces.

La capacidad de su corazón. Un vaso grande no se puede llenar con una gota de agua. Su corazón, por más que se empeñen en achicarlo, es de una capacidad infinita. Sus deseos son inmensos: sólo lo inmenso puede llenarlos. Pues bien; lo inmenso no se encuentra en las criaturas, ni en cuanto a la extensión, ni en cuanto a la duración; todas ellas juntas son el corazón del hombre lo que la gota de agua al vaso grande. Para instrucción de todos los siglos, ha permitido la Providencia que un hombre, conocido de todo el mundo, quisiera asegurarse de si ello es así: ese hombre era un monarca, incomparable

por sus riquezas y magnificencia. Era, además, un sabio, que jamás tuvo semejante. Bajo ambos aspectos su nombre es todavía proverbial en todas las naciones civilizadas. Ya sabes de quien hablo, y paso a las pruebas.

Magnificencia de Salomón. A más del pueblo de Judá e Israel, que era innumerable como las arenas del mar, *sicut areba maris in multitudine*, del cual era rey, Salomón reinaba también sobre todos los otros reinos que había desde el Eufrates hasta el país de los Filisteos y las fronteras de Egipto. Todos le ofrecían anualmente presentes riquísimos, vasos de oro y plata, metales preciosos, armas, perfumes, caballos y mulas.

Esto, que parece extraño, se explica por dos razones. Se fundaba, por una parte, en la admiración universal de que Salomón era objeto, pues toda la tierra deseaba verle para escuchar la sabiduría que Dios había puesto en el corazón[1]. Por otra parte, Salomón era figura del Mesías, que había de recibir como tributo a todas las naciones, con todas sus riquezas materiales y espirituales: *Quem constituit haeredem universorum*.

Su flota, junto con la de Hiram, rey de Tiro,

1. III Reg., X, 24.

le traía continuamente de Ophir y de Thársis[1] enormes cargamentos de maderas olorosas, piedras preciosas, marfil y oro por millones, sin contar lo que cada año recibía de los intendentes de los tributos y de todos los reyes de Arabia. La plata era tan común en Jerusalén como las piedras, hasta el punto de que se tenía en poca estima.

Salomón se servía de estas riquezas incalculables para edificar, entre otros, dos edificios, que fueron dos maravillas del mundo: el templo de Dios y el palacio real. En estos dos monumentos, el cedro, las maderas raras, el oro, el marfil y las piedras preciosas se emplearon con arte inimitable y con tal profusión, que ninguna de las construcciones modernas, aún las más suntuosas, podría dar una idea. Describir la riqueza del templo sería demasiado prolijo: digamos sólo una palabra del palacio.

La sala del trono estaba como tapizada de doscientos escudos y trescientas rodelas de oro purísimo: seiscientos siclos de este metal tenía cada escudo y trecientos cada rodela. El trono era todo de marfil, y revestido todo él de oro de la mejor calidad; tenía seis gradas y el escabel era de oro; en las seis gradas había dos

1. Se cree que la región de Thársis era el Perú.

leoncitos, seis a un lado y seis a otro. Jamás en ningún reino del mundo se vio una obra semejante.

Todas las copas y toda la vajilla eran de oro escogido. Las viandas para Salomón y su corte eran cada día treinta coros de flor de harina y sesenta de harina ordinaria, diez bueyes cebados y veinte de pasto, cien carneros, aparte de la caza, los ciervos, corzas, búfalos y toda suerte de aves cebadas. Tenía en sus caballerizas cuarenta mil caballos para los carros y doce mil de montar. El incomparable monarca gozaba en paz de todas estas riquezas y de otras infinitas. Durante su reinado, que fue muy largo, no se oyó grito de guerra en sus Estados. «Judá y Jerusalén, dice el texto sagrado, vivieron en perfecta calma, cada cual a la sombra de su parral y de su higuera, desde Dan hasta Bersabé»[1].

Sabiduría de Salomón. Para el hijo de David el universo no tenía secretos. Dios le había dado una sabiduría y una prudencia prodigiosas, y un talento capaz de comprender tantas cosas como granos de arena hay en las playas del mar; de modo, que aventajó a todos los reyes del mundo en riqueza y sabiduría[2].

1. III Reg., IV, 25.

1. III Reg., X, 23.

Fue el mayor geólogo. Conocía claramente la constitución del globo, la naturaleza y las relaciones mutuas de las partes que le componen, y las virtudes de los elementos.

Fue el mayor astrónomo. Conocía los astros y sus movimientos, el cambiar de las estaciones, la vuelta de los períodos, el curso de los años, y las posiciones respectivas de las estrellas.

Fue el mayor físico. Conocía la fuerza de los vientos, su origen y derrotero y modo de amainar, sus cualidades saludables o nocivas, las causas del rayo y del terremoto, y de las inundaciones, tempestades y ciclones... *vim ventorum.*

Fue el mayor naturalista. Conocía la naturaleza y los instintos de todos los animales selváticos o domésticos, cuadrúpedos, aves, reptiles y peces; las diferencias de las plantas y las propiedades de las raíces, y todos los demás secretos de la creación.

En una palabra, Salomón fue el más rico de los reyes y el más sabio entre los sabios. Testigo entre otros el célebre juicio que inmortalizó su nombre, y los viajes que de todo el mundo se hacían para escuchar la sabiduría que brotaba de sus labios.

El más sabio de los sabios. Desde el cedro

que corona las cumbres del Líbano, hasta el hisopo que nace en la pared, todas las criaturas eran conocidas de Salomón, y conocidas científicamente. Mejor, pues, que nadie podía sacar de ellas todos los goces que pueden proporcionar.

En otra carta veremos el resultado de su experiencia.

Tu afectísimo...

CARTA CUARTA

SUMARIO: Experimento de Salomón. — Palabra que envenena todos los placeres de acá abajo. — Rasgo de Caracalla. — Francisco y San Felipe Neri. — Historia.

MI QUERIDO AMIGO:

Provisto de todos los recursos del poder, de la riqueza y la ciencia, elevados al más alto grado, Salomón se pone a hacer la prueba. Pongamos atención, y dejemos que nos cuente él mismo el resultado de su experiencia:

«Yo dije en mi corazón: Iré, y tendré abundancia de delicias, y gozaré de los bienes. Hice obras magníficas, levanté palacios y planté viñas. Hice huertos y vergeles y plantelos de toda especie de árboles. Poseí siervos y siervas, y tuve mucha familia; también ganados mayores y numerosos rebaños de ovejas: más que todos los que fueron antes de mí en Jerusalén.

»Amontoné gran cantidad de oro y plata, y

las riquezas de los reyes y de las provincias. Me escogí cantores y cantoras, y todo lo que hace las delicias de los hijos de los hombres; copas y jarros para escanciar los vinos. Y superé en riquezas a todos los que fueron antes de mí en Jerusalén; y no les negué a mis ojos todas cuantas cosas desearon; ni vedé a mi corazón que gozase de todo placer y se deleitase en las cosas que yo había aparejado; y juzgué que ésta era mi felicidad: el gozar de todo esto que yo con mi trabajo había juntado»[1].

Verdaderamente, el experimento no deja nada que desear. ¿Dónde está el hombre que lo haya hecho jamás, o que pueda jactarse de hacerlo en circunstancias parecidas? Veamos ahora el resultado. El regio experimentador continúa:

«Y habiéndome puesto a examinar todas las obras cuantas habían hecho mis manos, y los trabajos en que yo inútilmente había sudado, vi que era todo vanidad y aflicción de corazón, y que ninguna cosa es permanente debajo del sol: *et nihil permanere sub sole*».

¡Nada es permanente debajo del sol! En esta palabra fatal se encierra la segunda razón de que la felicidad, y por consiguiente, la vida, no pueden encontrarse sobre la tierra. La ley de ines-

1. Eccl., II, 1-10.

tabilidad y de muerte que pesa sobre todas las cosas del tiempo, forma la pesadilla inexorable de que no podrán jamás verse libres los amantes de las bagatelas mundanas, por muy fascinados que estén.

Refiere la historia que Caracalla, hijo del emperador Septimio Severo, dio de puñaladas a su hermano Geta en el regazo de su madre. Desde aquel momento, el asesino creía oír una voz que por todas partes le perseguía repitiendo sin cesar: Bébete la sangre de tu hermano; o más bien, como dice con más energía el texto: «*Bébete* a tu hermano: *Bibe fratrem*».

Para ti, mi querido Federico, como para todos, repito mi afirmación: por muy fascinados que estén, los mártires del gran error no pueden librarse de oír la voz que les grita: «Nada hay estable debajo del sol». Esta voz despiadada les sigue por doquiera, en la ciudad y en el campo, en el ruido y en la soledad, en el trabajo y en el descanso; voz que burla las puertas de sus palacios, y penetra en sus saraos, y resuena cual fúnebre toque de agonía en medio de sus ensueños de felicidad.

Más todavía. Estas palabras: *Nada hay estable debajo del sol*, las llevan escritas en toda su persona; no pueden mirarse sin verlas. Esa cabeza que va perdiendo su corona; esos cabe-

llos que se blanquean; esas arrugas que surcan la frente; esos ojos que se debilitan; esos dientes que se caen; esas piernas que vacilan; esas espaldas que se encorvan; todo ese cuerpo que se arquea y parece inclinarse hacia la tumba, son otras tantas voces que dicen: «Nada hay estable debajo del sol». Ellos podrán no escucharlas; pero, lo repito, no pueden menos de oírlas.

Su fascinación me da lástima y me inspira este voto fraternal: ¡Plegue a Dios que llegue para ellos una de esas horas benditas, en que el hombre, aburrido y fatigado del mundo y de los negocios, se ve como forzado a darse audiencia a sí mismo! ¡Plegue a Dios que en esa calma momentánea se dirijan a sí mismos juiciosamente las preguntas hechas un día por uno de nuestros más amables Santos, San Felipe Neri, a un joven, víctima, como tantos otros, del gran error!

Habiendo ido el joven a ver al ilustre confesor de Roma, éste fija en el adolescente una mirada paternal, y tomándole las manos con las suyas, le dice:

—Francisco, ¿en qué te ocupas al presente?

—Sigo los estudios.

—Serás un alumno brillante, cubierto de coronas y cargado de premios. ¿Y después?

—Cuando haya concluido las humanidades, estudiaré derecho civil y canónico.

—Sacarás tus grados con aplauso de tus jueces y serás doctor *in utroque*. ¿Y después?

—Entraré en la magistratura.

—Muy bien; serás un jurisconsulto célebre. ¿Y después?

—Me casaré.

—Que tengas bella y numerosa familia. ¿Y después?

—Continuaré ejerciendo mi profesión para dar una posición honrosa a mis hijos.

—Y te sonreirá la fortuna: serán ricos. ¿Y después?

—Compondré obras útiles a los que sigan mi carrera.

—Tus libros obtendrán un éxito brillante; serás el oráculo de tus compañeros. ¿Y después?

—Gozaré tranquilamente de los bienes que habré juntado y de las consideraciones que habré conquistado.

—Perfectamente: vivirás en la abundancia; tu nombre será honrado. ¿Y después?

—Ya por entonces me habré vuelto viejo, y como todos los demás mortales pagaré mi tributo: me moriré.

—¿Y después?

—¿Después?... ¿Después?...

—Sí, DESPUÉS, querido Francisco, después no hay más remedio que ser juzgado, y en el

juicio ser absuelto o ser condenado, sin apelación y por toda la eternidad. Yo no censuro nada de lo que piensas hacer. Sólo te digo, que si te dejas absorber por el trabajo de la vida presente, sin enlazarlo por la fe con las realidades de la vida futura, caes en la más peligrosa y cruel de todas las locuras. Te habrás consumido en perseguir un fantasma, que nunca alcanzarás, y a la hora de la partida te encontrarás con las manos vacías, vacías de buenas obras, que son las semillas de la vida inmortal, y acaso llenas de iniquidades, que son germen de la muerte sin resurrección.

Francisco guardó silencio, abrazó al Padre y se fue. Pero el golpe estaba dado. El *después* del Padre Francisco se le quedaba en el alma, como una gota de resina que cae en el cabello: no se lo podía quitar. Ya fatigado, se pone a meditar sobre aquel importuno *después*. Pronto, con ayuda de Dios, se desvanecen sus ilusiones, comprende que esta vida no es la vida, y a fuer de hombre cuerdo la hace servir para granjearse la vida verdadera.

Pongo fin a esta carta, querido amigo, repitiendo una vez más las terribles palabras: *Nada hay estable debajo del sol.* Juventud, salud, belleza, placeres, honores, existencia, todo pasa. Éste es el gusano roedor de todos los fascina-

dos: gusano que no muere. En vano ellos procuran aturdirse, y en medio de sus goces se dicen, como el rico del Evangelio: «Tengo allegados muchos bienes para muchísimos años. Descansa, almas mía; come y bebe, y ten banquetes». Como aquél, ellos también, quieran o no quieran, oyen estas palabras: «Necio, esta noche te pedirán tu alma; y todo lo que has allegado, ¿para quién será?»[1].

Así, pues, poseer un tesoro en que ha consumido uno todo su ser, prometerse gozar de él,y saber que le ha de ser quitado *infaliblemente, en el momento en que menos se piense, pronto, para siempre y sin compensación,* ¿es eso vivir?

Te dejo con estas preguntas, que valen más que todos los razonamientos para desengañar a los fascinados de las bagatelas, y para que puedas apreciar el crédito que merecen cuando se les oye decir: «Yo soy feliz».

1. Luc., XII, 19-20.

CARTA QUINTA

SUMARIO: El error que consiste en creer que esta vida es la vida, es el más desastroso de todos los errores. — Cuadro de la humanidad, de sus agitaciones y sus crímenes. — Primera causa del desorden universal, el error sobre la vida. — El hombre, imagen viviente del Dios vivo, ama apasionadamente la vida. — No ama sino la vida. — Hacerle creer que la vida de acá abajo es la vida, toda la vida, es volverse loco, y loco furioso. — Lógica de su locura. — Razonamientos de los fascinados de otros tiempos. — Del fascinado de hoy día. — Nueva prueba de que el gran error es la causa del desorden universal.

MI QUERIDO AMIGO:

Resulta de mi última carta, que buscar la vida en las cosas criadas, es lo mismo que darse a buscar el movimiento continuo o la cuadratura del círculo; problema imposible, tentativa absurda, tormento eterno de los mártires del gran error. Así lo has entendido: tu carta de ayer me lo prueba, y estoy muy satisfecho. A los que

piensan de otro modo, oponles el ejemplo de Salomón. Con él basta y bastará siempre para taparles la boca a ellos y a los que piensan como ellos.

Continuando en instruir a la humanidad por su propia experiencia, decía el gran monarca: «Todos los bienes me han venido con la sabiduría». Y nosotros podemos decir, que del error que combatimos vienen todos los males del mundo. Al afirmar esto, estamos en lo cierto, puesto que ese error es el antípoda de la sabiduría. Lo sabes ya, a lo menos en parte, y lo sabrás mejor todavía cuando hayamos puesto en claro sus últimos caracteres, y voy a hacerlo.

3.º EL ERROR QUE CONSISTE EN CREER QUE ESTA VIDA ES LA VIDA, ES EL MÁS DESASTROSO DE TODOS LOS ERRORES. Desastroso, porque haciendo tomar la sombra por realidad, subvierte profundamente el orden eterno, desencadena todas las concupiscencias, pega fuego al mundo por sus cuatro costados, trastorna a la pobre humanidad, como la tempestad trastorna el mar hasta en sus profundidades, conduce a todos los crímenes y provoca todos los azotes; no he dicho demasiado.

¿Quieres convencerte de ello? Colócate con el pensamiento en la cima de las más altas montañas del globo, y desde allí, recorriendo de vista

todas las naciones, considera lo que pasa. El género humano se te presentará cual inmenso hormiguero de pequeños seres, que se mueven en todas direcciones, y se agitan y van y vienen; que se cruzan y chocan, y se injurian y se disputan algunas motas de tierra; que pelean unos contra otros, y se matan y se entregan sin tregua ni descanso a mil extravagancias y mil desórdenes.

El mundo, y particularmente Europa, te producirá el efecto de una vasta caldera en ebullición. Verás a los reyes agitados en sus tronos, vacilantes, a manera de marineros suspendidos en las vergas durante la tempestad, y a todas horas en peligro de caer. verás a los pueblos descontentos, irritados, bramando, buscando ocasión de romper lo que llaman sus cadenas en la cabeza de los que apellidan sus tiranos.

Sigue todavía mirando. Ve ahí cómo vienen, semejantes a las olas embravecidas, revoluciones y más revoluciones, que se suceden con pasmosa rapidez. Esas revoluciones no alteran solamente la superficie de las cosas, sino que revelan también las profundidades. La mayor parte no son ya políticas y dinásticas, sino sociales. Son la sustitución, no de personas a personas, no de formas de gobierno a otras formas de gobierno; sino la sustitución de principios a

principios, poner arriba lo que según las leyes eternas debe estar abajo, y poner abajo lo que debe estar encima; son el desorden en principio y el caos en realidad.

Fíjate un poco más. Antes, durante y después de estas revoluciones, vienen calamidades, guerras, ruinas, sangre, iniquidades monstruosas, divisiones y odios, que arman a los pueblos contra los pueblos, provincias contra provincias, familias contra familias, ciudadanos contra ciudadanos, y convierten la existencia en un largo suplicio. Inseguramente restablecido el orden material, continúa el descontento fermentando en las almas, se organizan las conspiraciones, y pronto nuevas catástrofes vienen a destruir el frágil edificio levantado sobre antiguas ruinas. Nada hay que calme esa agitación febril, y hoy menos que nunca nada puede aplacar esa necesidad incomprensible de trastornos.

He ahí, querido amigo, en sus rasgos principales, el triste panorama de que serás testigo. Aparte de modificaciones serias de los tiempos actuales, igual espectáculo se ha visto en todos los siglos. ¿Qué misterio es éste? Para descubrirlo se necesita sondear la naturaleza íntima del hombre. En las últimas profundidades de su corazón se encuentra la causa de lo que vemos.

De su corazón digo, y no de su entendimien-

to ni de su imaginación, porque en el hombre el corazón es el rey, la inteligencia es su intendente, el juicio su consejero, los sentidos sus criados. De aquí lo que está escrito: «Guarda tu corazón con el mayor cuidado, porque de él procede la vida». Y en otra parte: «Del corazón salen los malos pensamientos, los homicidios, los adulterios, las fornicaciones, los robos, los falsos testimonios, las blasfemias»[1].

Dame la mano, y precedidos de la antorcha de la fe, descendamos a este abismo tenebroso del corazón humano. En él viven tres bestias voraces, llamadas las tres concupiscencias, a las cuales se atribuyen, no sin razón, todos los desastres del mundo. Y sin embargo, ellas no son más que causas segundas; el impulso les viene de una causa superior y más oculta.

¿Cuál es esta causa? El amor de la vida, pero amor desencaminado; en otros términos, el gran error que perseguimos en sus últimas trincheras. Para convencerse de esta verdad capital, como de la existencia del sol, comprendamos al hombre y comprendámosle bien.

Imagen viva del Dios vivo, el hombre es la vida; para él la vida no es sólo el primero y más

1. Prov., IV, 3; Math., XIV, 18.

precioso de los bienes, es su ser: fuera de la vida la nada. El hombre, pues, ama la vida con el mismo amor que a sí mismo. La ama esencialmente, apasionadamente, invenciblemente, y en todas partes. ¿Por qué se ama al niño? Porque es la vida que viene. ¿Por qué se respeta al anciano? Porque es la vida que se va. ¿Por qué se experimenta cierto sentimiento de religiosa curiosidad a vista de vetustas ruinas? Porque son la vida que pasó por allí.

El hombre no ama más que la vida. Examínale de cerca, en ti mismo y en los otros; analiza sus instintos, escudriña los últimos pliegues de su corazón, estudia su existencia en todos sus detalles. Si bebe, si come, si duerme, si vela, si trabaja, si llora, si goza, es por amor de la vida. A conservarla y desarrollarla se ordenan, sin excepción y en todas las edades, sus instintos, pensamientos, afecciones, palabras, privaciones y temores; sus deseos, sus actos, sus virtudes, y hasta sus crímenes.

Primero que perderla, pasa por todo. En una u otra lengua repite las palabras de Mecenas, el favorito de Augusto: «Que vengan sobre mí todos los males, que lleve una joroba por delante y otra por detrás, que no me quede miembro sano, que padezca gota en las manos y en los pies, que me quede sin dientes, que me vea cla-

vado en una cruz, todo va bien, con tal que conserve la vida».

Si el hombre, tal cual es, llega a persuadirse que esta vida es la vida, toda la vida, semejante error le pone loco, y loco furioso. «Ya que es corta, sea buena, dice él; puesto que la vida presente es toda la vida, a vivir, a vivir plenamente, constantemente, por todos los medios posibles: ésta es la ley de mi existencia. Vivir es gozar; gozar es hacer uso de todos mis sentimientos y facultades, sin reservas y sin temor.»

Y en esto es lógico. Por eso semejante razonamiento se encuentra en todos los siglos, en la boca y en los actos de todos los mártires del gran error. Los del Occidente decían: «No pedimos más que dos cosas: pan y placeres». *Panem et circenses*. Los del Oriente, en el extravío de sus pensamientos, se expresaban de este modo: «Corto y enojoso es el tiempo de nuestra vida. El hombre no tiene nada que esperar más allá de la tumba. Salidos de la nada, a ella volveremos, y seremos como si no hubiéramos existido. Nuestro nombre caerá en olvido, y no quedará memoria de nuestras acciones entre los hombres.

«Venid, pues; gocemos de los bienes presentes; apresurémonos a usar de las criaturas ahora que somos jóvenes. Embriaguémonos con los

mejores vinos; disfrutemos de los perfumes más exquisitos. Coronémonos de rosas antes que se marchiten. No haya prado alguno por el que no pase nuestra licencia. Ninguno de nosotros deje de participar de nuestra disolución: dejemos por doquiera señales de alegría. Ésta es la ley de nuestra existencia y el fin de nuestra vida. Despreciemos y persigamos a los que no piensan como nosotros y nos tratan de insensatos. No reconozcamos otro derecho que el derecho de la fuerza: *Sit autem fortitudo nostra lex justitiae*»[1].

He ahí, amigo mío, el inmutable *Credo* del hombre que toma esta vida por la vida verdadera. Insensato es si no lo practica. Mas veremos pronto que, por desgracia suya y de todos, su conducta está en armonía con su modo de pensar. Entretanto, pongámonos todos los filósofos a descubrir el verdadero origen del mal, den mil vueltas a la cuestión en todas sus fases, y a no pararse en soluciones incompletas, llegarán a encontrar la causa primera del universal desorden en el amor descaminado de la vida.

¿Quieres la contraprueba? Quita del mundo el error de que esta vida es la vida, y haz que en su lugar prevalezca la verdad de que esta vida

1. Sap., II, 1-16.

no es sino la sombra y el vestíbulo de la vida verdadera, y la preparación a ella: al instante se habrá llevado a cabo una revolución milagrosa. El hombre, vuelto en sí, no concede a las cosas de acá sino una importancia secundaria. No considerándolas como su fin, mas sólo como medios, usa de ellas como si no usara; combate valerosa y constantemente sus malas inclinaciones; cumple sus deberes con religiosa fidelidad, porque sabe que de eso depende la verdadera vida, y reina el orden en la tierra porque reina en las almas.

Me llaman para un enfermo: quiera Dios que no sea un fascinado. Tengo, pues, que dejar la pluma en el tintero y cerrar aquí esta carta. Pero la materia que tratamos no está agotada; continuaré dentro de unos días.

Tu afectísimo...

CARTA SEXTA

SUMARIO: Nuevos desastres causados por el gran error. — Desencadena todas las concupiscencias. — Concupiscencia de la carne: lo que es, lo que quiere, lo que hace. — Concupiscencia de los ojos: lo que es, lo que quiere, lo que hace. — Historia de un avaro muerto, poco ha, en París.

QUERIDO AMIGO:

Mis temores no eran vanos: el enfermo era un fascinado; ya lo sabía yo. Hacía treinta años que el pobre vivía de las ilusiones de la vida. Pero la operación de las cataratas ha salido bien. Tú sabrás, y si no ahora te lo digo, que damos este nombre a la confesión. Mi hombre, al presente, ve claro; y yo te aseguro que cuantos se sometan a la misma operación, quedan al punto desencantados. Tanto es verdad que es el corazón el que les pone mala la cabeza: *Noluit intelligere ut bene ageret.*

Vuelvo, pues, a nuestro asunto. Te dije que

el mártir del gran error era consecuente. Tan pronto como se deja dominar de él, su locura se manifiesta por actos extraños: está desconocido. Semejante a los sacerdotes de los ídolos, que escudriñaban minuciosamente las entrañas de las víctimas para investigar en ellas la verdad, ¿no le ves arrojarse como un desesperado sobre las criaturas buscando en ellas la felicidad, el goce, la vida, en fin?

El esclavo encadenado a la rueda de molino, el demente que bañado en su sudor se consume por agotar un poco que nunca verá seco, son débiles imágenes de la asiduidad, la fatiga, el ardor febril del infeliz fascinado. Trabajando noche y día en los ríos, en los mares, en los ferrocarriles, en las entrañas de la tierra, no deja que descansen sus miembros, y menos su cerebro.

No has olvidado que en nuestra visita al fondo del corazón humano encontramos tres bestias furiosas, que no esperan sino el momento de verse sin cadenas para llevar por doquiera el desorden y la desolación. Esas bestias, de fuerza terrible y de voracidad insaciable, son las tres concupiscencias: la concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos, y la soberbia de la vida.

El gran error las abre la jaula, las desencadena y las lanza a la arena del mundo, del cual luego al punto se enseñorean. Desde que esta

vida se toma por la vida, los goces son el fin, el fin único, el fin apasionadamente perseguido. Las tres concupiscencias se presentan como el triple medio de conseguirlo. Veamos sus obras, es decir, los desastres que ocasionan.

La concupiscencia de la carne. Gula y lascivia: he ahí lo que es; deleite en el comer, y otros deleites sensuales: he ahí lo que quiere. En el esclavo de tal concupiscencia, el alma, decaída de su dignidad, no es más que la criada del cuerpo, la proveedora de sus groseros y culpables goces. En este vergonzoso oficio se prostituyen y se gastan sus pensamientos, sus deseos, sus más nobles facultades... ¿No ves a esa pobre alma dedicada a inventar cada día algún nuevo medio de mejorar la *buena vida* de su tirano, de disponer más cómodamente su palacio, de dar pábulo a su molicie, y de satisfacer, sin poderlo jamás lograr, sus mil necesidades ficticias?

Aguijoneada constantemente por la concupiscencia de la carne, la infeliz esclava analiza, descompone y recompone las sustancias alimenticias; cruza mares y tierras para hacer llegar a la mesa de su amo los vinos más exquisitos, los manjares más buscados, los productos más raros, y por hacer a toda la creación tributaria de su paladar y del último de los sentidos, de su tacto.

Estos primeros placeres llaman a otros des-

pués de sí. Delicadamente alimentada la carne, se hace rebelde. Hablan los sentidos y quieren que se les obedezca: es poco mancillarlos en secreto; la concupiscencia de la carne busca por todas partes combustible para las llamas impuras que los devoran, y encuentra ese pábulo funesto y lo diversifica de mil maneras. A la vista tenemos la prueba.

¿Quién ha cubierto la Europa de teatros corruptores? La concupiscencia de la carne. ¿Quién ha inundado e inunda el mundo de libros obscenos? La concupiscencia de la carne. ¿Quién provoca, con justificarlos y cantarlos, tantos y tan desastrosos desvaríos del placer? La concupiscencia de la carne. ¿Quién pinta y esculpe y graba y fotografía las desnudeces más repugnantes? La concupiscencia de la carne. ¿Quién abre y puebla las casas de corrupción? La concupiscencia de la carne. ¿Quién costea tal equipo y tan caras habitaciones a las damiselas célebres, quién las paga tanto lujo, las colma de riquezas y las cubre de la más rica pedrería? La concupiscencia de la carne[1]. ¿Quién

1. De una se sabe que saca cien mil pesetas al año; otra se casa con seis millones de reales; otra muere, y se saca cuenta de que había ganado cuarenta y ocho millones. En junto, estas víctimas de la concupiscencia de la carne le cuestan a París seiscientos millones al año. Y aún se dice que esta cifra es menor que la realidad.

persigue la inocencia y la debilidad con igual furor que el lobo persigue a la oveja? La concupiscencia de la carne. ¿Qué cosa es la que arrastra a la afrenta, a la deshonra, a la ruina de la inteligencia, de la fortuna y la salud, a los escándalos ruidosos, a las disensiones domésticas, asesinatos, envenenamientos y abominaciones que no me atrevo a nombrar? La concupiscencia de la carne.

Concupiscencia de los ojos. Avaricia y curiosidad: he ahí lo que es; oro, plata, piedras preciosas, trenes lujosos, propiedades muebles e inmuebles, objetos raros y preciosos, en una palabra, todo lo que brilla: he ahí lo que quiere. Al examinar lo que hace, verás que no es menos desastrosa que la primera. Si la una trueca al hombre en un cerdo, como habla la Escritura, *sus in volutablo luti*[1], la otra hace de él un malvado. No soy yo quien lo dice, sino Dios mismo: «No hay cosa más inicua que el avaro». Semejante calificación te parece dura y me pides la explicación: pues te la voy a dar.

Malvado es el hombre entregado al crimen. Ahora bien: la avaricia es madre de todos los crímenes, reina en todos los males. El avaro es

2. II Petr., II, 22.

digno de tal madre. Desde cualquier punto de vista que se le considere es un malvado.

Malvado contra Dios. Le ha vendido: crimen excepcional que sólo comete el avaro. Además, todos los días pone en venta su alma, como se lleva una bestia a la feria; y esa alma pertenece a Dios, que la crió y la rescató con su sangre. ¿Cuánto me dais por ella y os la entrego? Le ofrecen una criatura ¡y qué criatura! Una criatura inanimada, que ni ve, ni oye, ni habla; que no ama, ni tiene alma, ni sentidos; una tira de papel, un pedacillo de metal duro y seco, que no es en sí más que un poco de tierra blanca o amarilla... ¡y él entrega su alma, la vende!

Malvado para con sus semejantes. La ley fundamental de toda sociedad es la abnegación, como es su destrucción el egoísmo. Pues bien: el avaro es egoísta, cruelmente egoísta. La usura, el robo, la rapiña, las concusiones, el fraude en todas sus formas, la mentira, el perjurio, los pleitos injustos, en nada repara por enriquecerse. ¡Cuántas familias arruinadas por los avaros!

Malvado contra los pobres. El trigo, el vino, el aceite, los frutos de la tierra, las riquezas de cualquier clase que sean, han sido criadas para bien de todos los hombres. Su destino es que circulen por todas las partes del cuerpo social, como la sangre circula por todas las venas del

cuerpo humano. Pero, ¿qué hace el avaro con todas esas cosas? Las distrae de su destino, las detiene, las aprisiona, deja que se pudran o se las coman los gusanos, o no consiente en soltarlas como no sea a precios exorbitantes. «El avaro, dice un gran doctor, es semejante al infierno, que lo recibe todo, y lo devora todo, y no devuelve nada, y nunca dice: Bastante».

Malvado contra sí mismo. O esconde bajo tierra sus riquezas, o las convierte en lujo. En el primer caso, no solamente rehúsa hacer participantes de sus bienes a los demás, sino que ni él mismo se aprovecha. Su felicidad suprema consiste en tenerlas y como sentirlas junto a sí. Primero que tocar a ellas se negará a sí mismo lo necesario, y en medio de la abundancia, vivirá tal vez peor que el último mendigo. Su vestido, sus muebles, su alimentación, su modo de vivir, justificarán vergonzosamente el epíteto de *sórdida* que todas las lenguas han dado a la avaricia. Entre mil ejemplos, tú conoces, lo mismo que yo, la historia de ese avaro que murió hace pocos años en París, en el barrio de San Germán.

En una buhardilla, baja de techo, estrecha, sin chimenea ni hornillas, que era estufa en verano y nevera en invierno, vivía un viejo, bajo de cuerpo, de labios delgados, mejillas hundi-

das, color amarillento, inquieta mirada y frente surcada de hondas arrugas. Rara vez se le veía salir. El hombre empollaba su oro, como la gallina empolla sus huevos. Un sombrero, que en tiempos antiguos había sido negro, pero que ya había perdido el color y la figura; un levitón grasiento y raído hasta la trama, unos pantalones de igual edad y valor, unos zapatones con piezas sobrepuestas, y cuyo térreo color acusaba gran economía de betún: tal era su porte. Del amueblaje no hay que hablar; no fue conocido hasta después de su muerte, pues en aquel cuartucho no se vio entrar jamás alma nacida.

Hacía algunos días que no se le había visto bajar; ya la gente de la portería entró en cuidado, llamaron a la puerta, y el viejo no respondía. Avisada la policía abrieron la puerta con la llave real de la fuerza. Acércate, amigo, y contempla al anacoreta de la avaricia, muerto entre las garras de tal madre.

En una mal llamada cama, cubierta de andrajos en desorden, pero que hacían las veces de sábanas y cobertores, yacía un cadáver descarnado, y cuyo hedor indicaba el principio de la descomposición. A guisa de almohada tenía un saquillo bien repleto, todo lleno de oro, plata, billetes de Banco y otros valores públicos. Revuelven la paja del lecho, y encuentran tam-

bién toda clase de monedas; toman unos viejos botillos, escondidos debajo de la cama, y los hallan llenitos de oro y plata. Total, cerca de cuatro millones de reales.

Sobre una silla de anea, medio deshecha, y única que había en la habitación, un botijo de tierra con una poca agua y unos mendrugos de pan duros y manoseados, que las Hermanitas de los Pobres hubieran acaso tomado para sí mismas, pero seguramente no los habrían querido para sus viejecitos. El infeliz había muerto de necesidad en medio de sus paquetes de oro y sus legajos de billetes.

¿Comprendes ahora la severa verdad de la palabra divina: «No hay cosa más inicua que el avaro»; y de esta otra: «El que es malo para sí mismo, ¿para quién será bueno?». Sería cosa de nunca acabar el contar todas las maldades del avaro, esto es, sus iniquidades y sus hechos afrentosos, tistes efectos de la segunda concupiscencia. En la carta siguiente te contaré otro ejemplo, que a lo odioso añade lo ridículo.

Tu afectísimo...

CARTA SÉPTIMA

SUMARIO: Otra historia de un avaro muerto recientemente. — Precaución ridícula. — Dureza de corazón. — El lujo, consecuencia de la concupiscencia de los ojos. — Desorden muy culpable. — Algunos ejemplos de lujo.

QUERIDO AMIGO:

Echar sobre sí mismo el ridículo por la violación voluntaria de alguna de las leyes sociales, es una desdicha, una culpa y un castigo. El avaro desafía a la opinión; pero la opinión se venga por los epítetos que aplica a la avaricia. Hay uno, entre otros, que, como ya lo hemos dicho, se encuentra en todas las lenguas: *sórdida*. En prueba de que lo merece, contemos otra historia.

Muchas veces habrás ido de París a Versalles por el ferrocarril del lado izquierdo. Un poco antes de llegar a Sèvres, has visto en la orilla de la vía una elegante casita con su cerca y jar-

dín. La construyó, hace unos treinta años, un negociante de París, que en la primavera principalmente iba allí una o dos veces por semana a pasar el día con su familia y amigos. Según todas las señales, debía el hombre gozar de una fortuna regular.

Hace diez años que vendió los géneros y se retiró a su casa de campo. Por allí no se le llamaba sino Monsieur el Jorobado. Es que, en efecto, tenía en la espalda una prominencia bien convexa, que no presentaba precisamente la forma esférica de una verdadera joroba, pero que era, sin embargo, bastante saliente para no poderse disimular.

En el tiempo en que edificó la casita, el señor Jorobado no tenía esta enfermedad de la joroba, que le había sobrevenido, según decía, a consecuencia de una caída. Vivía aislado con una criada vieja, y no quería recibir sino muy de tarde en tarde a su hijo Alfredo, dependiente en una casa de comercio de París, porque las visitas de éste le ocasionaban gastos que no podía costear. Cuando Alfredo le replicaba que debía de ser rico, el señor Jorobado respondía invariablemente, que, en efecto, cuando se retiró del comercio, podía reunir unas 15.000 pesetas de renta; pero que había caído, como tantos otros, en la tentación de jugar a la Bolsa, y

se había arruinado casi completamente, no quedándole sino lo puramente preciso para vivir con la mayor economía.

Después que se le murió la mujer, el señor de la joroba se mostró más avaro todavía que antes. Suprimió el perro y los pajarillos que tenía, porque se gastaba demasiado en mantenerlos. Su sobriedad era extrema. Más de una vez su vieja criada, Juanita, le había amenazado con irse de casa por no poder sobrellevar unas comidas tan penitentes. El Monsieur no salía más que una vez cada dos o tres meses para ir a París a poner mano, como él decía, en sus *pequeñas rentitas*.

El día 1.º de septiembre murió casi de repente. Alfredo, avisado por la criada, acudió al punto, y casi al mismo tiempo llegó el médico encargado de examinar el cadáver.

Descubriendo el pecho del muerto, observó dos fajitas de lana, que se cruzaban por delante del pecho y pasaban por los hombros a las espaldas. Siguiendo su reconocimiento, el doctor descubrió que las tales fajas sostenían una especie de saquete de franela en medio de la espalda. Este saquete formaba la prominencia que hacía aparecer jorobado al antiguo negociante. Abrióse el saco, y con gran sorpresa de los presentes, se vio que la supuesta joroba contenía

doscientas cincuenta y siete mil pesetas en billetes de Banco, acciones de ferrocarriles y otros valores.

Michás adoraba a sus dioses secretamente por temor de perderlos; el Monsieur Jorobado los llevaba a cuestas. Constituidos en parte integrante de su persona, con él viajaban y con él dormían. Hasta el postrer instante de su vida les dio culto deformándose, mintiendo, imponiéndose a sí mismo y a los demás penosísimos sacrificios. ¿Qué te parece? El señor Jorobado merecía sin duda un privilegio de invención, pues en materia de desconfianza personifica en el más alto grado el genio de la avaricia.

Si el avaro no entierra sus tesoros, los convierte en lujo. Este segundo desorden es más frecuente, pero no menos culpable que el primero. Ambos son hijos del egoísmo: en uno y otro el hombre se hace su Dios. Víctima de la concupiscencia de los ojos, ambiciona todo lo que brilla, y lo quiere a toda costa; a costa de su tranquilidad y sus afecciones de familia; a costa de su propia salud, que gasta en viajes, en especulaciones y agitaciones incesantes, y aún a costa de su vida, que se gasta prematuramente, como una vela encendida por ambas puntas.

Lo quiere a costa del sudor y trabajo forza-

do de los artífices de su fortuna, que no conocerán día de descanso; a costa de las costumbres y fe de los mismos, que las perderán, sea porque ven el escándalo que les da el amo, sea en la atmósfera moralmente pestilencial de sus oficinas, obradores y talleres.

Lo quiere a costa de los sufrimientos y la miseria pública; sus entrañas son crueles: *Viscera impiorum crudelia.* «Pobres, enfermos, viejos, huérfanos, desvalidos, quien quiera que seáis, no tenéis ni vestido con que cubriros, ni pan que llevaros a la boca, ni leña para calentaros, ni medicamentos, ni quien os cuide, ni ampare. Que os planten en la calle a vosotros y a vuestros tiernos hijos, y os vendan a vil precio vuestros pobres muebles para pago del alquiler; que la necesidad arrastre vuestras hijas a la deshonra y a vosotros al suicidio: nada de eso me importa ni me hace mella. Yo doy mejor empleo a mi fortuna.

»Necesito oro y plata, y en abundancia. Necesito posesiones y más posesiones. Necesito tener casas suntuosas en la ciudad y en el campo. Necesito que mis habitaciones estén doradas y tapizadas de seda. Necesito de muebles, en los cuales la perfección de la forma compita con la riqueza de la materia. Necesito de blandas alfombras y pavimentos de mármoles raros.

Necesito joyas de pedrería engastadas en oro.

»Necesito la lencería más fina, los encajes más caros, las telas más ricas. Necesito cajas de plata. Necesito caballos de lujo y coches vistosos, Necesito objetos de arte, bronces, estatuas, cuadros, que el precio de uno solo bastaría para mantener largo tiempo a una familia pobre. Necesito, en fin, para mí, para mi mujer, mis hijos e hijas, mil cosas inútiles, de gran precio, buenas únicamente para llamar la atención y halagar la vanidad».

Para que no se me acuse de pintar un cuadro a capricho, voy a citarte algunos ejemplos, cuya autenticidad me consta, del lujo insensato que fascina y devora a los esclavos de la segunda concupiscencia.

Un pañuelo de bolsillo, 4.000 rs.; un par de puños, 4.000 rs.; un cepillo para el pelo, 400 reales; un peine, 1.200 rs.; unas chinelas para señora, 800 rs.; un cubrepié para la cuna de un niño, 4.800 rs.; una docena de gorros de dormir, 3.840 rs.; un vestido de bautizar, 2.400 rs.; una camisa de novia, 14.000 reales; una camiseta de dormir, 20.000 rs.; una pañoleta de encajes, 10.000 rs.; un velador de madera, 40.000 rs.; una sombrilla, 40.000 reales; un vestido, 56.000 rs.; otro vestido regalado a una dama por su marido, 88.000 reales; una manta de piel de

marta para coche, 160.000 rs.; alquiler de un piso, o también de un almacén, desde 40.000 a 320.000 rs.; un aderezo, 400.000 rs.

Tales y otras muchas son las cosas que quiere el hombre convertido en su propio Dios: no importa que cuesten mucho, porque a trueque de tenerlas, todo lo pone en venta, hasta su alma. Aquí me detengo, pues sería imposible decir las consecuencias morales, o más bien inmorales, de este lujo desenfrenado; esto es, sería imposible decir hasta qué punto de maldad e ignominia conduce a todas las clases de la sociedad esta segunda concupiscencia, hija legítima del error desastroso que combatimos. En la carta siguiente hablaremos de la tercera.

Tu afectísimo...

CARTA OCTAVA

SUMARIO: Tercera concupiscencia: la soberbia de la vida. — Lo que es, lo que quiere, lo que hace. — Espíritu general de insubordinación. — Fiebre de desorden. — Ambición del poder: intrigas, conspiraciones, revoluciones, tiranía. — Odio a toda autoridad. — Castigos provocados por el desorden de las tres concupiscencias. — Ultima proposición: El error de creer que esta vida es la vida, muy extendido en nuestros días. — Pruebas. — Peligros que amenazan.

QUERIDO AMIGO:

La soberbia de la vida es la tercera concupiscencia. Todos los días puedes verla con tus ojos y oírla con tus oídos. El mendigo hambriento no pide con tanto anhelo el pan que necesita para vivir, como los esclavos de las dos primeras concupiscencias van buscando, uno los placeres sensuales, otros las riquezas. Tienen hambre y sed de esto; hambre insaciable y sed inextinguible; hidrópicos que cuanto más beben más

sed tienen: *Quo plus sunt potae, plus sitiuntur aquae*. Pues éstos encuentran en la soberbia de la vida el mejor medio de tener en abundancia placeres y riquezas. Me pides la explicación de este misterio, y te la voy a dar.

Adorarse a sí mismo en sus ideas, en su talento, en sus cualidades físicas o morales, en su excelencia, en su verdadera o pretendida superioridad: esto es la soberbia de la vida. Autoridad, honores, consideraciones y alabanzas: eso es lo que quiere. Alzarse a los más altos grados de la escala social, tener en sus manos la posición presente y futura de una turba de subordinados, manejar arbitrariamente los negocios públicos o privados, a veces poseer o compartir el poder soberano; ciego es quien no vea en esto el medio más poderoso de satisfacer ampliamente la doble concupiscencia de la carne y de los ojos.

Por esto, entre las tres grandes pasiones que asolan el mundo, la más furiosa es la ambición del poder. Si quieres ver lo que da de sí semejante levadura fermentando en el corazón del hombre, no tienes más que abrir los ojos y mirar a tu alrededor.

¿De dónde proviene el espíritu de insubordinación de que tan violentamente trabajadas se ven hoy todas las clases de la sociedad? De la

soberbia de la vida. Nadie quiere ya obedecer; el operario quiere ser más que el que le paga; el criado quiere ser más que el amo; el estudiante quiere ser más que el profesor; los hijos quieren ser más que el padre y que la madre. ¿Qué es esto? La soberbia de la vida.

¿Cuál es la causa que en tan gran número de individuos, así hombres como mujeres, produce esa fiebre de desorden? La soberbia de la vida. ¿Quién deja desiertos los campos y acumula en las grandes ciudades, en espera de todos los empleos, esos enjambres de famélicos pretendientes? La soberbia de la vida.

¿No es también esa misma concupiscencia la que puebla las naciones modernas de descontentos, de ambiciosos al por mayor y al menudeo, que creyéndose aptos para todo, holgazanean rondando todas las posiciones, tienen envidia a los que las ocupan, y con el corazón o con la boca repiten este solo refrán: *Quítate tú para que entre yo?*

Si los que tienen el poder, las dignidades o la fortuna no se mueren bastante pronto, o no satisfacen pretensiones imposibles, la soberbia de la vida se da a buscar los medios de reemplazarles. Cual inmensa red, las sociedades secretas enlazan hoy ambos mundos. ¿Qué se propone este gran ejército de demoledores? Apo-

derarse del poder, y repartirse como una presa las dignidades y las fortunas. Si examinas el principio que ha formado esas sociedades, y el móvil que las hace funcionar, encontrarás que es la soberbia de la vida.

Con igual evidencia se muestra en las intrigas y bajezas de la ambición, en las conspiraciones y el regicidio, en los motines y revoluciones, en el despotismo de uno solo y en la tiranía de las muchedumbres, azotes que se han hecho endémicos en Europa, extremos funestos entre los cuales oscilan perpétuamente las naciones modernas.

¿Qué más diré? Como el árbol sale de la raíz, de la soberbia de la vida brotan, no sólo el odio al gobierno, sino también la negación del derecho; la negación de los derechos de Dios, de la Iglesia y del Papa; la negación de los dogmas, de las obligaciones y de cuanto se impone a la razón o a la voluntad; el odio y la negación de todo lo que en cualquier grado representa el principio jerárquico de la autoridad religiosa y social.

Si, pues, consideras esta tercera concupiscencia en acción, reconocerás bien pronto que es bajo todo aspecto soberanamente desastrosa. Madre de la ambición, ella es la que alimentando los planes de su hija y acariciando sus sue-

ños, arruina las costumbres sociales, rebaja el carácter de las naciones, y las puebla de autómatas con el nombre de funcionarios.

Ella es la que transforma a los depositarios del poder en chalanes de empleos, y sus antesalas en otros tantos bazares, en que todo se vende, porque se compra todo: la dignidad, el honor, la conciencia. Ella es, en fin, la que, haciendo a los pueblos ingobernables, acaba, como lo vemos en nuestros días, por convertir la sociedad en un campo de batalla, donde las pasiones desencadenadas se disputan con encarnizamiento los sucios y a veces ensangrentados girones del poder.

No es esto todo: el gran error que es padre de la tercera concupiscencia, llama todos los azotes. Como el imán atrae al hierro, el crimen atrae al castigo. Dios no ha abdicado. Sin duda es paciente; mas no puede ser indefinidamente espectador impasible de la violación de sus leyes. Pues bien, lo acabamos de ver; la soberbia de la vida es la revolución permanente, el principio violador de todas las leyes divinas y humanas, religiosas y sociales.

Por otra parte, Dios quiere demasiado al hombre para que le deje vivir pacíficamente en el mal. Como el padre quita de las manos de su hijo y rompe los juguetes que le entretienen con

perjuicio de sus obligaciones, así, para romper el encanto fascinador que arrastra a los hombres al abismo, Dios envía los azotes de su misericordiosa justicia.

Por eso se le ve echar sucesivamente sobre el mundo culpable las pestes, hambres, guerras, inundaciones, tormentas, terremotos, invasiones de bárbaros civilizados o no civilizados, las dislocaciones sociales; avisos terribles que dicen al hombre: «Has errado el camino: esta vida no es la vida; busca en otra parte esa dicha de que sientes necesidad invencible».

Tal es ordinariamente la conducta de la Providencia. Si la fascinación de las bagatelas se generaliza y completa, son también los avisos más generales y más temibles. Déjase oír un ruido sordo, precursor de la tempestad; el edificio social se cuartea y vacila, los tronos se desploman, los reinos y los pueblos se inclinan hacia su ruina: *Conturbatae sunt gentes et inclinata sunt regna.*

La inquietud reina por todas partes: *Dicentes: pax, pax; et non erat pax.* Como el fuego subterráneo de antiguo comprimido, las concupiscencias irritadas por largo tiempo hacen su explosión y transforman el orden social, entretanto que todos los azotes del cielo, a manera de avalancha, se precipitan juntos sobre la tierra.

¿No es esto, querido amigo, lo que hace algunos años y ahora mismo estamos viendo? La América Meridional, ¿no tuvo que sufrir en seiscientas leguas de su litoral verdaderas escenas del fin del mundo? ¿La isla de San-Thomas, no fue también asolada por el mar, invadida por montañas de agua, de altura, extensión y fuerza nunca vistas, que la arruinaron completamente? Y después el África, ¿no se cubrió de cien mil cadáveres de hombres, mujeres y niños muertos de hambre?[1].

Pero omitamos los desastres parciales y las advertencias sucesivas. En 1886 cayeron juntamente sobre el mundo todos los azotes de Dios: la peste de hombres y de animales; las misteriosas enfermedades de las viñas, de las patatas, de la caña de azúcar y de otros vegetales, en número de más de ciento; el hambre, la guerra, los temblores de tierra, las inundaciones y la plaga de la langosta. Si hay en la historia un año como ese, digo que no lo sé, y no tengo reparo en confesarlo; pues en esta ignorancia creo ir en muy sabia y numerosa compañía.

Si hubiera yo de hablar de las plagas del or-

1. Mayores han sido todavía los desastres que recientemente ha causado en la China el hambre, cuyos detalles no hemos podido leer en Europa sin estremecernos.

den moral, ¿qué no habría de decir? Basta señalar una sola, el socialismo, cuyas olas van subiendo a ojos vista, y amenazan echar abajo muy pronto las barreras ya harto quebrantadas que la fuerza material trata de oponerle. ¡Que los que tienen ojos para ver, vean! ¡Que los que tienen orejas para oír, oigan!

Para que el título de nuestra correspondencia quede justificado, réstanos, querido amigo, establecer la última proposición enunciada al principio de mi primera carta: lo haré en pocas palabras.

4.° EL ERROR QUE CONSISTE EN CREER QUE ESTA VIDA ES LA VIDA, ESTÁ, POR DESGRACIA, MUY EXTENDIDO EN NUESTROS DÍAS. No se puede negar: es grande, grandísimo el número de las víctimas; hormiguean en las ciudades y en los campos. En todas las naciones del antiguo y nuevo mundo, las categorías más elevadas, acaso más aún que las clases inferiores, le pagan largo tributo, y todo eso que se llama progreso tiende a aumentarlo. No es un misterio para nadie: el siglo XIX rueda hacia el materialismo y sensualismo, y por consiguiente, hacia la negación práctica de toda otra vida que no sea la presente.

Indudablemente se han visto en todas las épocas hombres que profesaban con su conducta

la negación de la vida futura, como en todos los siglos han habido cojos y ciegos. Pero todo un siglo, todo un mundo de ciegos o de cojos, o por lo menos, un siglo y un mundo en que la mayoría de los hombres sean ciegos y cojos, eso no se ha visto más que en las épocas fatales de la historia, en la época del diluvio, en la de los bárbaros, y ahora.

¿Cómo representar esta culpable degradación de la humanidad? Tú habrás visto al trapero nocturno, con su canasto a la espalda, recorriendo las calles París, llevando en una mano el farol, bajo hasta el suelo, y el gancho en la otra, parándose en todos los montones de basura para buscar algunos pedazos sucios de tal o de papel, que echa en el canasto.

He ahí, perdóneme que lo diga, he ahí al siglo XIX, a este gran trapero, que a la luz vacilante de su débil razón busca la vida en la muerte buscándola en la carne. A cada cosa que descubre en el orden material se para y se crea una nueva necesidad ficticia, excita una nueva concupiscencia, y se hace esclavo de un nuevo señor. Tal es, como le he dicho desde el principio, y quisiera tener cien voces para repetirlo, tal es *el gran error del siglo XIX*.

Ese error pesa sobre nuestro siglo, le penetra por todas partes, le inficiona en toda la con-

textura de su vida. El pozo del abismo está abierto, y de entre medio de la negra humareda que despide, salen nubes de asoladora langosta. Este nombre hay que dar a los monstruosos e innumerables errores que hoy mismo causan espanto aún a los corazones mejor templados, y cuya misión infernal es devorar la Religión cristiana, la moral cristiana, lo sobrenatural cristiano, la vida de la fe, para hacer prevalecer en todo y por todo la vida de los sentidos.

Pues este error, en el cual vienen a reunirse prácticamente todos los otros errores, conduce fatalmente hacia el abismo al siglo XIX. He ahí por qué no me canso de repetirlo una vez más, y por qué yo pagaría con mi vida el tener una voz bastante poderosa para hacerme oír de todos, reyes y pueblos, adormecedores y adormecidos. La historia de lo pasado es la predicción de lo futuro.

Al ver a los hombres antediluvianos casi universalmente entregados a la triple concupiscencia. cuyo cuadro hemos bosquejado, el Criador tuvo tan profundo dolor, *tactus dolore cordis intrinsecus*, que se arrepintió de haber hecho al hombre. Y añadió: «Puesto que no solamente toda la carne ha corrompido sus caminos, sino que el hombre se ha hecho carne, mi Espíritu no permanecerá en él; perecerá, y con

él las criaturas que ha hecho instrumentos de iniquidad»[1].

La amenaza fue de cerca seguida por el castigo: vino el diluvio y se los llevó a todos: *Venit diluvium et tulit omnes.*

¿Por qué los hombres antediluvianos se habían hecho carne? Porque habían tomado esta vida por la vida verdadera. La vida de arriba la habían olvidado. Para ellos el mundo sobrenatural no era nada: el mundo material lo era todo. Fascinados por este error desastroso, ¿qué hacían? Oigamos la respuesta. No pensaban sino en las necesidades y placeres del cuerpo, en comer y beber, en casar y casarse, en comprar y vender, en plantar y edificar. Añadamos un último rasgo, que no es el menos característico: hacían burla de Noé, quien fabricando su arca les anunciaba que aquello iba a concluir mal.

Ahora, querido amigo, hazte cargo de ellos, óyelos, pregúntales, y dime: Los hombres y los pueblos de hoy día, en general, ¿hacen otra cosa? ¿Piensan en otra cosa? Desean otra cosa? El mundo sobrenatural ¿pesa en la conducta del mayor número más que una barba de pluma en el platillo de una balanza? Bien lo podemos

1. Gen., VI, 3-12. Ya se sabe en qué sentido se deben tomar el dolor y el arrepentimiento de Dios.

poner en duda. El comercio y la industria, la industria y el comercio, ¿no son su eterno refrán, el centro de su acción y su atracción?

El comercio y la industria. o como ellos dicen, las especulaciones y los negocios, ¿para qué'? Para tener oro. Y el oro, ¿para qué? Para procurarse goces: goces para la vista, para el oído, para la boca, para todos los sentidos y para todas las concupiscencias. ¿No es la última palabra de las muchedumbres, ricas y pobres, en el siglo XIX, como lo fue de las muchedumbres anteriores al diluvio la víspera del cataclismo, y de las muchedumbres greco-romanas cuando la invasión de los bárbaros: *Duas tantum res anxius optat; panem et circenses?* ¿Y por qué esto? Porque el hombre moderno, como el antiguo, se ha hecho carne. Porque se ha dejado fascinar por el gran error, que consiste en creer que la vida de acá es la vida.

Para que el paralelismo sea completo, este siglo no sufre que se le hable, ni de lo sobrenatural, para lo cual ha sido formado, ni de los peligros que le amenazan. Los que tienen el valor de hablarle de eso, sacerdotes, Obispos o Papas, son unos alarmistas, a quien vuelven la espalda; Noés de quien se ríe, inteligencias atrasadas, espíritus sombríos, seres odiosos, cuya sola vista molesta.

Y sin embargo, ¿cuál puede ser el porvenir reservado a un siglo que se ha hecho carne; «que se ha cosido a su arado; que pone su gloria en sus máquinas y en la garrocha con que arrea a sus bueyes; que no habla más que de crías, agricultura y trabajos materiales; cuyas conversaciones son siempre de becerros; cuyo corazón está engolfado en los surcos, y su pensamiento en la grasa de las vacas?».

Vergonzosa y deplorable fascinación, signo demasiado cierto de próximas catástrofes, error inmenso, que se extiende y esparce de día en día. Por Dios, querido amigo, guárdate de caer en él: ésta es la mejor despedida que puedo darte al terminar mi larga carta.

Tu afectísimo...

CARTA NOVENA

SUMARIO: Dos verdades incontestables. — Razonamiento perentorio. — Por qué esta vida no es la vida. — Le falta lo que propiamente constituye la vida. — El espíritu no vive aquí, o no vive sino muy imperfectamente. — Errores e ignorancia a que está sujeto. — El corazón tampoco vive. — Las luchas, equivocaciones y tristezas. — El cuerpo tampoco vive: cuadro de sus miserias. — Esta vida no tiene goces ni duración.

QUERIDO AMIGO:

El mayor de todos los errores es creer que la vida ésta es la vida.

La mayor de todas las desdichas es obrar en conformidad a ese error.

En la bien pensada carta que acabo de recibir, me dices que no cabe discusión sobre estas dos verdades. Tú, además, las confirmas con un razonamiento decisivo. «Cuanto más el hombre se ocupa de este mundo, menos se ocupa del otro. Cuanto menos se ocupa el hombre del otro mundo, más se aparta de su fin. Cuanto más un

ser cualquiera se aparta de su fin, más culpable se hace. Y cuanto más culpable se hace, más desdichado es.

»Si, pues, un siglo se ocupa exclusivamente, o poco menos, de los intereses de este mundo, más pavoroso es el porvenir que se le prepara. Como en la historia de los pueblos cristianos no se encuentra ninguna época, que en el desbordamiento de la vida material se asemeje tanto como el siglo XIX a la época inmediatamente anterior al Diluvio, era muy oportuno llamar fuertemente la atención sobre tal semejanza: jamás se dio más justificado grito de alarma.»

Y ahora yo, querido amigo, añado con tristeza: Tal es la fascinación del mundo actual, que jamás ningún grito de alarma habrá sido menos escuchado. De todos modos, es gran consuelo para mí el saber que tú lo tomas en serio, y el esperar que no te faltarán imitadores. Pero tu curiosidad no queda satisfecha; ¿quieres saber bien por qué esta vida no es la vida? ¡Grave y hermosa cuestión! Te doy gracias por habérmela propuesto. Vamos sin tardanza en busca de la respuesta.

Me preguntas por qué esta vida no es la vida, la vida verdadera, la vida propiamente dicha, la vida tal como la exigen la idea de Dios, que es

quien la da, y la naturaleza del hombre, que la recibe. A mi vez yo te pregunto por qué razón el niño no es el hombre, y el arroyuelo no es el río, y el crepúsculo de la mañana no es la luz del medio día. Tu respuesta, será la mía. La vida de acá no es la vida, porque, o le falta, o no tiene sino muy imperfectamente, lo que constituye la vida. Me explicaré-

El ojo se ha hecho para ver, el oído para oír. Vive el ojo cuando ve, cuando ve bien, cuando ve lo que quiere ver, cuando lo ve tan bien como quiere, cuando lo ve sin cansancio. Vivo está el oído cuando oye, cuando oye bien, cuando oye lo que quiere oír, cuando lo oye tan perfectamente como desea, cuando lo oye sin fatiga. Lo propio debe decirse de los demás sentidos.

Cuando el ojo no ve sino imperfectamente y con pena, está enfermo; cuando cesa de ver, se ha perdido, está muerto. Cuando el oído no oye sino imperfectamente y con pena, está enfermo; cuando cesa de oír, se ha perdido, está muerto. Y lo mismo pasa con los otros sentidos.

Si el ojo ha sido hecho para ver, y el oído para oir, el espíritu ha sido hecho para conocer, el corazón para amar, el cuerpo para hacer. De aquí nacen la vida y el goce; vida y goce que no son nada, o casi nada, sin la duración, y ésta

tranquila. Pues bien, en la vida presente nada de esto tiene lugar, o no lo tiene sino de una manera muy incompleta.

La vida del espíritu consiste en conocer la verdad. ¿La conoce? Entre todas las verdades, las más ciertas y necesarias son seguramente las verdades religiosas. ¿Las conoce el espíritu del hombre? ¿Y hasta qué punto las conoce? Sin duda alguna tiene de ellas certidumbre; pero ¿las comprende? Escuchemos a San Pablo: «Acerca de las verdades divinas conocemos y hablamos como niños. No vemos las cosas más que en parte, en imagen y como en enigma»[1]. «La luz de la fe, añade San Pedro, es una lámpara que alumbra en lugar oscuro»[2]. En otros términos: para nosotros, pobres habitantes de la tierra, en el orden sobrenatural todo está lleno de misterios.

Tú puedes añadir que en el orden de la naturaleza pasa lo mismo. Todos los sabios convienen en ello. *No conocemos el todo de nada*, ni siquiera de una mosca. En comparación a lo que ignoramos, ¿qué es lo que sabemos? ¿Qué sabemos de la mar y de sus abismos? ¿Qué de la tierra y de sus entrañas? ¿Qué del firmamento y de los globos innumerables que lo embe-

1. I Cor., XIII, 9-12.
2. II Petr., I, 2.

llecen? ¿Qué sabemos de lo pasado, lo presente y lo porvenir? Los hombres más laboriosos y de mayor talento, después de medio siglo de estudios, se ven precisados a decir: «Todo lo que sé es que no sé nada». Bossuet mismo dejó escrito: «No conozco nada más vil y despreciable entre los hombres que el presumir de sabio»[1].

Y luego estas migajas de ciencia que nos gloriamos de poseer en historia, filosofía, política, astronomía, química, geología, medicina, artes liberales y mecánicas, en agricultura, en todas las cosas, nunca son puras. Como el oro cuando sale de la tierra, siempre están cubiertas de una capa de ignorancia, y aún de errores, de que apenas llegamos jamás a desprender completamente nuestros pobres conocimientos.

Tan verdad es esto, que el mundo entero está entregado a las disputas de los sabios, y estas disputas son eternas. Sobre unos mismos puntos se oye sucesivamente el sí y el no, sostenidos con igual seguridad. Tal sistema, tal descubrimiento, son aclamados hoy, que mañana serán abandonados y entregados al desprecio.

No es esto todo. Por imperfectas y débiles que sean estas partículas de verdad, ¡cuántas

1. Carta a Basnage.

vigilias, fatigas y gastos se necesitan para adquirirlas! No hay edad, ni condición, ni hombre alguno exento de este penoso trabajo. Desde que comienza a disputar la razón, el hijo del rey, como el hijo del pobre, tiene que hacer violencia a sus juveniles instintos, y pasarse largas horas y sendos meses en aprender a leer y escribir.

Más adelante, cuando hayan salido de la niñez, ellos y ellas se verán arrancados de las dulzuras de la vida de familia y condenados a vivir como acuartelados, por espacio de siete u ocho años mortales, en los colegios, obradores o talleres. ¿Para qué es esta dura condición? Para que aprendan un oficio o una carrera, es decir, para que adquieran cierta habilidad, cierta aptitud particular; en otros términos: porque conozcan las verdades necesarias para su existencia social y aún material.

So pena de no abrirse camino, o, como se suele decir, so pena de *arrinconarse y vegetar*, esa condición deberá durar por siempre. Trabajo para aprender, trabajo para aplicar lo que se ha aprendido, trabajo para no olvidar.

El hecho es, pues, incontestable: el espíritu del hombre no conoce la verdad, o no la conoce sino muy imperfectamente y a costa de los más penosos esfuerzos. Sin embargo, el espíri-

tu se ha hecho para conocer la verdad, como el ojo para ver la luz, plenamente y sin fatigas[1]. Luego no vive, o a lo menos no tiene sino muy incompleta vida. Luego para el espíritu esta vida no es la vida.

¿Hablaremos del corazón? Como el espíritu ha sido hecho para conocer la verdad, el corazón ha sido hecho para amar el bien. El bien del hombre es Dios y su ley; so pena de ser mártir de tormentos inenarrables, tal es el polo hacia el cual debe incesantemente gravitar, tal el fin que debe perseguir, tal el tesoro que debe poseer.

Pues bien, querido amigo, lo mismo que tú y lo mismo que yo, lo saben todos los hijos de Adán: menos penoso sería el trabajo del hombre que quisiera andar contra la corriente rápida de un gran río, o levantar con sus débiles manos un peso enorme, que el afán de un corazón que quiere constantemente amar lo que amar debe, y como lo debe amar.

Este pobre corazón, ¿por ventura, desde que tiene conciencia de sí mismo, no es teatro de luchas interiores, que no acabarán sino cuando cese de latir? Luchas crueles que le despedazan, le llenan de amargura, y muchas veces le cu-

1. Así la conocía Adán.

bren de vergüenza. ¿No es verdad que todos los siglos y todos los lugares le han oído y le oyen todavía lamentarse, suspirando: ¡Infeliz de mí; no sé lo que hago! El bien que amo no lo practico, y el mal que aborrezco lo cometo?

Mas quiero suponer que a fuerza de cuidado evitará todas las redes tendidas a sus pies, y que a fuerza de valor no se dejará lastimar ni degradar. Su vida en tal caso será una paz. mas no la paz, porque una multitud de inquietudes vendrán a turbarlas. ¿No son suyos los peligros de las personas que ama, suyas las heridas que ellos reciben, suyos los dolores que sufren? Ver con sus ojos como los seres más queridos sufren, mueren, se pierden, se corrompen y van por un camino que les lleva al abismo; ver diariamente ultrajar a sangre fría, blasfemar y aborrecer con odio infernal todo lo que se respeta y se adora; ¿es esto vivir?

Si sale de sí mismo, y quiere que descanse su ánimo en algunas afecciones legítimas, ¡cuántas decepciones no encuentra! ¡Cuántas espinas no vienen a añadirse a sus sufrimientos! Los malos comportamientos, las inconstancias, las ingratitudes, las diferencias de carácter, los celos, traiciones, calumnias, críticas injustas, separaciones, reveses de fortuna, la ruptura final de los lazos más queridos, parece que

se dan cita para proporcionarle suplicios incesantemente renovados. Y no cuento el aburrimiento, el inexorable aburrimiento que nace de todo, hasta del placer.

Así, siempre en luchas, siempre con disgustos, siempre con tristeza: tal es esta vida para el pobre corazón humano, para este corazón formado para amar con amor noble, pleno y tranquilo. No vive, pues, o no vive sino vida muy incompleta.

Luego para el corazón esta vida no es la vida.

Pasemos a hablar del cuerpo. Para el cuerpo vivir es hacer. Hacer es moverse por sí mismo. Moverse es poner en ejercicio todos sus sentidos y órganos libremente y sin dolor; de otro modo, la vida no es nada, o es poca cosa. Pues bien, amigo mío, ¡cuántos obstáculos no se oponen a este movimiento normal de nuestro cuerpo!

Pasemos en silencio la debilidad natural de la infancia y de la vejez. En estos dos extremos de la existencia el movimiento, reducido al estado rudimentario, es casi nulo. Hablemos solamente de los obstáculos que durante el período medio de la vida encadenan el movimiento o lo hacen difícil y doloroso. Estos obstáculos son las enfermedades.

Decir que desde la cuna hasta el sepulcro, de pies a cabeza, el cuerpo del hombre es un

teatro de dolores, no es decir demasiado. No sería mucho más difícil contarle los cabellos de la cabeza, que las enfermedades a que está sujeto. Cual turba de enemigos implacables, estas enfermedades le siguen por todas partes y le hostigan. Hay enfermedades de la infancia, enfermedades de la adolescencia, enfermedades de la juventud, enfermedades de la edad adulta, enfermedades de la vejez.

Las hay para cada órgano y para cada parte de cualquier órgano: enfermedades del cerebro, de los ojos, de los oídos, de los dientes, de la boca, del corazón, del pecho, del estómago, de los nervios, de los huesos, de las entrañas, de los pies, de las manos, y otras muchísimas cuyos solos nombres llenan volúmenes enteros.

No son menos varias en sus efectos que en su naturaleza. Las unas son tan fulminantes, que no dejan un momento entre la salud y la muerte. Las otras son agudas, y en pocos días convierten al cuerpo más vigoroso en sombra de lo que era o en un cadáver. Otras, más lentas, postran a sus víctimas durante meses y años en el lecho del dolor. Ni el Papa ni el rey, ni el rico ni el pobre, pueden sustraerse a sus ataques; de modo que el linaje humano es un gran leproso y el mundo un vasto hospital.

Sin embargo, amigo mío, no hemos apura-

do la nomenclatura de nuestras miserias corporales. A las enfermedades hay que agregar necesidades humillantes, innumerables, imperiosas, siempre antiguas y siempre nuevas. Diariamente necesidad de comer y de beber, de descansar y de dormir, de vestirse y desnudarse, de acostarse y de levantarse, de calentarse o de tomar el fresco, de buscar habitación y de defenderse. Querer enumerar todas las necesidades del cuerpo sería cosa de nunca acabar. De todo esto resulta que aún el hombre de mejor salud es un torreón cuarteado, que es preciso apuntalar por todos los lados para no verle pronto caer convertido en ruinas.

Para subvenir a sus necesidades es preciso que este pobre cuerpo, muchas veces enfermo, se entregue a rudos trabajos, arrostre la lluvia, el frío, el lodo, la nieve, la intemperie de las estaciones, sufra el calor y el frío, se condene a las ocupaciones más bajas en lugares malsanos o en la entrañas de la tierra, con peligro de su salud y aún de su vida. Y después de todo, feliz él si a costa de tantas fatigas puede prometerse tener siempre una cama en que acostarse, un trapo con que cubrirse, y por alimento un bocado de pan impregnado en el sudor de su frente, y muchas veces en las lágrimas de sus ojos.

Tal es para el cuerpo, y más penosa toda-

vía, esta vida presente. No obstante, este cuerpo ha sido hecho para que tenga la plena posesión de sus órganos, los conserve y los ponga en juego fácilmente y sin dolor. Luego no vive, o a lo menos no vive sino vida muy incompleta. Luego para el cuerpo esta vida no es la vida.

Este estado penoso y enfermizo del espíritu y el cuerpo excluye radicalmente una condición esencial de la vida: el goce. Lo veremos en mi próxima carta.

Tu afectísimo...

CARTA DÉCIMA

SUMARIO: A la vida presente le falta el gozar. — Conspiración de las criaturas. — Tres cosas que hay en la vida opuestas al goce: una cuna, una cruz, una tumba. — Miserias del hombre en la cuna. — Miserias del hombre adulto. —Lo que es al exterior. — Lo que es interiormente. — Condición esencial del goce es la duración. — brevedad de la vida. — La tumba en perspectiva. — Luego considerada en sí misma esta vida, no es la vida.

QUERIDO AMIGO:

En este mundo todo vegeta; nadie vive. Con razón uno de los más altos ingenios, San Agustín, llama a la vida temporal una vida moribunda, o más bien, una muerte viviente: *Vita mortalis, mors vitalis.* Semejante estado de cosas excluye la idea de la vida propiamente dicha; pues vivir es gozar, gozar es no padecer.

Pues al hacer en mi última carta la anatomía del espíritu, del corazón y del cuerpo humano, ¿qué hemos encontrado? El sufrimiento en to-

das sus formas, el sufrimiento en todas partes, el sufrimiento siempre; por eso es estrictamente exacta esta definición: nacer, sufrir, morir, eso es el hombre: *nasci, pati, mori.* Si en cada una de las partes que le componen padece tanto el hombre, considerado en su conjunto, ¿podrá decirse que goza? Responder afirmativamente será contradecirse en los términos.

Añadamos que todo lo que nos rodea contribuye a hacernos padecer. Por más bella y olorosa que sea, no hay rosa sin espinas. Mirándolo bien, se encuentra que en todas las criaturas hay cierto instinto de hostilidad contra el hombre, y como una comisión de la justicia vindicativa.

No hablo de los leones, tigres, panteras, leopardos, osos, lobos, cocodrilos, serpientes y tantos otros animales chicos o grandes, que son enemigos implacables del hombre, y cuya presencia es una amenaza permanente a su tranquilidad, y aún a su existencia.

Fija tu atención aun en las criaturas más inofensivas y necesarias. El cielo que nos alumbra se hace para el hombre sucesivamente bronce, fuego o hielo, y le causa sufrimientos indecibles. Junto a los mejores alimentos y a los frutos más exquisitos, la tierra produce espinas crueles y venenos mortales.

El aire que nos alimenta forma tormentas devastadoras, cuya violencia arranca de raíz bosques enteros, arruina las casas, y en pocos minutos deja asoladas extensas comarcas. Otras veces, mensajero de desdichas, trae miasmas pestíferos, que matan a los hombres por millares, y también nubes de insectos, que talan los campos, las viñas y los prados.

El fuego, elemento necesario para la vida, se vuelve repentinamente contra el hombre, y le consume las casas, las mieses, los muebles, las riquezas todas, y le arroja, como a Job, desde la cumbre de la opulencia, en el abismo de la miseria. El agua, madre del mundo, se alborota, echa espuma, hierve, rompe sus diques, y lleva lejos el terror y la desolación.

El caballo, el buey y los animales domésticos, que tan dóciles son habitualmente, se rebelan a veces contra el hombre, se encabritan, se enfurecen y le tiran al precipicio. El gato, tan mimoso y tan mimado, el perro, tan leal, enferman de rabia, y hacen cuanto pueden por inocular a sus amos el virus que los mata.

Lo mismo sucede con otras muchas criaturas. Si, pues, la vida supone el goce, y éste la paz, salta a la vista que esta vida no es la vida, sino la guerra, guerra continua, en la cual el hombre recibe cada día nuevas heridas, y es

vencido muchas más veces que vencedor. Por lo demás, he aquí en tres palabras el retrato exacto del hombre en este mundo.

Al principio de su existencia, una *cuna;* al medio, una *cruz;* al fin, una *sepultura: nasci, pati, mori.*

Una cuna. Oye como describe la suya el más grande de los reyes: «No os desvanezca la magnificencia en que me visteis. Yo también soy un mortal como los demás, de la raza de aquel primer hombre de tierra, y en el seno de mi madre me formé de sangre espesa durante nueve meses. Una vez nacido, respiré el aire común a todos, y caí en la misma tierra, e igual que los otros, mi primera voz fue llorar[1]. En pañales fui criado, y con grandes cuidados, porque ningún rey nace de otra manera»[2].

Hasta aquí, ¿dónde se encuentra la condición esencial de la vida, el goce? Pero consideremos más de cerca a este pequeño ser, que acaba de caer en la tierra cual fruta desprendida del árbol. Ese pequeño ser eres tú y soy yo hace vein-

1. Observadores curiosos dicen que el primer quejido de los niños comienza por A, que es la primera letra del nombre de Adán, y el primero de las niñas por E, que es la primera letra del nombre de Eva, como si se lamentaran de su caída. (Véanse en Alapide, in Sap., VII, 3.).

2. Sap., VII, 1, 5.

ticinco o sesenta años; es el que lee estas líneas, son todos los hombres y todas las mujeres que se mueven sobre la superficie del globo.

Tiene ojos y no ve; orejas y no oye; boca y no habla; manos y no puede servirse de ellas; pies, y ni se puede tener, ni arrastrarse, ni andar. No sabe más que una cosa, y nadie se la ha enseñado: es llorar.

Todos los demás seres, al nacer, se encuentran vestidos: los unos tienen vello y plumas, los otros escamas, éstos pelo y cerdas, aquéllos pieles; todos salen protegidos por su vestido natural contra el calor y el frío. Sólo el hombre nace desnudo, expuesto a todos los sufrimientos. Por esto es el único entre todos los animales que gime al nacer. Hasta aquí, repito, ¿dónde se encuentra el goce?

Así comienza la vida; veamos cómo continúa.

Una cruz. Y cruz intensa. Plantada en medio del camino, toca con un brazo a la cuna y con el otro a la tumba. Cruz pesada. Sin la ayuda de un brazo todopoderoso, magulla las espaldas más robustas. No está cepillada ni redondeada; tiene agudas esquinas y está toda erizada de nudos y garranchos. Cruz inherente al hombre. Por más que haga, no se la puede quitar de encima.

Con semejante carga a cuestas, el hijo de Adán recorre el intervalo que separa el principio y el fin de su peregrinación, con los ojos frecuentemente arrasados en lágrimas, lleno el corazón de inconsolables tristezas, con sus miembros a veces contrahechos, estropeados, doloridos, arrastrando consigo *la larga cadena de sus esperanzas fallidas*.

He ahí el hombre tal cual es en lo exterior. Tal le vemos en el trono, en el seno de la opulencia y las grandezas; tal lo mismo en los lugares de placer que en los hospitales; tal en las ciudades, tal en los campos; tal, finalmente, en toda la extensión de la tierra. Lo repito: ¿dónde está el goce?

¿Qué es en lo interior? Todo lo más humillante que se conoce. No hablemos ni de las miserias de su espíritu, ni de las miserias de su corazón; ocupémonos solamente de su cuerpo. Lo que fue en el seno de la madre, lo que fue al nacer, eso continúa siendo el cuerpo en lo esencial, ni más ni menos. Indudablemente la sangre de que fue formado se ha convertido en músculos, nervios, fibras, tendones, vísceras, carne y huesos; pero su naturaleza no ha cambiado, ni tampoco su destino. Salido de un elemento inmundo, inmundo es; salido de un elemento corrompido, está destinado a la corrupción.

Si, pues, me preguntas, querido amigo, qué es ese hombre a quien llaman príncipe, rey o emperador, que se adelanta montado en su caballo, magníficamente vestido, con el cetro en la mano y la corona en la cabeza, rodeado de su guardia de brillante uniforme, y delante del cual todo el mundo se inclina o calla, San Bernardo te responde: «Es un saco de estiércol, pasto de gusanos». *Saccus stercorum, cibus vermium.*

¿Y todos esos hombres cubiertos de brocado, cargados de condecoraciones, que marchan con la cabeza erguida, y que con todo su continente parece que van diciendo: «admiradme, envidiarme, respetadme»? San Bernardo te responde: «Son un saco de estiércol, pasto de gusanos». *Saccus stercorum, cibus vermium.*

¿Y todos esos matachines de la literatura obscena o impía, que desafiando a Dios y a los hombres se creen los regentes del universo? San Bernardo te responde: «Sacos de estiércol, pasto de gusanos». *Saccus stercorum, cibus vermium.*

¿Y esas mujeres, jóvenes o viejas, altivas, irascibles, idólatras de su persona, que a juzgar por lo rico, lo estrafalario y frecuentemente lo indecente de su porte, se las podría tomar por un muestrario de chucherías, o por figurines

ambulantes de cualquier saltimbanquis extranjero? San Bernardo te responde: «Sacos de estiércol, pasto de gusanos». *Saccus stercorum, cibus vermium.*

He ahí al hombre tal cual es interiormente. Él no puede ignorarlo, porque cada día viene a recordarle su humillante condición. Siendo esto así, ¿dónde está el goce de esta vida? Concluyamos, pues, querido amigo: que si la alegría es hija del goce, no hay alegrías en esta vida, o son alegrías con sufrimiento; mas éstas, ¿son verdaderas alegrías?

Una tumba. Vivir es gozar. Condición esencial del goce, la duración. ¿Qué viene a ser una alegría que no dura? Una satisfacción momentánea que se envenena ella misma. Se envenena por la certidumbre de su corta duración, por el disgusto y el vacío que deja en el alma. Tales son, sin excepción posible, los goces de acá; por muy largos que los quieras suponer, nunca podrán durar más que la vida. Y la vida ¿cuánto es? Cien años a lo sumo. ¿Y qué son cien años? Forma juicio por los años que tú has vivido. ¿Cómo se han pasado? ¿Qué te queda de ellos? Así pasarán los demás.

Son, pues, exactas, admirablemente exactas, las definiciones que nuestros Libros Santos dan a la vida. Si les preguntas qué es, te responde-

rán: ¿Ves la sombra de esa nube que pasa empujada por el viento? Eso es la vida.

¿Ves ese ligero vapor que se levanta en el horizonte y al punto se disipa? Eso es la vida.

¿Ves esa agua que corre y no se detiene? Eso es la vida.

¿Ves ese pájaro que cruza el aire? Aparece y desaparece, sin que se pueda encontrar rastro del camino que ha seguido. Eso es la vida.

¿Ves esa nave que hiende las olas y no deja detrás de sí ningún vestigio de la estela que formaba? Eso es la vida.

¿Ves esa flor que nace por la mañana y por la tarde se marchita? Eso es la vida[1].

¿Qué más diré? ¿Ves ese tren de ferrocarril que corre a toda máquina? Eso es la vida.

En una palabra. LA VIDA ES UN DÍA ENTRE DOS ETERNIDADES.

¿Quieres más todavía? Esta vida, tan corta de por sí, jamás permanece entera. Cada día, cada hora, cada minuto perdemos algo de la vida. Cuando nosotros crecemos, ella mengua. Perdemos sucesivamente la infancia, la adolescencia, la juventud. Todo el tiempo que ha pasado hasta ayer, hasta mañana, muerto es. Aún de la hora presente toma la muerte una parte; y

1. Sap., V, 9-13; Jac., IV, 15, etc.

en este mismo instante, mientras digo que todo muere, me estoy muriendo yo mismo[1].

Esto, que es verdad acerca del hombre, lo es también respecto a las demás criaturas: tampoco para ellas es vida la presente.

¿Qué son los millares de átomos que se ven flotar en una habitación cerrada, donde entra un rayo de sol? Son otras tantas partículas robadas a los cuerpos que allí hay, a la piedra, a la madera, a las telas. ¿Qué son los torbellinos de polvo que nos ciegan y el mismo barro que pisamos? Son otras tantas pérdidas, descomposiciones y muertes.

Por lo demás, el hombre, desde que entra en el mundo, tiene conciencia de esta brevedad de la vida. No hay quien deje de decir: *¡Cómo pasa el tiempo!* Pronto, pronto, nos vemos forzados a decir con Job: «Pasan mis cortos años, y ando por un sendero por el que no volveré. Mis fuerzas se van extenuando, mis días, se abrevian, y sólo me resta el sepulcro»[2].

Y en este sepulcro, en este inevitable sepulcro, ¡qué misterios se ralizan! Si, pues, te pones a recorrer todas las comarcas del mundo, y dirigiéndote a cada uno de los millones de indi-

1. Senec., epists. XXIV y LIX.
1. Job., XVI, 23; XVII, 1-2.

viduos de todo rango, de toda edad, raza y color que se mueven sobre la superficie de la tierra, les pregunta: «¿Qué eres?», no hay uno que no te deba responder: «Soy un sentenciado a muerte». Sí, sentenciado a ser despojado de todo, separado de todo, olvidado de todos, devorado por los gusanos y reducido a polvo. ¡Oh miseria del hombre!

Por consiguiente, considerada en sí misma esta vida, no es la vida. No es la vida, puesto que no tiene nada de lo que la constituye, ni en cuanto al espíritu, ni en cuanto al cuerpo, ni en cuanto al goce, ni en cuanto a la duración: *Vita mortalis*.

Esta vida es más bien una muerte viviente, *mors vitalis*, supuesto que se devora a sí misma en cada minuto y no tiene nada que sea definitivo. Al contrario, todo se encuentra siempre en estado de formación o de decadencia; lo mismo dentro que fuera de nosotros, todo cambia incesantemente, todo se altera, todo se descompone, todo se precipita, y las pompas de este mundo acaban todas en pompas fúnebres.

Con esta conclusión doy fin a esta carta. Bien corto de alcances o muy desventurado será el que no la acepte como una verdad indiscutible.

Tu afectísimo...

CARTA UNDÉCIMA

SUMARIO: Esta vida no corresponde a la idea de Dios, que la da. — Suponer lo contrario es negar la bondad de Dios. — Su sabiduría. — Su omnipotencia. — Es negar a Dios mismo. — Es acusar al género humano de locura incurable. — Oráculos divinos sobre los que toman esta vida por la vida.

QUERIDO AMIGO:

La vida presente no corresponde de modo alguno a la naturaleza del hombre que la recibe. Luego bajo este primer aspecto no es la vida. Resta ver si cuadra mejor a la idea de Dios, que la da.

Dios es el ser por esencia: *Ego sum qui sum* Siendo el ser, posee todo lo que constituye el ser, y lo posee con infinita perfección: si no, dejaría de poderse llamar el ser propiamente dicho. Dios es, pues, la bondad infinita, la sabiduría infinita, el poder infinito. Bondad infi-

nita, que no puede querer ni hacer más que el bien; nunca el mal, ni moral ni físico, ni temporal ni eterno. Sabiduría infinita, que ni puede engañarse ni engañarnos. Poder infinito, que nada le puede estorbar ni limitar.

Dios, criador y padre, ha puesto en el fondo del corazón humano tan invencible necesidad de la vida, que nada puede ni dominarla ni debilitarla. Mas hemos visto, y lo hemos visto bien, que la vida presente está muy lejos de satisfacer esta imperiosa e imperecedera necesidad. Luego hay para el hombre otra vida que ésta. La consecuencia es rigorosa, como las deducciones lógicas de un axioma geométrico. Vamos a sacar otra prueba del examen de la suposición contraria.

Dios, al crear al hombre, le ha dado un deseo invencible de la vida. Este deseo es una necesidad inseparable de su naturaleza. Nada hay que pueda impedir a Dios que dé al hombre todos los medios de satisfacer esa necesidad. ¿Y se los rehusaría despiadadamente? ¿Será posible que nos mande llamarle cada día *Padre nuestro*, y este Padre, infinitamente feliz en el cielo, se guardará su felicidad para sí solo, y dándose el absurdo gusto de verse desventurado en la obra de sus manos, siendo sus criaturas y sus hijos, nos dejará consumir de todo

género de males para luego precipitarnos en la nada?

Si así fuera, ¿Dios sería bueno, no diré con bondad infinita, sino ni aún con limitada? En semejante hipótesis, este Dios, a quien todas las lenguas llaman *óptimo y máximo*, ¿se complacería en entregar al hombre, su imagen viva, a incesantes e inevitables torturas? Respecto de este ser, el más noble, y, por tanto, el más favorecido de la creación. ¡Dios habría realizado la fábula de Tántalo! ¡Habría acercado a sus labios la copa de la vida, y no obstante la sed ardorosa de su víctima, rehusaría eternamente dejarle beber!

¿Qué digo? La vida sería el infierno. Por toda recompensa de cincuenta o sesenta años de fieles servicios, el más santo de los hombres sería como aquel condenado del Evangelio, que de en medio de las llamas pide una gota de agua para humedecer su lengua, y no la obtiene. ¿Conoces tú nada tan cruel en la historia de los suplicios inventados por los tiranos, civilizados o bárbaros?

¿Y se quiere que nuestro Dios, verdaderamente óptimo y máximo, trate de esta suerte, y se quede satisfecho de tratar así a su pobre criaturita? Ante tal hipótesis, la razón, atacada en su misma esencia , estalla de cólera, y el

humano linaje entero se levanta para lanzar el anatema contra semejante doctrina.

No es esto todo. Si la presente vida fuera la vida, toda la vida, la sabiduría de Dios quedaría en mal lugar, no menos que su bondad. Cada día, desde hace seis mil años, llegan al mundo millares de seres humanos. Apenas han pasado aquí algunos años envueltos en tinieblas, mártires de mil errores, abrumados de trabajos, devorados de enfermedades, ¡se pretende que desaparezcan para no volver más, sumergiéndose en la nada, de donde habían salido!

¿Dónde estaría la razón de ser de su creación? ¿Cuál sería el fin de su existencia? Vernos nacer, padecer y morir, únicamente por vernos nacer, padecer y morir, ¿cómo había de ser digno de una sabiduría infinita? Si así fuera, la vida sería una ironía cruel, y el hombre el juguete de una potencia malévola.

Entonces se justificarían los amargos lamentos que el exceso del dolor arrancaba al príncipe del Oriente, caído en el colmo de la desdicha: «Perezca el día en que yo nací, y no vea la luz; borrado sea el número de los días. ¿Para qué he venido al mundo? ¿Por qué no fallecí al salir del seno de mi madre?

»¿Para qué dar la vida al desventurado, que llama en vano a la muerte, y la desea como los

que buscan un tesoro? Nacido ayer, y condenado a morir mañana, no soy más que un conjunto de miserias. Mi carne es un saco de podredumbre. La podre es mi madre y mi padre, los gusanos mis hermanos. Rodeado estoy de un círculo de lanzas; taladrados tengo de ellas los riñones; en todo mi ser no tengo parte sana.

»Dios ha caído sobre mí como un gigante. ¿Acaso mi fortaleza es un peñón de granito? ¿O es mi carne de bronce? Yo no soy más que una hoja que se lleva el viento; sobre tal cosa descarga el rigor de su poder. Acabe lo que ha comenzado, aplásteme, y que no se hable más de mí»[1].

Éstos serían los himnos de alabanzas que se alzarían incesantemente de todos los pechos hasta el autor de la vida para darle gracias por ella; y con chocante contradicción, esas quejas en ninguna parte serían más legítimas que en boca de los verdaderos cristianos.

Por sus luces y sus virtudes, los verdaderos cristianos son la flor de la humanidad. Como al sol se debe el calor, así el mapamundi atestigua que a ellos se debe la civilización. Pues bien: mientras los despreciadores de Dios y de sus leyes habrían podido entregarse a todos los pla-

1. Pensamientos sacados de las lamentaciones de Job. Capítulos VI-XII.

ceres, los verdaderos cristianos, por obedecer a Dios, se habrían condenado a todo género de privaciones, ¡y no tendrían por recompensa más que la nada!

Los insensatos serían en tal caso los cuerdos, y los prudentes habrían de llamarse necios. Conocido te es el dicho de San Pablo: «Si nuestras esperanzas en Jesucristo se limitan a la presente vida, somos los más desventurados de todos los hombres». Mas, ¿qué estoy diciendo? No habría ni cristianos, ni Cristianismo, ni sociedad. La razón es muy sencilla: si esta vida es toda la vida, ya no hay ni estímulos para la virtud, ni barreras para el crimen, ni sanción seria para las leyes humanas ni divinas.

Si hago lo que han dado en llamar el mal, ¿qué me podrá pasar? A lo sumo, perder algunos días de una vida pesada y sin ulteriores destinos. Si hago lo que han dado en llamar el bien, ¿qué podré esperar? Nada, nada y nada. La virtud no es más que un palabra y el patrimonio de los bobos en provecho de los bribones, y el género humano una manada de lobos, que se comen los unos a los otros sin escrúpulos ni remordimientos.

¿Y se podrá decir que el Ser infinitamente sabio ha establecido semejante estado de cosas? Luego evidentemente, más evidentemente que

nunca, la vida de este mundo no es la vida, toda la vida.

Como último rasgo de oposición a la idea de Dios debe añadirse, mi querido Federico, que esta desastrosa condición del hombre habría sido positivamente querida por el Ser infinitamente bueno. En efecto, a la sabiduría y la bondad se añade en Dios la omnipotencia. Nada ha podido imponerle este horroroso desorden; nada puede forzarle a mantenerlo. Por consiguiente, no sino libremente, voluntariamente y directamente habría condenado la humanidad al tormento, sin motivo y sin compensación. La suposición de que esta vida es la vida es, pues, la negación de tres grandes atributos del Ser por excelencia: la bondad, la sabiduría y la omnipotencia.

Mas si se le quitan a Dios atributos inseparables de su naturaleza, ¿qué queda? Un Dios mutilado, un Dios nada. Tú has podido ver, como yo, en la explanada de los Inválidos de París, a ese viejo soldado arrastrado en su carrito de mano. El pobre perdió en la guerra de Crimea sus cuatro remos, y ha quedado un tronco informe. Así queda Dios en la suposición de que esta vida es toda la vida. ¿Es posible probar más claramente que semejante suposición es el colmo de la impiedad y la demencia?

Por eso jamás se ha formulado sin excitar el horror y provocar las protestas del linaje humano, el cual, cismático, hereje, pagano, salvaje, antropófago, ha podido caer en abismos de errores y vicios; pero, como lo sabes tú mejor que nadie, siempre ha proclamado la inmortalidad del alma, la existencia de penas y premios en la otra vida.

¿Qué significa esto sino que ha reconocido siempre, y continúa reconociendo, que la vida presente no es toda la vida? Acusarle de error en este punto fundamental sería declarar que desde hace seis mil años el género humano está atacado de enajenación mental, y que el mundo no es más que una gran jaula de locos. Pero si todos los hombres han estado siempre locos, el que les expida esa certificación tiene que probar que él está en su juicio; mientras lo prueba o no, yo añado que al testimonio de todas las generaciones humanas se agregan los oráculos divinos. Escucha al que conoce lo presente y lo porvenir. Ese lenguaje de verdad siempre antigua y siempre nueva, nos pinta la demencia de los hombres que miran como única la vida de acá, y los crueles desengaños que tendrán al otro lado de la tumba.

«Ellos han dicho: ''*Salidos de la nada, volveremos a la nada; la vida es una comedia, no*

tiene otro fin que el de que adquiramos riquezas, aunque sea por malos medios. Siendo ricos, entreguémonos a los placeres, riámonos de los que no quieren imitarnos.'' Les ha cegado la malicia. han desconocido la dignidad del alma, han mirado como ensueños las recompensas prometidas a los justos, y olvidado que el hombre es inmortal.

»Pero llegará un día en que sus iniquidades se levantarán a acusarlos en el tribunal de Dios. Entonces los justos estarán con grande constancia contra aquéllos que les angustiaron y les quitaron el fruto de sus trabajos. Los malos, al verles, serán turbados con temor horrendo, y se maravillarán de verlos de repente salvos contra lo que esperaban.

»Diciendo dentro de sí pesarosos y gimiendo con angustia de espíritu: ''Éstos son los de quien en otro tiempo nos burlábamos y la tomábamos con ellos para ultrajarlos. ¡Insensatos de nosotros! Teníamos su vida por locura y su fin por una deshonra. Ved como han sido contados entre los hijos de Dios, y su suerte está entre los Santos.

»Luego hemos errado el camino de la verdad, y la luz de la justicia no nos ha alumbrado. Nos hemos cansado en el camino de la iniquidad y de la perdición, hemos andado por

caminos ásperos, y hemos ignorado el camino del Señor. ¿De qué nos aprovechó nuestra soberbia? ¿Qué hemos sacado de la vana ostentación de nuestras riquezas? Todas estas cosas pasaron como sombra.''

»Tales cosas dijeron en el infierno estos que pecaron. Mas los justos para siempre vivirán: el Señor mismo será su recompensa; de su mano recibirán reino de honra y corona de hermosura»[1].

Queda, pues, bien probado que esta vida no corresponde a la idea de Dios y a la fe del género humano mejor que a la naturaleza del hombre. Esta verdad llama a otras no menos incontestables, que serán el asunto de mis próximas cartas.

Tu afectísimo...

1. Sap., V, 1-17.

CARTA DUODÉCIMA

SUMARIO: Objeción de un joven materialista queriendo probar que la vida presente es toda la vida. — Refutación de su razonamiento. — Es caduco. — Es falso: pruebas palpables. — Es impertinente. — Degrada al hombre más abajo del nivel de los brutos. — Otro razonamiento contra lo sobrenatural en general. — Refutación. — Pasaje de Plutarco. — Monumentos de la creencia universal y permanente en lo sobrenatural.

QUERIDO AMIGO:

¡Cosa nueva! Tu carta de anteayer me ha traído la famosa demostración que yo esperaba. El joven Vacher, de la escuela de medicina, se ha propuesto probar que la fe del género humano en otra vida es un error grosero, y que, al admitirlo, está loco. Bien podría haber añadido: y loco incurable; pues, en efecto, la demostración que me envías no le curará; seguro puede estar el joven autor. Por lo demás, le com-

padezco con toda mi alma. Este pobre muchacho es un eco, por no decir un papagayo; no hace más que repetir lo que ha oído sin entenderlo y aceptado sin examen.

Esto no es extraño. Por una parte, Vacher no está muy firme; por otra, el mundo actual está de tal manera fascinado por las bagatelas, que para revolcarse a sus anchas en el fango del materialismo, ha llegado a profesar públicamente tres negaciones: niega a Dios, al alma y lo sobrenatural. Esto es lo que Vacher ha oído, y lo que yo mismo oigo, por poco que atienda al ruido que hacen ciertas escuelas, ciertos congresos, ciertos clubs, y todos los malos centros. Antes de tratar los asuntos anunciados en nuestra última correspondencia, conviene saldar la cuenta con Vacher y sus camaradas. Para esto bastarán dos cartas.

¿En qué se apoyan los negadores? En su fraseología, que presume de científica. Dicen: «Nada es verdadero sino lo que está experimentalmente demostrado. Ni la existencia de Dios, ni la del alma se han experimentado. Nadie ha visto a Dios, ni al alma,nadie los ha tocado, ni oído, ni palpado, ni analizado: luego ni Dios ni el alma, existen. Creer eso es un error; creerlo obstinadamente es una idea fija; una idea fija es la monomanía. Y como nosotros no quere-

mos ser víctimas de una monomanía ni de un error, no admitamos ni a Dios ni al alma.»

Tal es su razonamiento. Si peca, no es ciertamente de poco franco. Acerquémonos, sin embargo, y cojamos al toro por las astas.

¿Qué es una demostración experimental? Según el sentir de esos señores, si yo no me equivoco, una cosa está experimentalmente probada cuando ha sido vista y bien vista, tocada y bien tocada, analizada y bien analizada. De manera, que toda certidumbre estriba en la punta de los dedos o en la pupila del ojo. Pero este razonamiento tiene todas las cualidades del más grosero sofisma; es caduco, falso e impertinente.

1.° Caduco. ¿Quién nos asegura a nosotros, señores negadores, que vosotros habéis visto y visto bien, habéis palpado y palpado bien, habéis analizado y analizado bien? Vosotros dáis resueltamente a vuestros propios ojos y manos un diploma de infalibilidad, que muchos no aceptarán por bueno, fundándose en que ellos creen haber visto mejor y palpado mejor y analizado mejor que vosotros. ¿Y no nos habláis continuamente de progresos en las ciencias? ¿Qué significa esto sino que os lisonjeáis de ver más claro que vuestros antepasados? Y lo que vosotros decís de ellos, ¿quién ha demostrado

que vuestros sucesores no lo dirán mañana de vosotros mismos, con igual y acaso con más razón?

Cuando se reflexiona que a pesar del desarrollo de vuestros estudios y la perfección de vuestros instrumentos, no habéis podido todavía analizar un grano de uva con bastante perfección para encontrar todos los elementos que lo componen y hacer una gota de verdadero vino, ¿qué confianza merecen la mayor parte de vuestras demostraciones experimentales?

Además, para que una demostración, por más experimental que sea, tenga valor, no basta que la den o la acepten algunos individuos; es menester que sea recibida y sancionada por todos los jueces competentes, o a lo menor por el mayor número. Y no es así, ni lo será jamás, la pretendida demostración que nos oponéis. La prueba es clara. ¿Por ventura vuestros libros, vuestros diarios, vuestros profesores de filosofía, química, geología, frenología, medicina, y demás, no nos dan diariamente el espectáculo lamentable de sus contradicciones, variaciones, afirmaciones y negaciones, incesantemente renovadas?

2.° Es falso. Demos que vuestras demostraciones experimentales tengan todo el valor que vosotros suponéis. Mas por su misma naturale-

za no pueden aplicarse a todo. ¿Con qué derecho borráis del número de las verdades, y verdades ciertas, todo lo que no se puede ver ni tocar? ¿Cuántas cosas no creéis vosotros mismos (y os pondríais en ridículo no creyéndolas), por más que ni son ni pueden ser experimentalmente demostradas, como decís?

Por ejemplo. ¿Dónde está la demostración experimental de que dos y dos son cuatro? ¿Qué es el número? ¿Qué es la unidad? ¿Las habéis visto, palpado, disecado o alambicado? Y sin embargo, creéis en el número y en la unidad; de lo contrario, no podríais creer que dos y dos son cuatro.

Otro ejemplo: Admitís el movimiento. ¿Qué significa esto? No otra cosa sino que véis y tocáis cuerpos que se mueven. Pero el principio del movimiento, ¿lo habéis jamás visto ni tocado?

Nuevo ejemplo. A cada instante afirma la ciencia las causas segundas. Pero, ¿las ha visto? ¿Las ha palpado? ¿Acaso sus crisoles y retortas le han descubierto la causa, forma y color de tales causas? Jamás. La pobre ciencia ha visto y palpado hechos que se suceden unos a otros, nada más. Preguntadle por qué llama *causa* al hecho que antecede, y *efecto* al que subsigue. ¿Ha visto nunca lo que se llama el trabajo oculto de la casualidad? Evidentemente no.

No obstante, ella afirma la incesante acción de la causa intangible e invisible, de la causa que nunca ha visto, cuyo ruido no ha oído en parte alguna, ¿Con qué fundamento la afirma? Por el testimonio de una creencia irrecusable. Luego la ciencia positivista también cree. No pido más para ponerla en contradicción consigo misma y echar abajo todas sus negaciones y todas sus afirmaciones anticatólicas.

Vaya, por fin, otro ejemplo, tomado de los dominios privilegiados de la ciencia materialista. Con igual seguridad que nosotros admiramos los artículos del Símbolo, esa ciencia admite la atracción, y se complace en ponerla de manifiesto aún a los ojos de los más ignorantes. Para dar la demostración basta un pedazo de hierro aplicado a un pedazo de imán. El hierro se dirige hacia el imán y se junta con él. ¿Quién ha producido el fenómeno? La atracción. Y bien, ¿la ciencia ha visto la atracción?

Estos ejemplos, escogidos entre mil, prueban que fuera de toda demostración experimental hay una infinidad de verdades, de tal manera ciertas, que la ciencia más materialista se ve precisada a admitirlas como las admite la última beata. Por consiguiente, puedes decirle a Vacher, rogándole que lo diga a los suyos, que su razonamiento es falso, y que si les place po-

nerse en ridículo cada vez más, no tienen más que continuar negando a Dios y al alma bajo el pretexto de que no encuentran experimentalmente probadas estas dos verdades[1].

3.º Es impertinente. El oído, que se puede llamar el *sentido social*, juega un gran papel en la percepción de la verdad. ¿Con qué derecho la ciencia positivista o materialista le niega la infalibilidad que concede al ojo y a la mano? No dejar al hombre otro medio de conocer con certidumbre la verdad más que la vista y el tacto, es mutilarle y rebajarle más que a los animales. En último análisis, es acusar de locura incurable al linaje humano, que siempre ha creído y ahora cree, y mal que les pese a los pequeños y grandes Vacher, seguirá siempre creyendo en verdades invisibles e intangibles. ¿No es, pues, lo más sublime de la impertinencia el razonar de los que niegan a Dios y el alma?

Metidos en tan buen camino, no todos se paran ahí. Tú lo sabes lo mismo que yo, querido amigo; gran número de ellos, sobre todo en nuestros días, niegan de cuajo todo el orden

1. Permíteme que te cite una sentencia pronunciada por un hombre bien famoso: «Después de largos años de vida, cuando se ha leído mucho y estudiado mucho, se reconoce, al acercarse la muerte, que no hay más verdad que el Catecismo». (Troplong.).

sobrenatural. Pero negar sin pruebas es una necedad. Negar lo evidente es insensato orgullo. Estos dos méritos tienen los señores negadores de quien nos ocupamos. Estas gentes son especiales. Comienzan por decir: «Yo no admito tal cosa porque la juzgo imposible». Y después, aunque esa cosa la atestiguen millones y millones de testigos competentes, aunque se les metiera por los ojos, se negarían a creer que existe.

Aplicando a lo sobrenatural esta manera de discurrir, dicen: «Tengo lo sobrenatural por imposible: luego no existe». Punto redondo. Por consiguiente, los hechos mejor averiguados resultan falsos desde que se vea que tienen algo de sobrenaturales. Para ellos no hay milagros. Ya lo conoces: valor se necesita para negar los milagros del Cristianismo delante de los portentos de soberbia, ignorancia y locura que presenciamos todos los días en esos señores. Lo repito sin quitar una letra. Sí, portentos de soberbia, de ignorancia y de locura. He aquí el primero.

Después de haberse expedido a sí mismos un diploma de infalibilidad, estos taumaturgos del absurdo abren su despacho, donde desde la mañana hasta la noche están expidiendo por su propia autoridad pases para el manicomio a cualquiera que crea en el orden sobrenatural.

Mas este *cualquiera* no es solamente tal o cual individuo aislado; no es tampoco solamente la gran familia católica, la flor de la humanidad: es todo el linaje humano.

Vengan con nosotros esos bravos pensadores, y haremos, si les place, un viajecito en globo. ¿Qué verán de polo a polo? Desde la China hasta la Australia, desde las más apartadas fronteras de Europa hasta las extremidades de África, verán toda la superficie de la tierra cubierta de ciudades y villas innumerables. Por encima de todas las casas, ricas o pobres, echarán de ver unos edificios, notables por su grandeza, por lo rico de su arquitectura y por el mérito de los adornos que los decoran.

¿Qué son esos edificios? Son templos. ¿Qué es un templo? Un testigo irrecusable de lo sobrenatural. El hombre no levanta templos sino para orar y ofrecer sacrificios. El hombre no ora ni ofrece sacrificios sino porque cree en lo sobrenatural. Y puesto que el mundo actual está cubierto de templos, resulta que en todos los puntos del globo el hombre cree todavía en lo sobrenatural.

Su creencia de hoy es su creencia de ayer, de anteayer, de toda la antigüedad. Yo espero que Vacher y su gente, formados, como si dijéramos, en las escuelas de Roma o de Atenas,

no habrán olvidado el notable pasaje de un autor pagano: *Criado en el serrallo, conozco sus afueras*.

«Si recorres el mundo, dice Plutarco, podrás encontrar ciudades sin muros, sin literatura, sin leyes, sin palacios, sin riquezas, sin moneda, sin gimnasios y sin teatros. Pero una ciudad que no tenga templos ni dioses, que no use de la oración y el juramento, que no consulte los oráculos ni ofrezca sacrificios para obtener bien del cielo o librarse de los azotes que la amenacen, tal ciudad nadie la ha visto nunca».

Millares de hechos contemporáneos confirman el testimonio de Plutarco. Al modo que el descubrimiento inesperado de los fósiles comprueba la relación de Moisés, así las excavaciones llevadas a cabo en nuestros días en las ruinas de Nínive, Babilonia, Tebas, Pompeya y Herculano han evidenciado la fe del mundo pagano en lo sobrenatural; las vetustas ciudades de Méjico exhumadas de sus tumbas dan idéntico testimonio.

La mayor parte de los objetos encontrados a éste y al otro lado del Océano son religiosos, y los restos más importantes, y frecuentemente los mejor conservados, son restos de templos, altares y estatuas de dioses y diosas. Roma ostenta aún sus templos de la Paz, de Vesta, de Venus,

de Faustina, y qué sé yo cuantos más. Difícilmente habrá ninguna de nuestras antiguas ciudades que no conserve alguna prueba material de un culto cualquiera que practicasen los paganos.

Continuaremos este mismo asunto: se acerca la hora del correo, y cierro esta carta.

Tu afectísimo...

CARTA DÉCIMATERCIA

SUMARIO: Nueva prueba de lo sobrenatural: la creación. — El hombre no vive más que de lo sobrenatural y en lo sobrenatural. — Refutación de las objeciones. — De dónde proviene la negación de lo sobrenatural. — Se le tiene miedo. — Por qué. — Última palabra de todos los incrédulos y filósofos anticristianos. — Postdata.

QUERIDO AMIGO:

Es un hecho incontestable que siempre y en todas partes, sin diferencia de clima ni grado de civilización, el género humano ha creído en lo sobrenatural, lo ha practicado y por él ha regulado su conducta. «Convenimos en ello, responde Vacher y su escuela; mas sostenemos que en esto el hombre se ha equivocado.»

Ya lo ves: siempre el mismo refrán y la misma pretensión. Acusan de alucinación y demencia a todos los hombres, y se declaran a sí mismos los únicos cuerdos, los únicos ilustrados

entre todos los mortales. ¿No es eso, como antes decíamos, un portento de soberbia, ignorancia y locura?

Pues todavía hay otro mayor. Después de haber negado al género humano el uso de la razón, se lo niegan a sí mismos. No sólo la razón; los ojos, las orejas, todos los sentidos dicen cada hora, cada segundo, no sólo que lo sobrenatural existe, sino que el hombre no vive sino de lo sobrenatural y en lo sobrenatural. De modo que nada hay más verdadero que el dicho de San Pablo: «En él vivimos y nos movemos y somos». Un instante de reflexión basta para probarlo.

¿Acaso el hombre no vive de la creación y en la creación? ¿Y puede concebirse nada más sobrenatural que la creación en su acto primero y en su acto segundo? En su acto primero la creación consiste en hacer pasar algo de la nada al ser. Entre lo que es y lo que no es hay distancia infinita. El hacer franquear esa distancia sólo pertenece a un poder eminentemente sobrenatural. En su acto segundo la creación consiste en conservar el ser ya dado. Este nuevo acto no es menos sobrenatural que el primero, puesto que la conservación de los seres no es otra cosa que continuar su creación.

Lo mismo que tú, mi querido Federico, y lo

mismo que yo, y lo mismo que todos los demás mortales, nuestros pequeños incrédulos viven de la creación y en la creación; es decir, de lo sobrenatural y en lo sobrenatural. Si no hubieran repudiado su razón como un marido libertino repudia a su mujer virtuosa, o más bien, si no la hubieran sacado los ojos como a los emperadores del Bajo-Imperio, no podrían levantar la vista al cielo, ni bajarla a la tierra, ni extenderla en su alrededor sin percibir y bendecir y adorar lo sobrenatural.

Cabalmente para esto, y sólo para esto, han sido hechos todos los seres. El universo entero es un inmenso espejo, donde el hombre puede y debe leer la existencia, el poder, la sabiduría y la bondad del Ser sobrenatural que lo creó. ¡Ay del hombre si así no lo hace!

Para eximirse de este deber, que, por cierto, es tan consolador, se contentan con decir: «Nosotros no admitimos la creación».

¡Vosotros no admitís la creación! Admitís, pues, efectos sin causa, ríos sin fuentes, casas sin artífice, relojes sin relojero, cuadros sin pintor.

Añaden: «No nos entendemos. Cuando decimos que no admitimos la creación, esto significa que no admitimos el acto creador por el cual un poder infinito haya hecho de la nada todas las cosas».

Por lo menos admitís que existen esas cosas, el cielo, la tierra y todo lo que contienen, incluso vosotros mismos. Para explicar su existencia no hay más que tres medios: creer que son obra de Dios, decir que el hombre las ha hecho, pretender que se han hecho a sí mismas. Vosotros rechazáis con desdén la primera explicación; quedan, pues, la segunda y la tercera.

Cuanto a la segunda, ni siquiera vosotros la creéis. ¡Qué! ¿Será el hombre quien ha hecho la tierra y el mar, los animales terrestres y los peces? ¿Será el hombre quien ha hecho el cielo, y fabricado y suspendido en el firmamento los millones de globos inmensos que ruedan sobre nuestras cabezas? ¿Y cómo es que ahora no hacen nada semejante? ¿Cuándo ha perdido su poder? ¿Por qué se ha declarado en huelga?

¿Será el hombre, esta pequeña hormiga encaramada en esta pequeña mota de tierra, que teniendo todos los elementos necesarios suda agua y sangre para edificarse una casa? ¿Será este pequeño insecto el que habrá hecho el sol tantos millones de veces más grande que nuestro globo, y lo habrá lanzado a treinta millones de leguas de la tierra y lo sostendrá en el vacío? Para rematar semejantes pretensiones, basta con exponerlas; el absurdo no se refuta.

Vengamos a la tercera explicación, la cual

consiste en pretender que las criaturas se han hecho a sí mismas. Con decir que se han hecho a sí mismas, reconocéis que no son eternas, y tenéis razón. No tienen ninguna de las cualidades del ser necesario: ni la inteligencia, ni la libertad, ni la inmutabilidad. Todas están sujetas a mutabilidad, descomposición y muerte.

Mas si no son eternas, luego hubo un tiempo en que no existían ni en sus elementos ni en sus formas. Si no existían, no eran nada. Luego, según vosotros, la nada habría hecho algo, la nada hace al ser, ¡la nada lo ha hecho todo! Sólo las tragaderas de un materialista son bastante anchas para colar semejante lagarto. Digeridlo si podéis; os dejo en paz.

Véase, pues, reducida a su justo valor la demostración de ese pobre Vacher y de su escuela, hoy día tan numerosa, contra Dios, el alma, lo sobrenatural y la fe del género humano en todas esas verdades, y señaladamente en la vida futura.

Pregúntasme que de dónde les vienen a esos hombres bautizados como nosotros esa rabia de negar, esa fiebre del absurdo, esa precisión de degradar al hombre hasta el punto de convertirlo en un *puñado de lodo*, en el ser más infeliz de la creación, sin recompensa para sus virtudes, sin compensación para sus lágrimas, sin

otra vida que la muerte viviente de acá abajo. Fácil es la respuesta.

Lo sobrenatural les estorba. A toda costa se lo quieren quitar de encima; y así niegan como desesperados, sin pararse ante ningún sofisma, ante ningún absurdo, ante ninguna evidencia. Antes, todo lo que habla del orden sobrenatural les irrita, y a falta de razones acuden a las injurias, a las estúpidas risotadas y aún a la violencia.

Así se explica eso que hace bastantes años estamos presenciando: el rugir de todas las pasiones, el torrente de ultrajes inauditos contra lo sobrenatural, bajo cualquier nombre, forma, acto o persona que se manifiesten; al presente la guerra encarnizada contra la Iglesia; para en adelante amenazas que hacen temblar.

¡Vano empeño! No pueden arrancar la fe de su propio corazón. A pesar de todo se ven precisados a decir, como uno de sus oráculos, a la vista de la creación:

Me para el universo; yo no puedo
Admitir tal reloj sin relojero.

Con mayor razón la implacable evidencia viene a darles tormento con el espectáculo de la Iglesia católica, que es la más elocuente manifestación de lo sobrenatural. A despecho de

ellos, sus propias blasfemias son la prueba de su fe. *No se aborrece lo que no se teme, ni se teme lo que no se cree.*

Mas, en fin, me preguntas: ¿por qué ese odio a lo sobrenatural? Para vivir según sus pasiones. En todos los tiempos, en todos los lugares, en todos los hombres, la incredulidad y la corrupción se dan la mano. Tres mil años hace que el espíritu de Dios decía por boca de David: «Dijo en su corazón el impío: No hay Dios». *Dixit insipiens in corde suo: Non est Deus.* He ahí el horror a lo sobrenatural, o la incredulidad.

Y se convirtió en un hombre de crímenes, en una cloaca de abominaciones. *Corrupti sunt et abominabiles facti sunt.* He ahí la corrupción. Desde entonces nada ha cambiado. «Largo tiempo creí yo, decía Rousseau, que se podía ser virtuoso sin religión; es un error de que me he corregido.» Su testimonio es irrecusable, pues toda su conducta prueba esa verdad.

No ser virtuoso, o vivir a merced de sus pasiones, es vivir la vida de los sentidos, la vida de las bestias, y de las bestias inmundas. El hombre tiene que ser ángel o bestia; tiene que adorar el espíritu o la carne, al Dios altísimo o al dios de los abismos; no hay medio posible.

La nobleza misma de su naturaleza se opo-

ne a que lo haya. A medida que se cae de más alto, se cae más hondo. *Corruptio optimi pessima*. Puerilidad sería creer que los enemigos de lo sobreantural hacen alardes de incredulidad únicamente por el necio placer de llamarse incrédulos. Debajo de sus palabras se oculta un interés de su corazón. *No se quiere la libertad de pensar sino para tener la libertad de obrar.*

«He visto de cerca, escribió hace poco un hombre de mundo, a los descreídos de nuestros días. Cuarenta años de experiencia me han permitido ver a través del velo que cubre los misterios de su vida íntima. En todas partes he encontrado, como Bruyere, sepulcros blanqueados. A pesar de las apariencias engañosas, y los disfraces más o menos hábiles, tienen todos un lenguaje que no engaña, y es el de sus obras. Este lenguaje dice la última palabra de lo que ellos llaman sus teorías científicas, y yo llamo su odio a la verdad.

»He consultado ese lenguaje en todos los negadores de lo sobrenatural, solidarios, positivistas, materialistas, masones masculinos y femeninos, no sólo en Francia y Bélgica, sino también en Alemania, Inglaterra e Italia. La profesión secreta de su fe católica es invariablemente la misma. *La incredulidad no es más que*

una careta; la realidad es que nosotros queremos poder deslizarnos a nuestro gusto en el sensualismo y dormir a pierna suelta en el lodo.»

Es la traducción libre, pero exacta, de lo que piden los espíritus impuros en el Evangelio. *Mitte nos in porcos.*

Cuando un adversario se acoge a semejante refugio, no se le combate ya, se le deja allí.

Tu afectísimo...

Postdata. — Me acaban de contar una anécdota, que te envío como ramillete de mis últimas cartas. El otro día, uno de los camaradas de Vacher recibió el grado de doctor en medicina. Por la noche se presentó en cierto salón, y delante de unas veinte personas se permitió negar la existencia del alma y hacer profesión de materialista.

Después de haberle oído algunos instantes, un anciano levantó la voz y le interrumpió en estos términos: «Está Vd. diciendo que desde hoy es doctor en medicina; pero se equivoca Vd. — ¡Cómo! Llevo el título en el bolsillo. — Se equivoca usted; no es título de doctor en medicina, sino en veterinaria. Supuesto que no tenemos alma, ya no hay médicos, sólo hay albéi-

tares; y Vd. y sus compinches, albéitares son, y no otra cosa.»

Si le hubiera caído un rayo a dos deditos de donde estaba, no se hubiera quedado el descreído Galeno más aturdido. La risa general le hizo entender que no le quedaba más partido que callar y retirarse. Así lo hizo, y no pudo hacer cosa mejor.

CARTA DÉCIMACUARTA

SUMARIO: Segundo fin de nuestra correspondencia; consolar. — La muerte no es la muerte. — Horrible pesadilla que se quita. — Inmenso consuelo. — Admirable enseñanza de la Iglesia. — El pasaporte. — El restablecimiento de la salud espiritual. — El Viático. — La orden de partir. — La escolta. — Los cantos. — El cementerio. — El cristiano ante la muerte. — San Agustín. — San Luis. — El diá de la muerte, llamado del nacimiento.

QUERIDO AMIGO:

Hasta aquí hemos visto el lado triste de la vida; vamos a ver el alegre: Para cumplir lo prometido, debo ponértelo a la vista. Desde el principio de nuestra correspondencia te anuncié que su fin principal era *desengañar* a los que toman esta vida por la vida verdadera. Paréceme que lo hemos conseguido. *Consolar* a los que con nosotros cruzan este valle de lágrimas, y con-

solarnos a nosotros mismos, es el segundo objeto de mis deseos. Tiempo es de que nos ocupemos de él. Todo el oro del mundo daría yo por lograr hacer este beneficio, tanto más necesario, cuanto que sin excepción todos tienen necesidad de él, y necesidad continua, sea para sobrellevar con dignidad la carga de la vida, sea para dulcificar sus crueles amarguras, sea para prevenir desesperaciones mortales. Este inapreciable beneficio se contiene en este pensamiento: DADO QUE LA PRESENTE VIDA NO ES LA VIDA, TAMPOCO ESTA MUERTE ES LA MUERTE.

La muerte no es la muerte. ¡Qué pesadilla se nos quita de encima! La certidumbre de la muerte, que pesa sobre el hombre desde el día en que adquiere uso de razón; que por la mañana le impide prometerse ver la noche, y por la noche le deja incierto en si despertará vivo por la mañana; este pensamiento, que todo lo que vemos, todo lo que oímos nos lo trae a la memoria a pesar nuestro, es para los mismos incrédulos una fuente inagotable de terrores, tristezas y fastidio. Es, vuelvo a decir, la pesadilla de la humanidad.

La muerte no es la muerte. El que se muere no cesa de vivir. ¡Qué inmenso consuelo! Henos aquí en una cámara mortuoria, Sobre el lecho fúnebre acaba de espirar un padre, una ma-

dre, un hermano, una hermana, tiernamente amados. La esposa, los hermanos, las hermanas, los niños huérfanos, desde hoy, sumidos en el dolor, lloran al que acaban de perder, y que deja en torno de ellos horrible vacío.

De repente se han suspendido los sollozos. El Dios de los vivos deja oír su voz: «No os pongáis tristes, dice, como los que no tienen esperanza. La muerte no es el fin de la vida. El padre que habéis perdido no ha muerto; duerme. La madre que lloráis no ha muerto; duerme. El hermano o la hermana que lloráis no ha muerto; duerme. *Nonest mortua puella, sed dormit.*

»Jornaleros del padre de familia han concluido su trabajo y descansan de sus fatigas. De mortales que eran, se han hecho inmortales. Allá os esperan, allá los volveréis a ver. Míos eran en vida; míos son en la muerte. Yo lo he criado todo, y no aniquilo nada. Yo no soy únicamente la creación, soy la resurrección y la vida.

La muerte no es la muerte: esta palabra, caída del cielo, era demasiado preciosa para que la Iglesia católica dejara de recogerla con religioso cuidado. Nadie la repite más a menudo, ni con más conmovedora elocuencia, ni con tanta autoridad.

En nuestras dos últimas cartas hemos oído a los sofistas y sus doctrinas desoladoras: los hemos compadecido a ellos, y hemos hecho justicia en éstas. Escuchemos ahora a nuestra admirable madre, esta madre que nunca engaña y siempre da consuelo. ¡Cuántas veces nos repite en el discurso de la vida: Hijos míos, la tierra no es vuestra patria; aquí no sois más que extranjeros y caminantes! ¡No estáis en vuestra casa; vuestra casa está más allá!

Pero en la hora de las grandes tristezas, por ser la hora de las grandes separaciones, es cuando la Iglesia derrama a manos llenas el bálsamo de esa palabra consoladora en el corazón destrozado de sus hijos. ¿Te has puesto alguna vez a reflexionar sobre lo que hace en los postreros momentos de nuestra peregrinación, ya con los que parten, ya con los ue se quedan? Ven conmigo a contemplar este espectáculo, lleno de consuelos inmortales.

A los ojos de la Iglesia, el cristiano que muere no es un ser efímero que torna a la nada; es un viajero muy amado que se pone en camino. Con la solicitud más previsora hace con él lo que la madre más cariñosa con su tierno hijo, que emprende largo viaje. Varias cosas necesita el viajero: pasaporte, buena salud, comida para el camino, y si tiene que cruzar por sitios

desconocidos o peligrosos, un guía y una escolta. Ahora admitirás cómo la Iglesia provee a todo esto.

Cerca de su hijo moribundo llama al embajador del Dios de la eternidad, ante quien aquél tiene que presentarse. Borrándole los pecados, la absolución restablece en él la imagen augusta, que será señal para que se le reconozca por un miembro de la gran familia católica que entra en su patria, y las autoridades invisibles que encontrará escalonadas en el camino se apresurarán a prestarle ayuda y protección.

La Iglesia no se para aquí. Quiere que su hijo emprenda el viaje en buena salud. Para esto, por medio del Sacramento de los enfermos le purifica el alma y devuelve la integridad a todos sus sentidos; luego, para que permanezcan inviolables, les echa el sello del Redentor, cuya sola vista ahuyenta a las legiones enemigas.

Pero el viajero necesita llevar alimentos: la Iglesia le da su *Viático*, el pan de los fuertes, que le sostendrá en sus desmayos; el alimento de la inmortalidad, que comunicándole sus propiedades divinas, le hará tan cual debe ser para que vea abrírsele las puertas de la patria bienaventurada; en una palabra, ese Viático es su divino hermano Jesús en persona, que hacién-

dose compañero de su viaje, le llevará de la mano para hacerle franquear sin peligro el paso decisivo del tiempo a la eternidad.

Están completos los preparativos del viaje. Sólo falta dar la señal de partir y poner al viajero bajo la dirección de guías fieles y bajo la defensa de una escolta invencible. Con la seguridad de la fe, con tan tiernos sentimientos y tan solemne lenguaje, que jamás podrán imitarse, la Iglesia va a desempeñar estos dos cuidados.

Acercándose a su hijo, le dice: «Parte de este mundo, alma cristiana, en el nombre de Dios Padre Omnipotente, que te creó; en el nombre de Jesucristo, Hijo de Dios vivo, que padeció por ti; en el nombre del Espíritu Santo, que en ti se derramó; en el nombre de los Ángeles y Arcángeles; en el nombre de los Tronos y las Dominaciones; en el nombre de los Principados y las Potestades; en el nombre de los Querubines y Serafines; en el nombre de los Patriarcas y los Profetas; en el nombre de los Apóstoles y los Evangelistas; en el nombre de los Santos mártires y confesores; en el nombre de los Santos ermitaños y anacoretas; en el nombre de las Santas vírgenes y de todos los Santos. Que las legiones infernales se cubran de confusión, y los ministros de Satanás

no se atrevan a oponerse a tu paso. Que llegues hoy mismo al país de la paz, y la santa Sión sea tu morada, por el mismo Jesucristo nuestro Señor».

Cuando se reflexiona que todo esto es una realidad, se pregunta uno a sí mismo cuánta es la dignidad del alma, y cuándo jamás ningún monarca ha viajado defendido por guardia semejante, rodeado de tan brillante cortejo.

El viajero ha partido. Nada se ha olvidado para asegurar el éxito de su viaje y preparar su entrada triunfal en la tierra de los vivientes. Falta dar consuelo a sus amigos y parientes; pues para la Iglesia, que es la más tierna de las madres, los dolores de todos sus hijos son sus propios dolores.

A su voz siguen al templo tras de los despojos mortales del que acaba de abandonarlos. ¿Qué hace allí la Iglesia? Canta. Sí, mi querido Federico; mientras no se ven en el templo más que imágenes lúgubres, ni se oyen más que suspiros, lágrimas y lamentos, la Iglesia canta, canta siempre. ¿Qué contraste es éste? ¿Puede una madre cantar en la muerte de sus hijos? Y entre todas las madres, ¿no es la Iglesia la más amante? Lo repito: ¿qué misterio es éste?

Los cuidados de que nos rodea desde la cuna no permiten dudar: la Iglesia nos ama, y su amor

es tanto más vivo cuanto es más noble. Depositaria de las promesas de la inmortalidad, las proclama altamente en presencia de la muerte. Si su voz lleva el sello de las lágrimas, también expresa alegría. Más feliz que Raquel, se consuela y nos consuela, porque sabe que le serán devueltos sus hijos. Así, en las lágrimas de los parientes se ve la naturaleza; en los cantos de la Iglesia brilla la fe. La naturaleza se entristece, diciendo: «Muerte»; la Iglesia se alegra, respondiendo: «Resurrección».

¿Oyes la melodía, tan suave al corazón y tan dulce al oído, que en medio del profundo silencio de los divinos misterios resuena repentinamente bajo las bóvedas del templo? Intérprete del Dios de la eternidad, del cual el hombre es imagen inmortal, canta el sacerdote: «Arriba los corazones... Nada hay más digno, ni más justo, ni más saludable que rendiros en todas partes y siempre acciones de gracias, Señor Santo, Padre Omnipotente, Dios eterno, por Jesucristo nuestro Señor, en quien nos habéis dado la esperanza de la feliz resurrección, para que en el momento que la certidumbre de morir entristece a la naturaleza, la promesa de la inmortalidad futura consuele a la fe. Pues a vuestros fieles, Señor, la vida se les cambia, no se les quita: *vita mutatur non tollitur;* y en su lugar de

casa terrestre arruinada, les está preparada una mansión eterna en los cielos»[1].

¿Qué te parece? ¿Puede la Iglesia afirmar con más solemnidad que la vida presente no es la vida? Afírmalo también con una palabra que ha introducido en la lengua de todas las naciones civilizadas. Terminadas las ceremonias del templo, conduce a su hijo al lugar donde ha de descansar. Este lugar se llama *cementerio,* que significa *dormitorio:* palabra divina, palabra reveladora, palabra digna de eternas bendiciones.

«Llamamos al cementerio *dormitorio,* dice el Pico de Oro del Oriente, para que sepais que los muertos no están muertos, sino solamente dormidos. ¡Qué consuelos encierra esta palabra y qué profunda filosofía! Así, pues, cuando llevais un muerto al cementerio, no os aflijais: no le llevais a la muerte, sino a dormir. Esta palabra os basta para templar todos los dolores».

El gran orador tiene razón que le sobra. Esa apalabra no sólo consuela a la naturaleza; da, además, al dolor una dignidad que impone respeto y atrae las simpatías. ¿Conoces tú, querido amigo, nada más conmovedor, y a la vez más

1. El fondo de este admirable prefacio es de San Gregorio.

tierno, que la conducta de San Agustín en la muerte de su queridísima madre?

»Habíamos llegado a Ostia, donde debíamos embarcarnos para África, cuando mi tierna madre, vuestra digna sierva, Señor, fue atacada de la fiebre. Presintiendo que se iba a morir, nos dijo: ''Enterraréis aquí mi cuerpo, y os acordaréis de orar por mí en el altar del Señor''. A los nueve días de enfermedad, teniendo ella cincuenta y seis años y yo treinta y tres, esta alma tan religiosa y tan buena quedó libre de las ligaduras del cuerpo.

»Yo apretaba los párpados para contener las lágrimas; pero mi dolor, dolor inmenso, refluía al fondo de mi corazón: después se escapó en lágrimas abundantes, que yo procuraba sujetas. Esta lucha me era sobremanera penosa.

»El niño Adeodato lloraba a gritos. Le hicimos callar, porque no nos parecía conveniente este modo de honrar tal muerte con gemidos y lamentos, cuando así suele llorarse la miseria de los que mueren como si se aniquilaran. Pero mi madre no moría miserablemente, ni moría del todo: sus ejemplos, su fe y otras pruebas ciertas nos daban seguridad de ello.

»Acallado el niño, tomó Evodio el libro de los *Salmos* y comenzó a cantar el *Misericordias Domini in aeternum cantabo*, y todos seguimos

alternando. Vuestras palabras, Señor, suavizaron mi dolor y me dieron fuerzas para concentrarlo, de tal manera, que nadie me vio llorar ni observó alteración en mi semblante. Llegado el momento de darle sepultura, llevamos el cuerpo y lo enterramos sin llorar. Lo mismo pasó mientras se ofreció el sacrificio de nuestra redención. Yo no lloraba; mas interiormente estaba transido de dolor.

»Acordábame yo, Señor, de vuestra sierva; repasaba en mi memoria su vida, tan piadosa y santa para con Vos, tan dulce y ejemplar para nosotros, y me veía súbitamente privado de ella, y sólo en vuestra presencia lloré por ella y por mí. Dejé correr el llanto, anegóse en él mi corazón, y yo encontré alivio.

»Y ahora, Señor, os lo confieso en este escrito. Lo leerá quien quiera, y lo interpretará como le plazca. Si encuentra reprensible el que yo llorara a mi madre durante pequeña parte de una hora, a mi madre muerta ante mis ojos, la que tantos años me había llorado para hacerme vivir en vuestra vista, no se ría de mí; antes, si tiene gran caridad, llore mis pecados delante de Vos, Padre de todos los hermanos de vuestro Cristo».

Todos los siglos cristianos, todas las familias cristianas, nos ofrecen innumerables ejem-

plos de este noble dolor, en el cual brilla la armonía verdaderamente sublime de la naturaleza que se aflige y de la fe que consuela. ¿Por qué es sublime? Porque aun sobre las ruinas del hombre proclama altamente que, no siendo ésta la vida, tampoco esta muerte es la muerte. Estos ejemplos son tan instructivos, y frecuentemente tan útiles en el curso de nuestra existencia, que voy a citarte otro.

Bien sabes cuanto amaba a su madre el más grande de nuestros reyes, San Luis; y por cierto que jamás hubo ternura filial más justificada. Debía a los ejemplos y lecciones de su piadosa madre la conservación de su inocencia bautismal, con todos los tesoros que ella encierra para el tiempo y para la eternidad. Empeñado el santo rey en la cruzada contra los sarracenos, hallábase en Jaffa cuando supo la muerte de su made la reina doña Blanca, acaecida el primer domingo de adviento, 1.º de diciembre de 1262.

El Cardenal-Legado, Eudon de Chateauroux, que recibió el primero la triste nueva, tomó consigo a Gilles, Arzobispo de Tiro, guarda-sellos del rey, y a su confesor Beaulieu, del Orden de Predicadores. El Legado dijo al rey que deseaba hablarle en su cámara, en presencia de los otros dos. Por el aspecto triste de los tres conoció el rey que le traían alguna mala noticia.

Hízoles pasar de la cámara a la capilla, y se sentó delante del altar, y los tres con él.

Entonces el Legado represento al monarca las gracias que el Señor le había concedido desde su infancia, y entre otras la de haberle dado una madre, que tan cristianamente le había educado y con tanta sabiduría le había gobernado el reino. En fin, no pudiendo contener los sollozos y las lágrimas, le manifestó que su madre había muerto.

Al oír estas palabras, el rey dio un grito; enseguida, bañado en lágrimas, se arrodilló delante del altar, y juntando las manos, dijo con edificante devoción: «Gracias os doy, Señor, por haberme dado tan buena madre; os la habéis llevado cuando ha sido vuestra santa voluntad. Verdad es que yo la amaba más que a ninguna criatura mortal, como ella lo merecía; pero ya que así lo habéis querido, sea por siempre bendito vuestro nombre.»

Acto continuo, habiendo recitado el Legado una corta oración por la difunta, dijo el rey que deseaba quedarse solo en la capilla, y retuvo a su confesor. Siguió un rato meditando y llorando delante del altar, y su confesor le hizo presente que ya había dado lo suyo a la naturaleza, y que era tiempo de escuchar a la razón, iluminada por la fe.

Inmediatamente se levantó el rey y pasó al oratorio, donde solía recitar las Horas. Allí rezó todo el Oficio de difuntos con su confesor, el cual se admiró de que, no obstante el dolor que le embargaba, no cometió el rey ni un yerro en todo el largo rezo. A más de las numerosas exequias que hizo celebrar en Palestina por su madre, el santo rey envió a Francia un caballo cargado de pedrería, que se había de distribuir a las iglesias, demandando oraciones por su madre y por sí mismo[1]. Ved ahí el cristiano delante de la muerte.

A sus afirmaciones, tantas veces repetidas, deque esta vida no es la vida, nuestra admirable madre añade nueva fuerza con una palabra más significativa aún que la de *dormitorio*. El dormitorio supone el sueño, y éste significa vivir a medias. No basta esto a la fe de la Iglesia. Cuando los milagros la han cerciorado de que algunos de sus hijos ha llegado al término feliz de su peregrinación, llama al día de su muerte *natalicio*.

Cada una de las páginas de su martirologio repite la afirmación de la gloriosa inmortalidad. Ábrelo y leerás: «En Jerusalén, en Roma, en

1. *Hist. univ. de l'Eglise*, lib. LXXIV.

París, en Zaragoza, el nacimiento de tal o cual Santo o Santa, que tras de esta vida mortal o muerte viviente, entró en posesión de la vida verdadera».

Tan segura está la Iglesia de la felicidad de que gozan, que este día es para ella día de fiesta. Desplegando en su celebración todas las pompas de sus ceremonias, ¿qué es lo que hace? A la faz del cielo y de la tierra lanza a la muerte este sublime desafío: «¡Oh muerte! ¿Dónde está ahora tu victoria? ¿Dónde tu aguijón?»[1].

Te dejo, mi querido Federico, con esta elocuente protestación contra la abyecta filosofía, que rebajando al hombre al nivel de los brutos, limita la vida a la duración fugitiva de nuestra peregrinación terrestre, y considera la muerte como la vuelta a la nada.

Tu afectísimo...

1. 1 Cor., XV, 55.

CARTA DÉCIMAQUINTA

SUMARIO: La muerte no es sino una apariencia de muerte. — Inmenso consuelo de los que mueren. — La muerte gozosa debida al Cristianismo. — Ejemplos. — San Luis. — Berchman. — Alfonso Francisco, duque de Módena.

QUERIDO AMIGO:

Pues la vida presente no es la vida, sino apariencia de tal, tampoco la muerte es muerte, sino cosa parecida. En la fe de estas dos verdades, tan antiguas como el mundo, tan extensas como la humanidad, rechazadas solamente en los tiempos antiguos y en los modernos por los cerdos chicos y grandes de la piara de Epicuro, *Epicuri de grege porcus*, pero afirmadas incesantemente por la más alta autoridad que hay debajo del cielo, y es nuestra infalible madre la Iglesia católica; en esta fe, repito, se encierran todos los consuelos de la pobre humanidad; con-

suelos para los que sobreviven a sus difuntos más queridos, como ya lo hemos visto; consuelos para los que mueren, como lo vamos a ver.

Elevando hasta la evidencia la certidumbre de esta verdad, que la muerte no es sino una apariencia de muerte, el cristianismo ha hecho nacer un género de muerte desconocida de todo lo que no es cristiano: la *muerte gozosa.*

Entretanto que el pagano de hoy día, como el pagano de otros tiempos, tiembla con todos sus miembros al pensar en la muerte, y llegado el caso se retuerce desesperado en brazos de la muerte, y recibe el golpe mortal con la estúpida imprevisión del buey llevado al matadero, el cristiano ve sin temor acercarse la muerte, y la desea y muere lleno de gozo. A falta de otras pruebas, este solo contraste bastaría para demostrar la divinidad del Cristianismo.

Vamos, querido amigo, a visitar algunos cristianos en el lecho del dolor, donde esperan el fin próximo de su peregrinación, y no te asombres del espectáculo que vas a presenciar.

Tú sabes que el nuevo Adán, el caudillo de la humanidad regenerada, nuestro Señor Jesucristo, suspiraba por su muerte, que llamaba su bautismo. Vencedor de la muerte, y padre del siglo futuro, legó su espíritu a sus discípulos. Nadie ignora, excepto acaso los bachilleres

modernos, que el más ardiente deseo de San Pablo, después que volvió del tercer cielo, era el de romper los lazos que le retenían en el mundo.

Mas no tenemos que remontarnos a los Apóstoles, ni a los mártires, ni a los cristianos de los primeros tiempos; voy a buscar ejemplos más próximos a nosotros, y no serán menos elocuentes. Si no cito más que unos pocos, no por eso creas que esas muertes llenas de confianza y de alegría son muy raras. aun en nuestros días. Entre los cuatrocientos mil sacerdotes católicos habrá pocos, si hay alguno, que no haya tenido la dicha de presenciarlas muchas veces en el ejercicio de su ministerio.

En mi última carta hemos admirado la sublime resignación de San Luis al saber el paso a mejor vida de su tierna y santa madre. Veámosle ahora a él mismo en presencia de la muerte.

Había llegado el santo rey delante de Túnez, donde quería establecer el reinado de Jesucristo, cuando fue atacado de la peste que diezmaba su ejército. Desde que sintió acercarse su fin, se apresuró a dejar en orden los negocios del reino, y no se ocupó más que de las cosas de Dios. Después de haber recibido los Sacramentos con gran devoción, y con tal serenidad que respondía él mismo a las oraciones de la Igle-

sia, continuó, a pesar de la debilitación de sus fuerzas, invocando a los Santos de su especial devoción, especialmente a San Dionisio y a Santa Genoveva.

A fin de imitar al Rey de los Reyes, muerto en la cruz, se hizo poner en una camilla cubierta de ceniza, donde con los brazos cruzados sobre el pecho, fijó los ojos en el cielo y ocupándose más de los otros que de sí mismo, repetía continuamente estas palabras: *«Señor, santificad y guardad a vuestro pueblo»*.

«Miraba dulcemente a los circundantes, dice el Obispo de Túnez, testigo ocular, y hacía muchas veces la señal de la cruz. Entre la hora de tercia y el mediodía pareció que se dormía durante media hora larga.

»Habiéndose asegurado en este misterioso recogimiento de que todo estaba dispuesto para su partida, abrió el santo rey los ojos, y, mirando al cielo, dijo: ''*Voy a entrar en la casa del Señor*''; y desde entonces ya no habló más palabra. Como a la hora de nona, espiró el lunes 25 de agosto y año del Señor 1270. Quedó tan hermoso y de buen color como en los días de su completa salud, y a muchos pareció como que sonreía»[1].

1. *Hist. Univ. de l'Eglise,* tomo XVIII.

Ya lo ves: nada de turbación, nada de terror; todo sucede con la calma, la confianza y serenidad con que se harían los preparativos de un viaje ordinario. Esto nada tiene de sorprendente: el cristiano sabe lo que es, de dónde viene y a dónde va.

Pasemos rápidamente la Edad Media, durante la cual encontraríamos en todos los rangos de la sociedad millares de muertes semejantes a la de San Luis. Vamos al principio del siglo XVII. Entremos en el Noviciado de los jesuitas de Roma, y penetremos hasta la enfermería. Allí yace en pobre lecho un joven de veintidós años, atacado de mortal enfermedad. Nació en los Países Bajos, que dejó para seguir a Jesús, y se llama Berchmans.

En el momento en que nosotros entramos, llega el Padre Rector, que le dice bondadosamente: «Hermano, si fuera voluntad de nuestro Señor llamarle a sí, ¿tiene alguna cosa que le dé pena?» «Nada absolutamente, respondió con humilde confianza el amable joven. Se trata de un Dios demasiado bueno para que yo tema su presencia; me someto a todo lo que sea su voluntad: si es de su agrado el que yo muera, dispuesto estoy, y ese es mi mayor deseo; si yo lo hubiera de decidir, no diferiría el morir ni por un momento.»

A cada instante el santo enfermo repetía la expresión de los mismos sentimientos. El religioso que le asistía, viéndole debilitarse más y más, le declaró que estaba próximo su fin. Al oír esta noticia, Berchmans se llenó de gozo, y, abrazando al enfermero, exclamó: «¡Oh, la gran noticia! Es la más dulce y consoladora que he recibido en toda mi vida.»

Llorando el hermano en vista de la alegría del moribundo, «¿Por qué llora? le dijo Berchmans. ¡Me ama y llora de mi felicidad!». Luego, tomando el Crucifijo, con el acento de la más tierna devoción y viva confianza decía: «Bien sabéis, Señor y Dios mío, que nunca he amado nada, ni deseado nada, ni poseído nada en el mundo más que a Vos solo. Por vuestra misericordia, tampoco hoy amo ni deseo sino a Vos.»

Como se viera que adelantaba rápidamente hacia el término de su peregrinación, el enfermero le tomó el pulso, y le dijo: «Nos vamos, hermano Berchmans, nos vamos». Al oír esta noticia, el santo enfermo toma su Crucifijo, que entrelaza con el rosario y el libro de las reglas, diciendo: «Esto es lo que más he amado yo en el mundo, y con lo cual muero gustoso».

Entretanto los médicos consultaban sobre emplear nuevos remedios. «Demasiado se mo-

lestan Vds. por mí, les dijo con su gracia ordinaria; el Señor me llama». «¿A dónde?» le replicó uno de ellos. «Al cielo, señor, al cielo».

En efecto, se comenzó a recitar la recomendación del alma, y al llegar a estas palabras: *Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo, perdonadle*, hizo suspender la recitación, y con inefable ternura repitió treinta veces: *Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo, perdonadme*. En esta invocación, con rostro apacible y la sonrisa en los labios, añadiendo los santos nombres de Jesús y de María, se durmió dulcemente con el sueño de los justos el 13 de agosto de 1621.

Dado que todo ser repugna esencialmente su destrucción, tú convendrás, querido amigo, y contigo todo el mundo, que el joven viajero, al tomar el viaje a que acabamos de asistir, no consideraba la muerte como muerte, ni esta vida como vida. Igual manera de estimar la una y la otra se encuentra en todos los verdaderos cristianos. He aquí otro ejemplo, que recojo con preferencia a otros, porque pone de manifiesto que en los penitentes sinceros el recuerdo de sus pecados o disminuye en la última hora, ni el deseo de la verdadera vida ni la confianza de obtenerla.

Alfonso Francisco, duque de Módena, ma-

de un niño a una palabra y a la menor señal, no sólo del superior, sino del último de sus hermanos en religión. Este Alfonso, servido poco ha por tantos dignatarios, se honra de barrer el convento, de fregar los platos y de prestar a los enfermos los servicios a que más se resiste la naturaleza. Exacto en acusarse públicamente cada día de sus menores faltas, y no menos en cumplir con alegría las penitencias que le imponían, jamás se le escapó una sola palabra que pudiera recordar su antigua dignidad.

Ordenado de presbítero, fue destinado a la predicación por el general de su Orden. Su talento, su celo, y más aún su ejemplo, hicieron prodigios; pero sus fuerzas sucumbieron bien pronto a las fatigas del apostolado. Le cogió una calentura que en pocos días llegó a tomar caracteres alarmantes.

Hizo confesión general, y preguntó qué día se celebraba la fiesta de San Félix. Se lo dijeron, y exclamó: «Loado sea Dios, y bendito su santo nombre: ese día acabarán mis penas, y dormiré y descansaré en el Señor». Hasta entonces los médicos habían conservado alguna esperanza; pero la disipó su crisis inesperada.

Enterado de su estado, el admirable moribundo suplicó al Padre guardián que reuniera y le presentara la comunidad; y recogiendo las po-

nifestó desde luego cualidades brillantes de príncipe completo; durante los primeros años de su reinado fue el ídolo de su pueblo. Desgraciadamente cortesanos pérfidos, celosos de ser los primeros en recibir mercedes, le persuadieron que debía reinar por el temor más que por la bondad. El joven príncipe cayó en la red, y se tornó cruel. Su tiranía le enajenó pronto las afecciones de su pueblo, e hizo caer en la desesperación a gran número de familias. Los consejos de su virtuosa esposa le hacían volver en sí y se avergonzaba de sus abusos; pero pronto el vicio volvía a dominarle.

En estas alternativas de enmiendas y recaídas, murió su buena esposa en la flor de la edad. Los amargos pesares que le ocasionó esta muerte prematura le inspiraron tan serias reflexiones, que ya no pensó más que en adoptar una vida de retiro y penitencia. Arreglados los negocios del Estado, se retiró al convento de los franciscanos de Miran, pequeña ciudad del Tirol, donde hizo sus votos con el nombre de Fr. Juan Bautista. Puede decirse que con este nombre recibió en su plenitud el espíritu de San Francisco.

¡Espectáculo digno de los ángeles! Este Alfonso, príncipe soberano poco ha, y que mandaba con tal fiereza, se somete con la sencillez

cas fuerzas que le quedaban, dijo a sus hermanos: «Les he hecho llamar para hacerles saber la buena noticia que me acaban de dar. Me han anunciado, y yo ya lo sabía, que me voy a morir, y espero entrar muy pronto en la casa de mi Señor para gozar eternamente del último efecto de sus misericordias. El gozo que esto me causa no me cabe en el corazón, y me siento tan obligado a la bondad de Dios, que les ruego me ayuden a darle gracias. Recemos el cántico de la Santísima Virgen.»

Comenzó con celestial fervor el *Magnificat*, que la comunidad continuó, y luego el cántico de Zacarías. Tomando otra vez la palabra el santo moribundo, exhortó a sus hermanos a la perseverancia, y luego añadió: «Me muero, y muero contento. Si algo me pesa, es el no haber conocido antes, y abrazado más presto, este santo género de vida, que despoja a los poseedores de los bienes de la tierra para enriquecerles de virtudes. ¡Oh, qué rica es esta pobreza, que merece el reino de los cielos y la posesión del mismo Dios! Ella es todo mi tesoro, y declaro que nunca he creído que las cosas de que usaba fueran mías. Por eso yo le suplico, Padre guardián, que me quite este hábito que llevo. Concédame, por caridad, el hábito más malo que haya en el convento para cubrir este cuerpo miserable.»

Cediendo el Padre guardián a sus instancias, el antiguo duque besó el hábito de deshecho que le trajeron; y como quisieran descoserlo para ponérselo sin molestarle, no lo consintió, diciendo que no había que tener contemplaciones con su cuerpo; y se quitó el otro hábito, repitiendo las palabras de Job:

«Desnudo salí del seno de mi madre, y desnudo volveré: justo es que imite a nuestro padre San Francisco y a Jesucristo, nuestro soberano Señor».

Recibió los últimos Sacramentos con tal devoción y alegría, que llenó de admiración y edificó a los circundantes. Después de haber pedido perdón a todos sus hermanos, hizo que le acercaran al príncipe Filiberto, su hijo, que había acudido al saber la enfermedad de su padre. Éste le bendijo con una ternura que probó que la gracia no destruye a la naturaleza, sino que la perfecciona, y le encargó que llevara su bendición a los otros hijos.

El feliz viajero,, hechos todos los preparativos para dejar este valle de lágrimas, volvió todo su pensamiento a la patria en que iba a entrar. Con los ojos fijos en la que es dulce Reina de la gloria, la dijo: «María, Madre de gracia, Madre de misericordia, protegedme contra el enemigo y acogedme en esta hora de mi muerte».

Al concluir esta invocación, se durmió dulcemente para despertar en la bienaventuranza eterna. Fue en el convento de Castel-Novo el 24 de mayo de 1664[1].

¿Qué dices de esto, querido amigo? ¿Es eso morir en el sentido desolador que el mundo da a esta palabra? Semejante muerte, ¿no se ve llena de vida, y vida mortal? ¿No tengo razón para decirte que para el cristiano la muerte no es más que una apariencia de muerte y el paso a la verdadera vida? ¡Quiera Dios que lo sea la nuestra!

Tu afectísimo...

1. *Vidas de los justos*, etc., por el abate Caron.

CARTA DÉCIMASEXTA

SUMARIO: La muerte gozosa: nuevos ejemplos. — Suárez. — Baronio. — Sor María de Venecia. — Sor Antonina de San Jacinto. — Fulvia Segardi. — José Scamacca. — Angélica Fabre. — Felicitas de Netumieres. — El hermano Moisés. — Amado Bailly. — Mr. Jacquinot.

QUERIDO AMIGO:

Es tan dulce el cuadro que en mi última carta te puse a la vista, que quiero hacértelo contemplar más todavía: accedo gustoso a tus deseos, que no pueden ser más razonables. Como cristianos que somos, nos conviene muy mucho ver cómo los que de veras los son dejan esta vida. Su conducta de ese momento supremo nos alienta y nos consuela: dos beneficios que nada puede proporcionarnos en igual grado.

Antes de salir de Italia, pasemos a Roma. ¿Ves en su lecho de muerte a uno de los más insignes teólogos de la Iglesia? Se llama Suárez.

Escucha sus últimas palabras: «¡O Dios mío! ¡Yo no sabía que tan dulce fuera el morir!» Contempla también no lejos de allí, al Cardenal Baronio. Se le acaba de hacer la recomendación del alma. «¡Ea, exclama, llegó la hora de la alegría y el regocijo: me muero!».

Citaré también a sor María de Venecia, que viendo llegar la muerte. gritó en un transporte de alegría: «¡Al cielo, al cielo!».

Su digna compañera en religión, sor Antonina de San Jacinto, del Orden de Santo Domingo, en el trance mismo de la muerte, muestra alegría extraordinaria; le preguntan por qué está tan contenta, y responde: «¡Me llama Dios de mi larga prisión a su palacio eterno, y me preguntáis la causa de mi alegría!».

Iguales ejemplos encontramos en el mundo. La piadosa dama Fulvia Segardi, llegado el momento de verse libre de la muerte viviente que se llama vida de acá abajo, hizo venir una música para celebrar con dulces acordes su nacimiento a la vida verdadera.

Un religioso de la Compañía de Jesús, por nombre José Scamacca, no cesaba de repetir en los últimos días de su enfermedad: «Me alegro, me alegro». *Laetatus sum, laetatus sum.* Habiéndole uno preguntado si moría con la firme esperanza de salvarse, respondió con viveza: «¿He

servido yo a Mahoma, para que dude ahora de la bondad de mi Señor?».

Busquemos ahora algunos ejemplos más próximos a nosotros en tiempo y lugar. Hénos en esta Bretaña, donde se conserva firme la fe cual herencia de familia. Era pocos años antes de la revolución, en 1777. Una tierna virgen, Julia Ana Angélica Fabre, moría en la ciudad de Vannes, que llenaba del esplendor de sus virtudes. El aumento de sus padecimientos no servía sino para ponerla más contenta y amable. Con el Crucifijo siempre en la mano, besaba cada instante la imagen de su Amado, quejándose dulcemente de Él, como la esposa de los *Cantares*, de que con su tardanza la dejaba languidecer.

Cuando la preguntaban cómo estaba: «Muy bien», respondía; porque su único deseo era padecer. Si se la tenía lástima, parecía que se afligía. Desde que había amado a Dios, es decir, desde su infancia, Julia no había cesado de suspirar por el fin de su destierro, como la generalidad de los hombres suelen suspirar por una larga vida.

Pero en su última enfermedad, el deseo de verse unida para siempre a Dios era inefable. Contaba en cierto modo los días y las horas que la iban aproximando al término feliz de sus es-

peranzas. «Padre, decía a su confesor, Dios ha dilatado todavía el oír mis votos. Ayer creí reunirme con Él; no me quiere todavía; tengamos paciencia; mas para el día de Navidad, ¡oh! a lo menos para ese día ya estaré allá.»

Su predicción se cumplió. La víspera de Navidad, a las seis de la tarde, se le abrió la puerta del cielo, casi al mismo tiempo que la gruta de Belén recibía bajo su tosco techo al que había bajado del cielo para buscar a los hijos de Dios, dispersados a los cuatro vientos.

Dejando la Bretaña, detengámonos a la puerta de un pobre monasterio, próximo a la capital de esta provincia, y contemplaremos la muerte de otra virgen cristiana: Felícitas de Netumieres.

Si queremos conocer las disposiciones en que la santa viajera abandona la tierra de su destierro, leamos la carta que en su lecho de dolor escribió a su sobrina, la condesa de San Pern: «¡Qué contenta muero, querida amiga! Quisiera yo hacer probar a todo el mundo lo que yo experimento ahora. No habría un solo hombre que no quisiera darse a Dios, si supieran cuán dulce es amarle, cuán ventajoso servirle, cuán delicioso el morir con la esperanza fundada de reunirse a Él. Por lo menos a ti puedo yo decírtelo: sí, te lo repito al corazón, y lo digo igualmente a cuantos haya cerca de ti. ¡Qué fe-

liz sería yo si lograra ganarles a todos para mi Dios! Adiós, mi buena amiga; ora por mí cuando me muera, a fin de que, unida más pronto a Dios, pueda pedirle tu bienaventuranza.»

No tardaron en ser oídos sus votos. La enfermedad hizo rápidos progresos, y la dulce Felícitas vio con la paz del justo, con la impaciencia de la novia y el ansia de la paloma, llegar el gran día del fin de su vida. Recibido el sagrado Viático, preguntó si creían que se moriría aquella noche. Respondiéronle que todavía se sostenía el pulso, lo cual le hizo lanzar un suspiro. «Hermana, la dijeron entonces sus compañeras, ¿desea solemnizar mañana con los ángeles la fiesta de su Reina?». «Eso querría yo, respondió con presteza; pero soy muy indigna de ello».

Su divino Esposo era de otra opinión: Felícitas se durmió en los brazos del Señor el día 1.º de agosto de 1788, víspera de Nuestra Señora de los Ángeles.

Acaso creerás, querido amigo, que eso de morir llenos de confianza y alegría es privilegio exclusivo de las almas cuyo traje bautismal no se ha manchado con ningún pecado grave. Éste sería un error, que debes corregir tú y cuantos lo tengan. A todos os desengaña por completo el primer Santo que entró en el cielo, el

buen ladrón. Millares de veces se han repetido casos semejantes en cada uno de los dieciocho siglos que nos han precedido.

En el camino que nos lleva de Bretaña al Este de Francia, hay un monasterio de la Trapa. Entremos en esta casa de Dios. La caridad nos dará, no sólo el pan del cuerpo, sino además el ejemplo de una muerte hermosa, delicioso alimento del alma.

El hermano Moisés ha llegado a su última hora. ¿Quién es el hermano Moisés? En el mundo era el Sr. De Ligré, gran preboste de la Turena, enlazado con las más nobles familias de Francia. ¿Nada más? Sí: era el más audaz bandido de su tiempo. Esclavo, pero esclavo rabioso de las tres concupiscencias, era la afrenta de su familia y el terror del país.

Obligado a huir a América para escapar del merecido castigo de la justicia, llegó a Nantes para embarcarse. Al entrar a bordo, supo la muerte de su madre. Consternado con esta noticia, dejó ir la nave, se volvió a Tours, y se abandonó a la dirección de un amigo virtuoso, resuelto a hacer todas las reparaciones y penitencias que se juzgaran necesarias.

«La Trapa te llama, le dijo su amigo; allí, olvidado del mundo y devuelto a ti mismo, encontrarás el camino que conduce a la vida». Sin

vacilar acepta el consejo, renuncia a todos sus desórdenes, repara en lo posible los escándalos que ha dado, y provisto de una carta de recomendación para el reverendo Padre abad de la Trapa, se presenta en el monasterio donde le vamos a ver.

Ha sido admitido a hacer ejercicios espirituales por la caridad habitual de aquéllos buenos religiosos. El fervor con que cumplió todos sus deberes fue tan grande, que pronto se le reputó digno de tomar el santo hábito. Tanto como había amado a su cuerpo de la manera desordenada que el mundo inspira, otro tanto lo aborrecía ahora con el odio santo que nuestro Señor recomienda a sus discípulos. Cuando por obedecer a los superiores tenía que concederse algún alivio como remedio de su desfallecimiento, obedecía desde luego; pero avergonzado de templar la mortificación, insultaba a su cuerpo, diciéndole con las maneras duras y bruscas de sus antiguos tiempos: «Espera, espera unos días: yo te haré pagar los réditos; caro te ha de costar».

Y cumplía la palabra. Tan luego como se lo permitían las fuerzas, volvía con nuevo ardor a todas sus austeridades. Habiendo llegado en poco tiempo a un alto grado de santidad, el Señor puso fin a las pruebas de este siervo fiel.

Ocho días antes de su muerte fue en busca del Padre abad, sin señal alguna de que se hubiera alterado su buena salud, y le dijo: «Reverendo Padre: conozco que Dios me llama, y que me queda muy poco tiempo de vida. — Si Dios le llama, espérelo todo de su misericorida; pero no se lisonjee de ir al cielo con tan corta penitencia como ha hecho, sin pasar por el purgatorio. — ¡Ay, Padre mío! ¿Estaría bien que un hombre como yo pretendiera tal cosa? Sería una injusticia, y Dios es justo. Al purgatorio, pues, hasta el día del Juicio, y más si es posible».

A los pocos días de esta conversación se le declaró una enfermedad mortal. El hermano Moisés toca a su última hora. Vamos a la enfermería con el reverendo Padre abad, y algunos otros religiosos: «Hermano, le dice, esta enfermedad pudiera ocurrir que sea la última. — ¡Qué dicha tan grande! exclamó en un transporte de alegría. ¡Qué gracia!». Pocos instantes después añadió: «Reverendo Padre, me voy al cielo»; y espiró[1].

Continuemos nuestro viaje hacia el Este de Francia: estamos en medio de los Vosgos. En un cuarto solitario, del cual hace algunos años

1. *Relación de la vida y muerte de algunos religiosos de la Trapa.*

que no ha salido, está sentado en una silla vieja un joven de veintitrés años, lleno de inteligencia, rico de instrucción, de paciencia, e invencible y constante afabilidad. ¿Qué hace? Sufrir encadenado allí por la enfermedad. Tiene cariados los huesos de las piernas y las costillas del corazón, que le ocasionan dolores horribles. Ha muerto ya cien veces antes de morirse, y piensa con placer en la hora postrera de su peregrinación. De esto habla con cierta especie de entusiasmo, considerándose aquí bajo como *un pobre cautivo cargado de cadenas,* según solía decir.

Penetrado del dulce y valiente pensamiento de que esta vida no es la vida, toma él mismo, sin asustarse, los pedazos de sus huesos cariados que el cirujano extrae de las llagas, y desmenuzándolos tranquilamente, «He aquí, dice sin conmoverse, las partículas de mi cuerpo, que toman la delantera; el resto irá detrás». Y añade sonriéndose: «Los grandes señores, cuando emprenden un viaje, tienen costumbre de enviar delante alguna parte de su equipaje, para llevar ellos menos impedimenta. Lo mismo hago yo: a lo grande.

»Los religiosos más austeros tienen en sus celdas y sobre la mesa calaveras y osamentas humanas, para contemplar lo que han de ser;

pero yo, con mis propios ojos, en mi propia carne, veo ya el principio de mi humillación.

»Antes de que me entierren puedo contemplar y palpar mi cadáver. *Mis huesos se han pulverizado por el ardor que me consume. Mi carne está cubierta de úlceras y podredumbre. Semejante soy a un harapo viejo, roído por viles insectos*[1]. Pero nada de esto me aflige. Veo los restos de mi cuerpo confundidos con el polvo hasta la consumación de los siglos, sin que se turbe la paz de mi corazón. *Alegrándose ha mi corazón, y mi carne descansará en la esperanza»*[2].

Esta fe viva que hace al hombre tan grande en presencia de la muerte, no le abandona un instante. Ve a sus piadosos padres llorar, y les dice: «No lloren Vds.: el Señor les pagará todo el bien que hacen conmigo. Yo no les olvidaré. El que ama de veras, ama siempre».

Cuando recibió los últimos Sacramentos, exclamó con expresión indecible de felicidad y confianza: «Gracias a Dios, ya no soy de este mundo. Sí, Dios mío, voy a contemplaros en la tierra de los vivientes».

1. Job., XXX, 13.
2. Salm., XVI.

Tales fueron sus últimas palabras. Así murió, sin agonía, el virtuoso Amado Baylli, a 19 de noviembre de 1781, de veinticuatro años de edad[1].

Llegamos al término de nuestro viaje. En pocas horas nos ponemos en el Franco-Condado, esta segunda Bretaña por la fe valiente de sus habitantes. No te hablaré, querido amigo, de esos diecinueve mártires de la Revolución, que, encerrados en el castillo de Malche, cantaban los himnos de la Iglesia mientras esperaban el momento de salir para el cadalso. El tío queridísimo, cuya inspirada palabra sostuvo el valor de sus compañeros, ora en el cielo por el sobrino que en este momento renueva con admiración su imperecedero recuerdo.

Estamos en Besanzon. En enero de 1798 fue preso en Echenoz, pequeña villa de la Alta Saona, que yo conozco muy bien, monsieur Jacquinoit, vicario de Melincourt. Culpable de ser fiel a la Religión, este joven sacerdote fue conducido a Besanzon como un malhechor, y el 27 del propio mes le condenaron a muerte.

Oigamos a uno de sus compañeros de cautiverio, y presbítero como él: «Mientras los jue-

1. *Estudiantes virtuosos*, por el Abate Caron

ces estaban deliberando, Mr. Jacquinot fue vuelto a su habitación: eran las once. Pasa el medio día y las doce y media sin que le notifiquen la sentencia. El conserje, que la acaba de saber, entra en nuestra sala, y dice: «Ese señor está condenado a muerte». Nosotros quedamos consternados.

»Decidimos que yo pasara al cuarto de nuestro futuro mártir. Al verme entrar, sus tres compañeros adivinaron fácilmente la noticia que yo llevaba. Me acerqué a Mr. Jacquinot, y le dije: —¿Ha comido Vd. ya? — Él me respondió: He tomado un bocado, pues no tengo tiempo más que para prepararme. — ¿Sabe usted el resultado de su juicio? — Lo supongo. Entonces me arrojé a su cuello: él lo había comprendido todo.

»La idea de que iba a morir dentro de tres horas no le causó alteración alguna. Se puso tranquilamente a escribir algunas cartas, y nos preguntó si le permitiríamos rezar vísperas con nosotros. Ya se comprende nuestra respuesta: se trataba de la dicha de orar con un mártir. Rezó las vísperas sin que se le conociera nada en la voz; lo mismo que si estuviera en el coro de su iglesia.

»En seguida nos rogó que dijéramos con él la recomendación del alma. Le dimos gusto, y tampoco al recitar estas preces tan conmovedo-

ras observamos en él decaimiento ni miedo. Al contrario, cuanto más se acercaba el momento de su sacrificio, más brillaban en su semblante una serenidad y una alegría verdaderamente divinas.

»¡Ah, señores, nos dijo, qué dicha la mía morir por mi Dios! Puedo asegurarles que yo no deseaba que fuera otra la sentencia; y ahora que me han condenado, estoy infinitamente contento. No sé si será presunción mía, mas siento dentro de mí un gozo inexplicable. Toda mi vida he tenido mucho miedo a la muerte, y ahora la veo venir con júbilo.

»Salió de su cuarto, y pasó a despedirse de los prisioneros que ocupaban los inmediatos. Todos le bañaron con sus lágrimas. Después de haberles hecho sentir lo que vale la fe, añadió: —Puedo aseguraros, queridos amigos, que voy a la muerte con más gozo que hubiera ido en mi juventud a un festín o a la más grata diversión.

»En efecto, llegados los gendarmes, marchó con paso firme al lugar del suplicio, y recibió el golpe mortal con la sublime calma que recuerda a la víctima augusta del Calvario»[1].

1. *Noticia de los sacerdotes de la diócesis de Besanzon condenados a muerte,* etc.

Ya ves, querido amigo, que si la raza de los perseguidores dura siempre, la generación de los mártires no se ha concluido. Sobre el cadalso revolucionario, como en la arena del anfiteatro, mediando un intervalo de quince siglos, brilla el mismo valor, igual serenidad y certidumbre de que esta vida no es la vida, y de que, por lo mismo, esta muerte no es la muerte.

Guarda este buen pensamiento. En la siguiente responderé a tus nuevas preguntas.

Tu afectísimo...

CARTA DÉCIMASEPTIMA

SUMARIO: Tercer objeto de nuestra correspondencia: *ilustrar.* — Naturaleza íntima de la vida de acá abajo. — Es una prueba. — ¿Por qué? — Parábola del Evangelio que revela la naturaleza de la presente vida. — Destino de esta vida: encaminar a la vida verdadera. — Naturaleza de la muerte. — Rasgo de San Carlos. — El cristiano que muere. — Comparación. — Historia. — Cántico del destierro.

QUERIDO AMIGO:

Leo en tu carta: «Las dos últimas de usted han rectificado mis ideas sobre la vida y la muerte; puedo asegurarle que mi amor a la vida y mi temor a la muerte, de hoy en más no serán para mí un tormento. Mas dado que esta vida no es la vida, ni esta muerte es la muerte, ¿qué es, pues, la vida? ¿Qué es, pues, la muerte? Necesito que me responda a estas dos preguntas, pero que la respuesta sea neta y fija, para que yo quede bien orientado.»

Voy a dártela. Y lo hago con tanto más gusto, como que estas preguntas me conducen naturalmente a desarrollar el tercer objeto de nuestra correspondencia, que es *ilustrar*. Sí, ilustrar a los que andan equivocados sobre la naturaleza íntima y el verdadero destino de la presente vida. ¡Ay! Su número es muy grande.

¿Qué es, pues, la vida temporal en su naturaleza íntima y en su destino? En su naturaleza, la vida es una prueba; en su destino, es camino para la vida verdadera.

¿Qué quiere decir *una prueba*? Una prueba es un acto, o una serie de actos, por los cuales se ve si una cosa tiene o no tiene las cualidades propias para el fin a que se la destina. Bien sabes que los seres creados no todos consiguen su fin por una misma ley. Los unos van a él necesariamente; los otros deben encaminarse por su libre voluntad: y a éstos pertenecen el ángel y el hombre. ¿Qué es, pues, para el hombre la prueba de la vida? Escucha lo que dice el Evangelio:

«Un hombre, al partirse lejos, llamó a sus siervos y les entregó sus bienes. Y dio al uno cinco talentos, y al otro dos, y al otro dio uno, a cada uno según su capacidad,y se partió luego.

»El que había recibido los cinco talentos se fue a negociar con ellos, y ganó otros cinco.

Asimismo, el que había recibido dos, ganó otros dos. Mas el que había recibido uno, fue y cavó en la tierra, y escondió allí el dinero de su señor.

»Después de largo tiempo vino el señor de aquellos siervos, y les llamó a cuentas; y llegando el que había recibido los cinco talentos, presentó otros cinco, diciendo: Señor, cinco talentos me entregaste; he aquí otros cinco: que he ganado de más. Su señor le dijo: Muy bien, siervo bueno y fiel; porque fuiste fiel en lo poco, te pondré sobre lo mucho: entra en el gozo de tu señor.

»Y se llegó también el que había recibido los dos talentos, y dijo: Señor, dos talentos me entregaste; aquí tienes otros dos que he ganado. Su señor le dijo: Bien está, siervo bueno y fiel; porque fuiste fiel sobre lo poco, te pondré sobre lo mucho; entra en el gozo de tu señor.

»Y llegando también el que había recibido un talento, dijo: Señor, sé que eres un hombre de recia condición; siegas en donde no sembraste, y allegas en donde no esparciste. Y temiendo, me fui, y escondí tu talento en tierra: aquí tienes lo que es tuyo. Y respondiendo el señor, le dijo: Siervo malo y perezoso, sabías que siego en donde no siembro y que allego en donde no he esparcido. Pues debiste haber dado mi

dinero a los banqueros, y viniendo yo habría recibido ciertamente con intereses lo que era mío. Y a este siervo inútil echadle en las tinieblas exteriores: allí será el llorar y el crujir de dientes»[1].

Sigue a continuación el anuncio del Juicio final, en el cual Dios hará con todos los hombres lo que el hombre de la parábola hizo con sus servidores. Así, pues, talentos recibidos, es a saber, una alma con sus facultades, un cuerpo con sus sentidos, gracias y criaturas de todo género, puestas a disposición del hombre, que tiene obligación de ordenar todas estas cosas, y aún a sí mismo, a la consecución de su último fin; la cuenta que ha de dar de su administración; el premio o castigo que ha de recibir según sus obras: tal es la vida presente en su naturaleza íntima.

Observemos de paso, querido amigo, que todo lo de acá se pone a prueba; testimonio cierto de que nada es acabado. A todo lo que rodea al hombre, a todo lo que puede alcanzar, lo hace pasar por la misma condición que Dios le impone al mismo. Prueba el oro, la plata, las piedras preciosas, las telas, el caballo, el buey, la nave, los puentes, las armas de guerra. Después,

1. Math. XXV, 14-30

igual que lo hace Dios, acepta o rechaza lo que resiste la prueba, o sucumbe en ella.

El destino de esta vida es servir de camino para la otra. Ya lo hemos probado: la verdadera vida es para el espíritu la plena posesión de la verdad; para el corazón, la plena posesión del amor; para el hombre, la plena posesión del goce; sin mezcla de dolor y sin fin. El hombre ha sido criado para poseer esa vida completa, pues viene de Dios, va a Dios y es imagen viva de Dios, que es la vida por esencia y en toda su perfección. Esta vida, siendo una recompensa, debe ser merecida. Tal fue siempre, aún en el estado de la inocencia, la condición del hombre sobre la tierra. Esta condición, que entonces era fácil de cumplir, hoy es penosa, sin que por eso deje de ser posible.

El hombre, en la persona de Adán, cometió una falta, cuyo recuerdo se conserva indeleble en la memoria de todos los pueblos; y los dos hombres que luchan dentro de cada uno de nosotros, son la perenne y triste prueba de aquella falta primera. La culpa trajo consigo la caída. Rebelándose contra el Dios-verdad, perdió el hombre la verdad; rebelándose contra el Dios-amor, perdió el amor; rebelándose contra el Dios-vida, perdió la vida y halló la muerte.

Esta triple caída podía ser irreparable; mas

Dios no lo quiso así. Padre como es, tuvo piedad de su hijo, y para que pudiera recobrar los bienes perdidos, le dejó la vida del tiempo. El hombre actual es, pues, un rey destronado. Su espíritu cayó del trono de la verdad; su corazón cayó del trono del amor, y su cuerpo del trono de la inmortalidad. En vez de estos tres tronos, tuvo la triple esclavitud de la ignorancia, la concupiscencia y la muerte.

Durante, pues, su paso por el mundo, el hombre caído tiene que romper las cadenas de su esclavitud para conquistar la verdad, el amor y la inmortalidad; en una palabra, para conquistar la vida. ¡Conquistar la vida! ¡Lucidos estamos!

De aquí, mi querido Federico, esta respuesta tan sencilla y a la vez tan sublime del más útil de todos los libros; respuesta que debiera estar grabada por todas partes en letras de oro, respuesta que jamás se admirará ni se profundizará bastante: «¿Para qué fin fue criado el hombre? Para conocer, amar y servir a Dios en esta vida, y después verle y gozarle en la otra.» Ni más, ni menos: he ahí toda la vida de acá abajo.

De estas nociones elementales, ininteligibles hoy para las menguadas inteligencias de los soberbios, y que el niño, por su natural amor a la verdad, se las bebe como la leche de su madre,

las comprende sin esfuerzo y retiene sin trabajo, resulta con toda evidencia que esta vida es camino para la vida verdadera.

Y para que llegue a su término, ¿qué tal debe de ser la vida? El divino Reparador de nuestra caída ha dado la respuesta: *Si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos.*

¿Qué mandamientos? No los del mundo ni del demonio; no los de las tres concupiscencias, soberbia, avaricia y lujuria; sino los mandamientos de Dios. Ya ves que la verdadera vida no se nos ofrece muy cara. Los mandamientos de la ley de Dios no son difíciles; se reducen a una sola palabra: amar. Amar a Dios, amarle a él y en sus obras. Amar al prójimo, imagen de Dios; amarle en su alma y en su cuerpo, como nos amamos a nosotros mismos: eso es todo.

La primera condición para guardar los mandamientos es hacer todo lo contrario de lo que hoy hace la inmensa mayoría de los hombres; *es tomar la vida en serio*: lo cual, en junto, no es sino conocerla en su naturaleza íntima y en su fin, y hacer de ella el uso que ha querido el que nos la dio y nos ha de pedir cuenta de ella.

Para obtener este resultado, yo no conozco nada mejor que los tres pensamientos siguientes, que te suplico, mi querido amigo, hagas que sean objeto habitual de tus meditaciones:

Vengo de la eternidad;
Voy a la eternidad;
Yo escojo mi eternidad.

No menos evidentemente resulta de lo hasta aquí expuesto, que la muerte no es lo que se cree. En vez de ser una potencia enemiga, es la bienhechora de la humanidad; es el fin de esta vida de muerte, y el comienzo de la vida viviente. Decir que es otra cosa, es calumniarla.

Tú no habrás olvidado este hecho de la vida de San Carlos. Los pintores del Renacimiento, copistas demasiado serviles de los antiguos paganos, representaban la muerte bajo la imagen de un horrible esqueleto, armado de su guadaña, para segar con ella sin piedad las generaciones humanas, como se siega la yerba de los campos, sin dejar nada de ella. Semejantes cuadros desterraban la noción cristiana de la muerte. El gran Cardenal hizo suprimir la guadaña, y la reemplazó por una llave de oro.

¿Qué es, pues, me preguntas, el cristiano que muere, y muere como cristiano?

¿Ves a ese rey caído, que, en medio de las aclamaciones de sus pueblos, sube otra vez a su trono para no caer más? Eso es el cristiano que muere.

¿Ves a ese pobre anciano, estropeado, sufriendo, cubierto de harapos, con su morral a la

espalda, su palo en la mano, mendigando el pan de puerta en puerta, continuamente despedido, y siempre condenado a las más duras privaciones? ¿Le ves de repente nadando en la abundancia, magníficamente vestido, con casa magnífica y delicada mesa? Eso es el cristiano que muere.

Fíjate en ese infeliz prisionero, que sólo el verlo mueve a compasión. Hace sendos años que, encerrado en negro calabozo y cargado de cadenas no tiene otro alimento que un pedazo de pan malo, bañado en sus lágrimas, ni otra bebida que agua fétida, ni otra compañía que los insectos, la soledad, las tinieblas y los crueles cuidados. De pronto caen sus cadenas y se abren delante de él las puertas de su prisión. Se acabaron los temores, se acabaron las congojas, se acabaron los sufrimientos: ha quedado libre, y libre para siempre. Eso es el cristiano que muere.

Conoces la vida del viajero intrépido, amante apasionado de la ciencia. Después de haberse preparado con largos estudios y penosas vigilias, parte para explorar sucesivamente, con detrimento de su salud, y aún con peligro de su vida, las abrasadas regiones del África Central y las heladas montañas de las Américas, a fin de sorprender a la naturaleza algunos de sus secretos, o de encontrar la solución de algunos

problemas y hacer progresar la ciencia algunos pasos, descubriendo alguna particulilla de verdad. Cuando menos lo esperaba, la verdad misma se le aparece toda entera iluminándole con sus rayos, dándole la solución de todos los problemas, y no dejándole oscuridad alguna o incertidumbre sobre el pasado, ni el presente, ni el porvenir, ni el mundo moral, ni el físico. ¿Calcule el que pueda los transportes de gozo de tal hombre. ¿Quién es ese viajero? Es el cristiano que muere.

Estamos en el puerto de Marsella, donde entra a velas desplegadas un hermoso navío. Todo el mundo se fija en él y pregunta por su nombre. Brilla la alegría en todos los semblantes: es un hijo de Marsella, capitán de largos viajes, que habiendo recorrido vastos mares y visitado inhospitalarias playas, y sufrido veinte tormentas, y agotado sus fuerzas luchando contra el furor de las olas y defendiéndose de los piratas, llega sano y salvo a pisar la playa de su patria con su buque cargado de preciosas mercancías. ¿Quién es ese viajero? Es el cristiano que muere.

Volvemos a París y entras conmigo en cualquier hospital. Estás viendo a derecha e izquierda de sus vastas salas esas largas filas de camas, en que yacen pobres enfermos de todas las

edades, devorados por la fiebre, privados del sueño, estropeados, contrahechos, que apenas pueden hacer ningún movimiento sin sufrir dolores intolerables, sometidos a operaciones crueles, y sin seguridad de curar. ¿Puedes calcular la dicha de uno de estos enfermos que llegan a recobrar la salud completa de repente con la certidumbre de no perderla más? ¿Quién es ese enfermo? El cristiano que muere.

Así comprendía la muerte aquel leproso heroicamente cristiano, cuya historia te voy a contar. Yendo de caza un gran señor, se empeñó en perseguir una cabra montesa, y se apartó mucho de su gente. En medio del bosque oyó una voz humana, que cantaba con agradabilísima melodía. Sorprendido de oír tan dulce canto en tan solitario lugar, quiso saber qué era aquello. Encaminó su caballo hacia donde venía la voz, y se encontró delante de un leproso, tan desfigurado en todas las partes de su cuerpo, que las carnes se le caían a pedazos.

Quedó espantado al verle; mas triunfó de sí mismo, se acerca al leproso, le saluda afablemente y le pregunta: ¿Es Vd. el que cantaba? — Sí, señor. — ¿Y de dónde saca Vd. tan hermosa voz? — Es mi voz natural. — ¿Pero cómo puede Vd. cantar, hallándose en el estado tan lastimoso en que le veo? — Entre Dios y yo,

respondió el leproso, no hay otra separación que este muro de barro, que se llama mi cuerpo. Cuando se haya hundido, nada me impedirá ir a gozar de la eterna bienaventuranza en el seno de mi Dios. Y como todos los días veo caer pedazos de este muro, la alegría que me da el ver cómo se viene abajo, me hace cantar; espero con ansia el momento en que se hunda del todo; momento bendito, en que mi alma, separada de mi cuerpo, irá a saciar su sed en la fuente misma de la felicidad inmortal.[1].

¿Qué más diré? El cristiano que muere es el escolar que se va de vacaciones. A la edad que tienes, sientes tú más vivamente que yo lo que se goza al salir de la prisión, que se llama colegio, para no oír el ruido importuno de la campana que te saca de la cama con sueño, y pone fin de repente a los ratos de recreo, llamándote a estudios áridos bajo la vigilancia de un maestro severo; lo que se goza cuando se vuelve a ver el país natal, y se abraza a los padres queridos, y se dispone por unos meses de la llave del campo. ¡Oh, si eso durara siempre! Pues bien, para el cristiano que muere las vacaciones no tienen fin.

1. Flor. de Henriq., *Grand.*, lib. Iv, cap. LXVIII.

¿Qué es, finalmente, el cristiano que muere? Es un desterrado que vuelve a su patria. Frecuentemente habrás visto, lo mismo que yo, estos años pasados, en las calles de París, a un joven, cuya tristeza, grabada en su bello semblante, excitaba la compasión: era un desterrado. Hijo de noble casa, y criado en medio de la opulencia, se había visto despojado de todo, y precisado a buscar en extranjera tierra donde reclinar su cabeza. No obstante la seguridad que aquí tenia, la hospitalidad leal de que disfrutaba distaba mucho de hacerle olvidar su patria. Obligado a vivir de limosna, o del trabajo de sus manos, sin poder soportar faenas duras, conocía muy imperfectamente la lengua del país, y no encontraba pensamientos que correspondieran a sus pensamientos, ni boca que le hablara amorosamente de su país natal, de su padre, de su madre; de sus hermanos y hermanas; estaba, en fin, como una alma en pena.

Pues bien; llegó un día en que supo que su destierro había concluido. Parte inmediatamente, y el vapor no lo transporta con tanta rapidez como él desea al lugar que le vio nacer, y de donde le espera con caudal cuantioso una familia tiernamente amada e impaciente de abrazarle. El júbilo de su regreso no lo puede explicar mi pluma; sólo el corazón puede columbrarlo.

¿Quién es ese desterrado? Es el cristiano que muere.

Desterrados como somos también nosotros, escuchemos el canto del desterrado del cielo. Salido del inspirado corazón de uno de nuestros Padres más antiguos, este largo suspiro, al cruzar los siglos, no ha perdido nada de su misteriosa majestad. Es siempre antigua y siempre nueva la causa que lo produce.

«El mundo para mí no vale nada. Yo no soy acá bajo sino un extranjero, huésped de un día. Con ansia llamo al día que me devuelva a mi patria, me saque de este destierro, rompa las cadenas del tiempo y me coloque en el reino de los celestes goces. ¿Qué hombre, arrojado a lejanas playas, no tendría prisa de volver a su tierra? ¿Qué navegante, ansioso de ver a su familia, no desearía con anhelo un viento favorable para abrazar cuanto antes a los que ama su alma?

»El cielo es mi patria: los Patriarcas son mis padres. ¿Cómo no he de tener prisa de ver mi país y saludar a mis padres? Espéranme allí multitud de seres queridos. Allá me llama la numerosa reunión de padres, hermanos, amigos, hijos, seguros ya de su inmortalidad, pero todavía solícitos de mi salud. ¡Qué gozo para ellos y para mí volvernos a ver, volvernos a abrazar!

»¡Qué deleites los de aquel reino celestial! No hay allí temor de morir: es eterna la vida. ¡Qué suprema, qué incomprensible felicidad! Allí el coro glorioso de los Apóstoles. Allí la reunión bendita de los Profetas, extasiados de ver lo que anunciaron. Allí la muchedumbre innumerable de los mártires ornando sus sienes con la corona de vencedores. Allí las vírgenes triunfantes, noblemente victoriosas de la carne y los sentidos. Allí los misericordiosos, recompensados de sus obras de caridad; bienaventurados, que fieles a los preceptos del Señor, giraron para la tesorería del cielo su patrimonio terrestre.

»Apresurémonos, hermanos amadísimos, por llegar allá, a fin de que cuanto antes los veamos a ellos y al Señor».[1]

¡Y hace cuatro siglos que se le está repitiendo a Europa que no hay poesía en los Padres de la Iglesia, como se le dice que no hay arquitectura en los siglos cristianos! Tengamos lástima de los que no conservan más que un ojo, dice San Agustín, y agradezcamos al Señor el habernos dejado los dos.

Tenlos muy abiertos para que contemples el

1. S. Cirilo, *De Inmortalit.*

espectáculo que te presentaré en la siguiente carta.

Tu afectísimo...

CARTA DÉCIMAOCTAVA

SUMARIO: Cuarto objeto de nuestra correspondencia: *dar ánimo*. —La tierra de los vivientes. — Lo que es. — Por qué se llama así el cielo. — Hermosa filosofía del Símbolo. — Tres plenitudes de vida: plenitud de universalidad, plenitud de goce, plenitud de duración. — Allí todo vive. —Vive el espíritu: conocimiento del pasado y del presente. — Conocimiento del mundo material y del moral. — Conocimiento instantáneo y sin trabajo. — Goces del espíritu. — En la tierra de los vivientes todo es luz.

QUERIDO AMIGO:

Hemos estudiado el lado triste y el lado serio de la vida. Para acabar de cumplir lo prometido, réstame presentarte el lado consolador. La vida presente tiene de consoladora el ser el precio de la vida verdadera. Dadme un punto de apoyo, decía Arquímedes, y levantaré la tierra. El medio más poderoso de elevar el hombre hacia el cielo es *animarle* a que no se arredre de nada para conquistarlo, es mostrarle la verdadera vida, la vida que le espera al otro lado de la tumba.

Este espectáculo todo se lo hace posible, todo fácil. Cuando una vez lo ha visto, gusta de volverlo a ver. Su gozo es elevarse frecuentemente a la tierra de los vivientes, recorrer familiarmente las plazas de la Jerusalén celeste, visitando a los Patriarcas y a los Profetas, saludando a los Apóstoles, admirando el ejército de los mártires y confesores, contemplando los coros de las vírgenes.

Emprendamos este viaje. Ya sabemos que la muerte no es abrirse un negro precipicio, en el que caemos irremisiblemente después de haber viajado algunos años en este valle de lágrimas. La muerte es una potencia amiga, que viene a tomarnos en sus brazos para transportarnos a la cima del monte de la luz, de la felicidad y la vida. La muerte no es el acabamiento final, sino un comienzo; no es la puesta del sol, sino la aurora. Morir es nacer. Insisto en este pensamiento, que es el más capaz de infundir aliento y el más consolador de todos, así para los que se van, como para los que se quedan.

Morir, pues, no es morir; es cambiar de domicilio. Al dejar el cristiano la tierra, no deja la vida, sino muy al contrario. ¿A dónde va? A la tierra de los vivientes: *In terra viventium.*[1]

1. Salmo CXLI.

¡A la tierra de los vivientes! Toda la poesía, toda la filosofía, toda la retórica de los hombres se eclipsan al lado de esa palabra. No conozco otra más rica, ni que arrebate más. ¿Qué es la tierra de los vivientes? Es el cielo. ¿Por qué el cielo se llama tierra de los vivientes? Por varias razones, igualmente dignas de la bondad y sabiduría de Dios.

La primera. Por oposición a este bajo mundo, llamado con tanta razón valle de lágrimas y tierra de los que mueren: *Vallis lacrymarum et terra morientium.* En efecto, aquí abajo todo muere y nada vive. El cielo, por el contrario, es el país venturoso en que todo vive y nada muere.

La segunda. Porque el hombre, hecho para la vida, la ama con pasión; y como no la encontramos aquí abajo, ha querido Dios excitar en nosotros un deseo ardiente del cielo, designándolo con el nombre bendito de tierra de los vivientes.

La tercera. Para justificar a la Providencia, prometiendo al hombre la satisfacción eterna y superabundante del deseo perenne de vivir que Dios le puso en el corazón.

Por un nuevo rasgo de su paternal ternura, ha querido Dios que esa promesa sea la primera verdad que se enseña al niño, y la que diariamente repiten millones de veces los hombres

de toda edad y de todos los países. Tal es la bella filosofía de nuesto símbolo católico. ¿Has pensado en esto alguna vez? De los doce artículos de que consta, once nos indican el trabajo de la vida temporal y las condiciones de la prueba; el duodécimo marca la recompensa.

Para este trabajo decisivo Dios se asocia con el hombre. El Padre crea los ángeles, el cielo y la tierra, los astros, los animales, las plantas, los metales y todo lo conserva y lo confía al hombre para que se aproveche de ello. El Hijo ennoblece y rescata todas las cosas, vendidas imprudentemente por el hombre al demonio. Para eso baja del cielo, nace, vive, trabaja, sufre, muere, resucita, y, restaurador universal, vuelve a su gloria, donde su amor nos guarda los asientos. El Espíritu Santo viene a completar la obra del Hijo. Desciende al mundo, establece la Iglesia, la gran sociedad depositaria de la vida y de todos los medios de darla, defenderla y perfeccionarla, como son los Sacramentos, el culto público y privado, los templos, las fiestas, las Órdenes religiosas y el sacerdocio entero.

Deber del hombre es explotar esas inmensas riquezas, y lo hace diciendo CREO, y conformando su conducta con su fe. ¿A dónde conduce esa rica explotación? La respuesta está en el último artículo del Símbolo: a la vida; pero a

la vida eterna: *Vitam aeternam.* Detengámonos en esta palabra, y hagamos lo posible por comprenderla.

He dicho que el cielo se llama la tierra de los vivientes, porque allí todo vive, nada muere ni puede morir. ¿Por qué? Porque el cielo es el reino eterno de Dios, que es la vida por esencia. De donde resulta que en la tierra de los vivientes todo es vida, quiero decir, que la vida reina allí en su triple plenitud: plenitud de universalidad, plenitud de goce, plenitud de duración.

Plenitud de universalidad. En el cielo todo vive: vive el espíritu, vive el corazón, vive el cuerpo, viven los cinco sentidos, vive todo el hombre, viven las criaturas.

Vive el espíritu. Como el ojo se ha hecho para ver, el espíritu se ha hecho para conocer: el conocer es su vida. ¿No ves cómo el hombre, por satisfacer esta necesidad perenne de su espíritu, pasa los mejores años de su infancia y juventud en aprender un arte, un oficio o una ciencia? Y más adelante, ¿no le ves rompiéndose los cascos a trueque de perfeccionarse en su profesión, y otras veces emprendiendo largos viajes, cruzando los mares, trepando a las montañas, bajando a las entrañas de la tierra, gastándose antes de tiempo con trabajos o vigilias prolongadas?

¿Y para qué todo esto? Para aumentar la vida de su espíritu con la posesión de alguna nueva verdad, y para reputarse luego dichoso cuando ha logrado entrever, a través de espesos velos, cualquier secreto del mundo físico o del moral.

Sin embargo, ¿qué son todas las verdades que aquí bajo podemos descubrir? Son vestigios del Criador, dice el Príncipe de la Teología: *Vestigia Creatoris*. En la tierra de los vivientes, el espíritu, hecho deiforme, verá sin trabajo, con una simple mirada, no ya algunos rayos de verdad, sino toda la verdad; la verá en lo pasado, en lo presente y en lo porvenir, en el mundo físico y en el moral, cuanto lo necesite para ser feliz; la verá, no como en un espejo, o a través de un velo, sino realmente, cara a cara. Verá, no los vestigios del Creador, sino al Creador mismo, a Dios en persona, y en Dios todas las obras de Dios.

En el orden material veremos las razones íntimas de haber sido creado el mundo; conoceremos la causa de todas esas revoluciones del globo, que asombran y confunden a la ciencia; por qué han desaparecido las especies gigantescas de los reinos animal y vegetal, cuyos restos prodigiosos atestiguan la magnificencia del mundo primitivo.

Conoceremos, no solamente la naturaleza

íntima de los seres materiales, desde el infusorio hasta el elefante, desde el águila que se cierne en las alturas del cielo hasta los monstruos marinos que se ocultan en lo profundo de los mares; sino también la armonía maravillosa que los une en la cadena de los seres, el lugar que cada uno ocupa en el plan de la creación, y las funciones que le están providencialmente señaladas.

Sin necesidad de telescopio gozaremos viendo con toda claridad el firmamento y sus maravillas innumerables. El más humilde entre todos los Santos, más sabio que todos los astrónomos, conocerá, sin estudiar, el número de los astros, su naturaleza, su volumen, las leyes que presiden a sus movimientos y su razón de ser. Estos son, y otros muchos, los secretos del mundo material, que entendiéndolos perfectamente, quedará el espíritu deliciosamente extasiado.

No menos completo, pero más arrebatador, será el conocimiento del mundo moral. Tan deslumbradora es la belleza del ángel, que nuestros ojos no podrían sufrir su brillo, como no pueden fijarse en el disco del sol. Pues con los ojos del espíritu, harto más penetrantes que los del cuerpo, veremos, no un ángel, sino a todos los ángeles y todas las perfecciones de su naturaleza: inmenso y lúcido ejército, cuya magni-

ficencia y admirable orden no pueden compararse a nada de lo que existe sobre la tierra.

Detrás del ángel, la criatura más hermosa es el alma humana. Es la más hermosa, porque, igualmente que el ángel, ha sido hecha a imagen de Dios. Si la belleza del cuerpo, sombra grosera de la verdadera belleza, mueve al corazón más frío, lo apasiona y hace enloquecer, ¿cuál no será el imperio que ejerza la belleza del alma? Pues en la tierra de los vivientes se verán todas las almas que desde el principio del mundo se hayan hecho semejantes a Dios, realizando en sí mismas sus admirables perfecciones.

Las verás, no sólo por fuera, sino que siendo como transparentes, nuestro espíritu las penetrará como el rayo solar penetra el cristal. ¡Qué inefable delicia, ver interiormente el alma de nuestro Señor Jesucristo, el alma de la Santísima Virgen, el alma de Abraham y de los Patriarcas, el alma de los Apóstoles y los mártires, el alma de los grandes solitarios y de las vírgenes, y tantas otras almas, cuyas virtudes heroicas brillarán como otros tantos diamantes en la corona de una reina!

¿Y qué te diré, mi querido amigo, de las vicisitudes del tiempo que el espíritu deificado tendrá siempre presentes y conocerá sus causas y sus efectos? Contínuamente absorto le tendrá

la visión íntima de tantos misterios, cuya profundidad hace ahora inclinar las frentes mejor formadas. Verá la caída de Luzbel y sus causas, la caída de Adán y sus causas, el triunfo momentáneo de los malos y sus razones, las humillaciones y sufrimientos del justo y sus razones.

Sabrá entonces por qué entre tantas naciones escogió Dios por pueblo suyo a los descendientes de Abraham, por más que previó sus continuas rebeldías y sus persecuciones contra los Profetas, y su odio homicida contra su divino Hijo, bajado del cielo para salvarlos. Iniciado en todos los secretos divinos, admirará los medios, hoy desconocidos, por los cuales el Padre de todos los hombres ha procurado en todos los tiempos y lugares al pagano, al bárbaro y al salvaje las luces suficientes para conocer la verdad, las fuerzas necesarias para abrazarla y llegar a la vida de la eternidad. Maravillado de conocer los designios misteriosos de la Providencia, dirá: Señor, vos habéis hecho bien todas las cosas.

¿Qué más añadiré? Tranquilo espectador, el espíritu verá correr por delante de sí el río impetuoso que regocija a la ciudad de Dios[1]. Este

1. Salmo XLV.

río, cuyo manantial está en el paraíso terrenal, cuyo cauce es tan ancho como el mundo, cuyo curso es tan rápido como el torrente que se precipita de la montaña y que desemboca en el gran mar de la eternidad, no significa sino la vida de las naciones y las naciones mismas.

A un golpe de vista el habitante feliz de la tierra de los vivientes abarcará toda la historia del linaje humano en su conjunto y en sus detalles. Tendrá a la vista la elevación y la caída de los imperios, y conocerá sus causas. Verá cómo todas las monarquías del antiguo y del nuevo mundo, a sabiendas o sin saberlo, de buen grado o a pesar suyo, habrán contribuido al establecimiento o conservación del inmortal reino del Redentor. Tal será su éxtasis en vista de tantas verdades, que se moriría de admiración si no estuviera revestido de fuerza sobrehumana.

Una sola palabra te explicará todo lo que pienso. En la tierra de los vivientes todo será luz: luz intelectual y luz física, luz inmensa, luz sin sombra, luz sin intermitencias, luz mil veces más brillante que la del sol y de todos los astros reunidos. El foco de esta luz será el mismo Dios, y nuestro Señor Jesucristo será el potente reflector que la echará a torrentes en toda la extensión de la ciudad bienaventurada.

De manera que en la tierra de los vivientes

habrá plenitud de vida para el espíritu, plenitud instantánea y siempre nueva; pues en este Océano sin fondo y sin orillas de luz y de verdad, el espíritu descubrirá siempre nuevas luces y nuevas verdades, sin que pueda nunca llegar a ver la última: *De claritate in claritatem.*

Y nosotros, que desde la infancia hasta la vejez luchamos con tanto trabajo y tan escaso resultado contra las tinieblas de la ignorancia y del error, ¿no desearemos ir al país de la luz, y seguiremos llorando a los que van delante?

En la carta siguiente hablaremos de la vida del corazón.

Tu afectísimo...

CARTA DÉCIMANOVENA

SUMARIO: En la tierra de los vivientes el corazón vive. — Vida del corazón: amar y ser amado. — Lo que amará el corazón y quién le amará. — Dios. — La Santísima Virgen, los Ángeles, los Santos, nuestros parientes y amigos. — Poder y delicias de este amor. — En la tierra de los vivientes el cuerpo vive. — Cualidades del cuerpo glorioso: impasibilidad, sutileza, agilidad, claridad. — Explicación de las dos primeras cualidades. — Felicidad que de ellas resultará.

QUERIDO AMIGO:

En la tierra de los vivientes el corazón, igual que el espíritu, vive con la plenitud de la vida. Para el corazón vivir es amar y ser amado. Amar lo verdadero, lo bello, lo bueno, a Dios, y todo lo que es digno de Dios; amarle como debe ser amado; amarle y ser amado de Él, sin temor de que se disminuya este amor recíproco: tal es la vida del corazón.

¿Quién será capaz de explicar lo que el hombre hace para satisfacer esta necesidad imperiosa de su ser? Vigilias, sacrificios, trabajos, peligros, privaciones, la vida misma no le parece mucho. ¿Qué digo? Todo le parece dulce a trueque de que le amen. Ofrece su amor a cuanto se le pone delante: al oro, la plata, a sus semejantes, a los mismos animales; y se tiene por dichoso cuando ve que se lo aceptan y que se le devuelve corazón por corazón.

Tan luego como se hayan pisado los umbrales de la ciudad feliz, el corazón se encuentra delante de la verdad viva, de la belleza viva, de la bondad viva, manantial inagotable de toda verdad, de toda belleza y de toda bondad. Al punto se realiza un misterio de placer inefable: el corazón del hombre se pierde en el corazón de Dios, y el corazón de Dios se derrama en el corazón del hombre. Los dos obedecen a esa atracción misteriosa que constituye el encanto de la amistad, y que, aún acá abajo, tiene el poder sobre algunos corazones, que parece que hacen esfuerzos por romper su prisión y saltar para unirse el uno al otro.

En el cielo, esa simpatía será aún mayor y más deleitable. Llegará, digamos así, hasta transformarnos en Dios; de manera que seremos, según la expresión de San Juan, *consumados en*

Él, semejantes a Él[1]. Consumados en el Padre, que es el poder infinito; consumados en el Hijo, que es la sabiduría infinita; consumados en el Espíritu Santo, que es el amor infinito. ¿Concibes tú una dicha, una vida semejante?

No solamente amaremos a Dios y seremos de Él amados, sino que amaremos todo lo que es amable después de Dios, y seremos igualmente amados. Amaremos a la más hermosa, la más dulce, la más amable de todas las criaturas, María, nuestra Madre y nuestra hermana, y ella nos amará con un amor más tierno que el de todas las madres.

Amaremos a los ángeles, los arcángeles y a todos los espíritus bienaventurados, criaturas de maravillosa perfección; y ellos nos amarán con un amor superior a todos los amores, excepto el de la Santísima Virgen.

Amaremos a todos los Santos, Patriarcas, Profetas, Apóstoles, mártires, a todos esos héroes y heroínas de la fe, adornados de todas las gracias y buenas cualidades que pueden cautivar el corazón.

Entre ellos amaremos a nuestros parientes, nuestro padre, nuestra madre, nuestros hermanos, hermanas, amigos, que los reconoceremos

1. Joann., XVII, 23.

a todos; y ellos nos amarán con un amor, del cual la ternura con que aquí abajo nos amaron, no podrá dar la más ligera idea.

Las delicias que resultarán de este amor mutuo alcanzarán una dulzura y una fuerza incalculables.

En este Océano de amor se producirá como un flujo y reflujo, que llevará incesantemente el amor de todos al corazón de cada uno, y el amor de cada uno al corazón de todos. Así, el corazón vivirá con vida elevada a la más alta potencia, vida con todos los goces que la dan valor, con la plena seguridad que constituye el encanto del gozar, y en cuya comparación todas las más felices vidas de acá no son sino misérrima muerte.

La vida del cuerpo no será menos perfecta en su género que la del alma. Para el cuerpo, vivir es obrar a su placer, plenamente, sin obstáculos ni cansancio: tal será, y mucho mejor, la vida del cuerpo en la tierra de los vivientes. Como compañero del alma en el trabajo, e instrumento de sus buenas obras, participará de la recompensa. Reformado según el modelo del cuerpo del segundo Adán, tendrá su admirable perfección. Deja que te hable, querido amigo, de una dicha, tanto mayor, cuanto más ardientemente nosotros la deseamos y menos la conocemos.

Sabes, como yo, y todos los hombres saben como nosotros, que en cuanto al cuerpo no somos más que ruinas. Los padres de nuestra raza, Adán y Eva, eran las criaturas más magníficas del mundo visible. Nosotros estábamos destinados a parecernos a ellos, a ser tan hermosos y magníficos como ellos eran. Cayeron: y nosotros llevamos en nuestro cuerpo, igual que en nuestra alma, las señales del rayo que los hirió, e hiriéndoles los desfiguró. No es sólo eso: la poca vida corporal que nos ha quedado, la vamos perdiendo sin cesar por todos los poros: *Quotidie morimur.*

Pero en la tierra de los vivientes todo será vida: nada ya de muerte, ni total ni parcial; nada de sufrimientos, nada de debilidad, nada de pérdidas, nada de influencias exteriores contrarias al pleno gozar. No hay allí noche, ni tempestades, ni nieves, ni lluvias, ni vientos molestos. Nuestro cuerpo, poseyendo toda su integridad, será dotado de cuatro cualidades, que le proporcionarán, por siempre jamás, la plenitud de la vida: la *impasibilidad,* la *sutileza,* la *agilidad* y la *claridad.*

Esto es de fe. »Esperamos del cielo, dice San Pablo, al Salvador nuestro Señor Jesucristo, que reformará nuestro miserable cuerpo según el modelo de su cuerpo glorioso»[1]. Ahora bien; es

1. Ad Philip., III, 20.

de fe, que después de la resurrección el cuerpo de nuestro Señor era *impasible,* mas no insensible; *sutil,* pero palpable; *ágil y luminoso,* visible e invisible, según su voluntad. Además, nuestro Señor hablaba, comía y hacia uso de todos sus sentidos[1].

Impasibilidad. Tal será, pues, mi querido amigo, la primera cualidad de nuestro cuerpo gloriosamente resucitado. Despojado, durante su estancia en el sepulcro, de todas las imperfecciones y enfermedades, tristes efectos del pecado; vuelto a la vida en la edad del vigor y la hermosura, nuestro cuerpo gozará de eterno placer e inalterable salud.

Pobres enfermos, que compraríais a peso de oro la salud que os falta; mundanos y mundanas, que tan apasionadamente anhelais la hermosura, hasta el punto de que las deformidades corporales os son a veces tan insoportables como la muerte; que tenéis delirio por la hermosura, y para consolaros gustáis de atribuiros algún reflejo de ella; vosotros, en fin, que pasáis tantos cuidados por conservar esa sombra de belleza, y por repararla y por suspender, si posible fuera, los deterioros que produce el

1. Véase Corn, a Lapide, in Luc, XXIX, 39; in 1 Cor., XV, 49.

tiempo... haceos dignos de habitar un dia en la tierra de los vivientes, y con esto tenéis *seguridad* de gozar eternamente de perfecta salud, y de poseer una hermosura superior a todas las hermosuras visibles.

He dicho *seguridad,* porque a más de la prometida semejanza de nuestro cuerpo con el nuevo Adán, la impasibilidad será efecto necesario de la glorificación. En las cosas corruptibles, el principio vital no domina a la materia tan perfectamente que pueda preservarla de todo ataque contrario a su voluntad. Pero después de la resurrección, el alma de los Santos será completamente señora del cuerpo.

Este señorío será inmutable, por cuanto el alma estará inmutablemente bajo el señorío de Dios. Será perfecto, porque el alma misma será perfecta, y, por consiguiente, dotada del poder y voluntad de impedir todo lo que pueda perjudicar al cuerpo. Además, en el cielo la felicidad del hombre ha de ser completa, y no lo sería si el cuerpo permaneciera sujeto al sufrimiento o a cualquier deformidad.

Por lo demás, mi querido amigo, me apresuro a consignar que la impasibilidad no destruirá la sensibilidad. Sin perjuicio de conservar en su integridad la naturaleza de los cuerpos, el poder divino puede quitarles ciertas cua-

lidades. Así, en el horno de Babilonia quitó al fuego la virtud de quemar ciertas cosas, toda vez que los cuerpos de los tres jóvenes hebreos permanecieron intactos; pero le dejó la de quemar otras cosas, y de hecho la leña se quemó.

Lo mismo sucederá con los cuerpos gloriosos. Dios les quitará la pasibilidad y les conservará la sensibilidad. Y si los cuerpos gloriosos no fueran sensibles, la vida de los Santos, después de la resurrección, ni sería la vida en su plenitud, ni aún la vida ordinaria, ni siquiera el sueño, que es la vida a medias, sino que seria una especie de adormecimiento, incompatible con la felicidad completa[1].

Sutil. El cuerpo, antes animal, resucitará glorioso; por consiguiente, sutil. Todos saben que la sutileza es una de las principales cualidades de los espíritus, y que la de los seres espirituales aventaja infinitamente a la de los corporales. Los cuerpos gloriosos, siendo espirituales, serán, pues, muy sutiles. La sutileza de un cuerpo consiste en poder penetrar a través de otro, poco más o menos, como el rayo luminoso penetra el cristal sin descomponerlo ni alterarlo. De ese modo, el nuevo Adán, después de su re-

1. S. Thom., *Sup.*, I, p. 82, art. II.

surrección, entró, estando cerradas las puertas, en la habitación donde los discípulos se encontraban reunidos[1].

Dos causas naturales hacen eso posible: lo tenue del cuerpo que penetra, y la existencia de poros o espacios vacíos entre las partes del cuerpo penetrado. Pero el verdadero principio de la sutileza de los cuerpos gloriosos será su perfecta dependencia del alma glorificada. El primer efecto de esta sumisión será hacer, dentro de los límites de lo posible, que el cuerpo participe de la naturaleza del alma, y, por consiguiente, de las operaciones de la misma. De modo que no habrá obstáculo para las más íntimas comunicaciones de los Santos entre sí y con todas las partes de la tierra de los vivientes[2].

No obstante, los cuerpos gloriosos permanecerán palpables. Reformados, como la fe nos enseña, según el modelo del cuerpo del Verbo resucitado, tendrán sus mismas cualidades. Mas el cuerpo del Verbo resucitado era palpable. «Palpad y ved, decía el buen Maestro a sus discípulos asombrados, palpad y ved: el espíritu no tiene carne y huesos, como veis que yo los ten-

1. Joann., XX, 26.

2. S. Thom., ib., q. 83, art. I.— Eso que se llama *la ciencia* no puede oponer a la sutileza de los cuerpos ninguna objeción sólida, supuesto que ni siquiera sabe lo que es la materia.

go»[1]. Es, además, un artículo de fe, sancionado por la Iglesia en la condenación de Eutiques, Patriarca de Constantinopla, el cual sostenía la impalpabilidad de los cuerpos gloriosos.

Verse descargado, y descargado para siempre, del pesado fardo de la materia; ser joven, y eternamente joven; ser bellos con encantadora belleza, y esto por siempre jamás: tales son las dos primeras cualidades reservadas al cuerpo del hombre en la tierra de los vivientes. Las otras para la carta siguiente.

Tu afectísimo...

2. Luc., XXIV, 39.

CARTA VIGÉSIMA

SUMARIO: Tercera cualidad de los cuerpos gloriosos: la agilidad. En qué consiste. — Dicha que proporciona. — El mundo actual la desea con ardor. — Cuarta cualidad de los cuerpos gloriosos: la claridad. — Pruebas de la claridad de los cuerpos gloriosos. — ¿De dónde provendrá? — Glorificación o vida de todas las criaturas. — Pasaje de San Pablo. — Enseñanzas de Santo Tomás, San Jerónimo, San Agustín y otros Padres. — Luz e incorruptibilidad de las criaturas.

QUERIDO AMIGO:

Cuando el labrador escoge el trigo para sembrar, puede decirse a sí mismo con cierta tristeza: Dentro de poco, estos hermosos granos echados en la tierra se van a deshacer y podrir. Pero la fe que le inspira, pues el sembrar es un acto de fe, le dicta esta respuesta: Dentro de poco, estos granos volverán a aparecer transformados en doradas espigas, que serán mi alegría y mi riqueza. Y siembra con confianza.

Nosotros, querido amigo, somos el trigo de

Dios: *Frumentum Christi sum.* Cuando yo miro mi cuerpo, mis pies y mis manos, me digo tristemente: Mañana, estos miembros, envueltos en tierra, serán pasto de gusanos, objeto de horror, aún para mis parientes más cercanos y más íntimos. Mas yo añado con indecible alegría: Pasado mañana, estos miembros, transformados, serán hermosos con eterna y encantadora hermosura. De este pensamiento nace el deseo de habitar en la tierra de los vivientes. Este deseo, que tú también tienes, se hará más vivo cuando conozcas las demás cualidades de los cuerpos gloriosos.

La agilidad. En los cuerpos gloriosos la agilidad es consecuencia necesaria de la espiritualidad. El alma está unida al cuerpo, no solamente como principio vital, sino como principio motor. Bajo uno y otro aspecto el cuerpo glorificado le estará perfectamente sometido. El alma, como principio vital, le comunicará una cualidad especial: la sutileza; y como principio motor, la extrema facilidad de moverse, que se llama agilidad[1]. En lugar de serle un peso, el cuerpo será para el alma lo que son para el pájaro las alas.

1. S. Thom., *Sup.*, q. 83, art. VIII.

Poder trasladarse sin trabajo alguno, y en un instante imperceptible, de un lugar a otro, diste lo que distare, y regresar con igual prontitud al punto de partida, será deliciosa prerrogativa de los cuerpos gloriosos[1].

He dicho *deliciosa,* porque entre todas las cualidades de los cuerpos la agilidad es la que el mundo actual, obedeciendo a yo no sé qué instinto misterioso, parece buscar con mayor ardor. No quiere distancias; el peso de la materia lo aburre; a toda costa quiere verse libre de ella: pone en prensa el ingenio, y mil prodigios, a cual más sorprendentes, vienen a coronar sus esfuerzos.

El vapor le presta su fuerza incalculable, la electricidad su maravillosa rapidez, las montañas se aplanan delante de él, o bien abren sus costados para darle paso, y en unas pocas horas recorre espacios inmensos. Aspira a dar vuelta al mundo con la rapidez del pensamiento; y los

1. En el cielo, dice el Señor que seremos semejantes a los ángeles. Mas el ángel, añade Santo Tomás, puede trasladarse de extremo a extremo del mundo *sine intervallo temporis intermedio.* Aquí abajo lo hace ya nuestra alma con el pensamiento. En un abrir y cerrar de ojos va de París a Constantinopla, y en otro vuelve. Si no va realmente, es porque el cuerpo se lo impide; obstáculo que desaparecerá en el cielo, donde el cuerpo será espiritual: *corpus spiritale.*

resultados que ha obtenido, y los que acaricia en su mente, le proporcionan increíbles goces. Y todo eso no son más que débiles imágenes de la rapidez con que el alma, libre de todo estorbo, nos transportará de cabo a cabo en la tierra de los vivientes.

Lejos, pues, de ti, querido amigo, el pensamiento de que estaremos en el cielo como estatuas en sus nichos. Nada hay tan ágil como el espíritu: Dios es espíritu eminentemente. Unidos a Dios de la manera más íntima, participaremos de todos sus atributos. Así, el movimiento y la agilidad que conocemos en el mundo, apenas son una sombra de la agilidad y el movimiento que reinarán en la ciudad bienaventurada, donde Dios será todo en todos[1].

La claridad. Depositado innoble el cuerpo, resucitará glorioso, es decir, *luminoso.* Este sentido da el Apóstol a la palabra *glorioso,* supuesto que compara la gloria de los cuerpos a la claridad de las estrellas[2]. Dios, que es la luz increada y la fuente de toda luz, aún de la material, iluminará (esto es poco), hará luminoso todo lo que le está íntimamente unido.

«En la renovación universal, dice Santo To-

1. S. Thom., *Sup.,* q. 83, arts. II y III.
2. 1 Cor., XV, 40.

más, todos los seres serán engrandecidos. Los espíritus inferiores, las almas, adquirirán las propiedades de los espíritus superiores, que son los ángeles. Así lo enseña el mismo Evangelio. *Los hombres,* dice, *serán semejantes a los ángeles.*

»Por igual razón, los cuerpos inferiores adquirirán las propiedades de los cuerpos superiores; y como no pueden tomar de éstos más que la claridad, se sigue necesariamente que serán luminosos. De esta manera todos los elementos serán como revestidos de un manto de luz, no por igual, sino cada cual según su naturaleza»[1].

Esta luz no quitará a los cuerpos su propio color, y de esto tenemos la prueba a la vista. El cristal, por ejemplo, conserva diferentes colores, aunque penetrado íntimamente de la luz. Más todavía: hay en la naturaleza cuerpos opacos, que son luminosos, como la luna, la luciérnaga y otros varios.

Sobre lo cual, un ilustre doctor de la Iglesia hace esta reflexión: «Brillarán los justos como los astros del firmamento. Previendo el Señor la incredulidad de los hombres respecto de este milagro, dio un cuerpo luminoso a algunos

1. *Sup.*, q. 91, art. IV.

gusanillos, para que el espectáculo de lo que vemos nos haga creer lo que esperamos. Con efecto, el que pudo dar el rayo, podrá dar el foco; y el que hace luminoso a un insecto, podrá con más razón dar esta cualidad al hombre justo, a quien tanto ama».

Añadamos que la luz de los cuerpos gloriosos les provendrá de la superabundante que tiene el alma glorificada. Señora absoluta del cuerpo, al que estará unida con la más íntima unión, la penetrará de parte a parte, y la envolverá completamente con su luz. Esta atmósfera luminosa será tanto más brillante cuanto el alma sea más santa, esto es, más próxima a Dios, luz infinita. De este modo, por la claridad del cuerpo se formará juicio de la gloria del alma, como a través del cristal se conoce el color del líquido contenido en el vaso[1].

Impasible, ágil, sutil, luminoso, ha de ser, no por espacio de un dia o de algunos años, que pasan rápidamente, sino por toda la eternidad, el cuerpo de los elegidos, el tuyo, el mio, si tenemos la dicha de contarnos en este número. ¡Oh hombres! ¡Amáis tanto vuestro cuerpo, y no anheláis el cielo!

1. S. Tom., *Sup.*, 1. 85, art. I.

De la glorificación del hombre en su alma y en su cuerpo resultará, como consecuencia necesaria, la glorificación de todos los elementos. La naturaleza física sigue la condición del hombre, que es su señor; fue magnífica mientras el hombre fue inocente; se degradó cuando el hombre se hizo culpable, y recobrará todo el esplendor de la hermosura cuando el hombre sea glorificado.

El cielo será la plena y eterna realización de este voto, que en nombre de toda la creación expresó San Pablo. «Toda criatura, dice el grande Apóstol, espera con impaciencia la manifestación de los hijos de Dios. Pues la creación está sometida a usos vanos, no voluntariamente, sino por voluntad de Aquél que así lo dispuso dándola esperanza de restaurarla; pues restaurada será de la servidumbre de la corrupción a la libertad gloriosa de los hijos de Dios. Sabemos que todas las criaturas gimen al presente cual si tuvieran dolores de parto. Y no sólo ellas, mas también nosotros, que tenemos las primicias del espíritu... y esperamos la adopción de hijos de Dios y la redención de nuestro cuerpo»[1].

¿Qué significan, amigo mio, esos sufrimien-

1. Rom. VIII, 19-23.

tos, esos suspiros, esas lágrimas de toda la naturaleza? Significan que para las criaturas materiales, igual que para el hombre, la creación no ha llegado a su fin. Significan que la vida presente, si no hubiera otra, seria una amarga ironía. Significan que la creación entera aspira, no a su destrucción, sino a su renovación, y que a su modo dirige a Dios, lo mismo que el hombre, esta petición del *Padre Nuestro: Venga a nos el tu reino.*

Todo ser, dice Santo Tomás, repugna invenciblemente su destrucción. Por tanto, cuando las criaturas desean ardientemente el fin de este mundo, no desean su aniquilamiento, sino su libertad y renovación. De aquí infieren lógicamente los doctores que las criaturas no serán destruidas, sino purificadas por el fuego del fin del mundo, al modo que el oro no se destruye al pasar por el crisol, sino que se purifica y abrillanta.

El razonamiento de los Padres y los teólogos se funda en las más sólidas razones, y tiene además en su apoyo la Escritura, la cual en ninguna parte deja entender que Dios haya de aniquilar ninguna de sus obras. Dice, por el contrario, que todas, sin excepción, subsistirán *perpetuamente, eternamente, por los siglos de los siglos; que es una ley, y que esta ley no será jamás anulada ni violada.*

Hablando en especial del destino reservado a los cielos y a la tierra en el día postrero, se expresa de este modo: «He aquí he creado nuevos cielos y nueva tierra... Y vi el cielo nuevo y la nueva tierra». Sobre lo cual San Jerónimo hace esta observación: «La Escritura no dice *otros* cielos, *otra* tierra, sino *nuevos* cielos y *nueva* tierra, para significar el mejoramiento de los antiguos».

San Agustín es todavía más explícito. «El fuego que abrasará al mundo el último día, dice el gran doctor, cambiará las cualidades de los elementos corruptibles; y lo que era conveniente a nuestros cuerpos, sujetos a corrupción, será reemplazado por otras cualidades, que les corresponderán trocados que sean en incorruptibles; de modo que el mundo, así renovado, se encontrará en armonía con la naturaleza de los cuerpos resucitados.. Por mudanza pasará este mundo, mas no perecerá totalmente. Pasará la figura, no la naturaleza»[1].

Lo mismo nos enseñan San Gregorio, San Epifanio, Proclo, Metodio, Ecumenio y Santo Tomás. «Cuando la Escritura, dice el primero, habla de nuevos cielos y nueva tierra, no quiere decir que Dios los creará nuevos, sino que

1. De *civit. Dei,* lib. XX, caps. XVI y XIX.

renovará los antiguos». Y el último: «Al modo que nosotros hacemos pasar por el fuego los metales sin ánimo de destruirlos, así Dios abrasará el mundo, mas no lo destruirá»[1].

La glorificación futura de toda la naturaleza es cierta; mas tú me preguntas en qué ha de consistir. Permíteme que te responda por la boca de uno de nuestros ilustres maestros: «La creación sufre cruelmente, dice San Crisóstomo, y espera con impaciencia los bienes que nos han sido prometidos... Por ti la naturaleza se hizo corruptible; mas no la hiciste perjuicio, pues por ti se hará de nuevo incorruptible. Será libertada, y participará de la hermosura de tu cuerpo.

»Al modo que hecho tú corruptible, también ella se corrompió; así, cuando te hayas tornado incorruptible, ella igualmente lo será. Como la nodriza de regio infante, cuando éste sube al trono, participa ella de su gloria y de su dicha, así pasará con la naturaleza»[2].

La glorificación, pues, de la naturaleza consistirá en participar de la gloria del hombre y de su incorruptibilidad. En la tierra de los vivientes el cuerpo del hombre será luminoso, y la naturaleza será también luminosa. En efecto,

1. In II Petri, III.
2. In Epist. ad Rom., Homil. XIV, n. 4.

los elementos del cuerpo del hombre serán luminosos; y como son tomados de los tres reinos de la naturaleza, el mineral, el vegetal y el animal, la condición del todo, a no incurrir en una anomalía que repugna, seguirá la condición de las partes, y toda la creación material se tornará luminosa. Así discurre Santo Tomás[1].

Además, el mismo Dios nos ha revelado que la luna será como la luz del sol, y que la luz del sol será siete veces mayor que ahora. Todo el firmamento será renovado como el sol y la luna, que son ahora su más noble porción; y eso no puede ser sino adquiriendo mayor claridad, que es en lo que consiste principalmente su belleza. La misma tierra y los demás elementos materiales participan de la claridad del cielo. He aquí la razón.

«Así como existe un orden jerárquico, continúa Santo Tomás, entre los espíritus superiores y los inferiores, lo hay también entre los cuerpos celestes y los terrestres. Mas en la renovación universal las almas humanas adquirirán las propiedades de los ángeles. Por la misma razón los cuerpos superiores. Y como no pueden tomar de ellos más que la claridad, síguese necesariamente que serán luminosos.

1. *Suppl.*, q. 91, art. IV.

»Además, la renovación del mundo tendrá por fin el poner al hombre en estado de descubrir por medio de los sentidos en las criaturas corporales, los indicios manifiestos de la divinidad; y de todos nuestros sentidos, el más sutil y penetrante es la vista. Por consiguiente, cuanto a las cualidades *visivas,* cuyo principio es la luz, los cuerpos inferiores tienen que mejorar de condición. De donde resulta que todos los elementos serán revestidos como de un manto de luz, no de igual brillo para todos, sino conforme a la naturaleza de cada cuerpo. Y así se dice que la tierra hasta cierta profundidad será transparente como el vidrio, el agua como el cristal, el aire como el cielo, el fuego como las antorchas del firmamento»[1].

De esta gloria indecible participarán las plantas, los árboles y todos los seres conservados por la sabiduría infinita para dicha del hombre. «Por esto, dice un sabio comentador, el río del Paraíso, los árboles y los frutos de que se habla en la Escritura pueden tomarse a la letra. ¿Y por qué no? Si en el Paraíso terrenal gozó Adán de todos estos bienes, con más razón los bienaventurados podrán tenerlos en el Paraíso celestial,

1. *Suppl.,* q. 91, art. IV.

pues primero no fue más que una muestra e imagen del segundo»[1].

A estos razonamientos se agrega un hecho, cuya autenticidad no ha sido nunca desmentida. El año 304, en lo más recio de la persecución de Diocleciano, una virgen cristiana, llamada Dorotea, fue llevada al tribunal de Sapricio, gobernador de Cesárea, de Capadocia. Era el 6 de Enero: hacía mucho frío y la tierra estaba cubierta de nieve.

Habiéndose negado a ofrecer incienso a los ídolos, la esposa del Señor fue puesta en el caballete. Tranquila en medio de los tormentos, dijo al juez: «Date prisa de hacer lo que deseas, para que los suplicios sean el camino que me lleva a mi Esposo. Yo le amo, y a ti no te temo: antes deseo los tormentos; mi Esposo me llama. Por medio de estos sufrimientos, cortos y ligeros, vamos al paraíso de las delicias, donde hay manzanas de maravillosa hermosura, rosas, azucenas y flores innumerables que nunca se marchitan, fuentes de agua viva que jamás se agotan, de todo lo cual gozan felizmente los Santos, llenos de alegría en Cristo».

Al oír esto, el asesor del juez, un literato, un

1. Cornel. a Lap., *in Apoc.*, XXII, 2.

Renan de entonces, llamado Teófilo, se dirige a la Santa y la dice en son de burla: «Envíame algunas de esas manzanas del jardín de tu esposo cuando llegues allá». —«Lo haré», respondió la joven mártir. (No olvides, amigo mío, que era lo más crudo del invierno). El verdugo se apodera de la víctima y al corta la cabeza.

Teófilo se había retirado a su casa, y complaciéndose en su chiste lo contaba a sus amigos, riéndose todos a carcajadas de los estúpidos cristianos.

De repente, se le aparece un niño de sorprendente hermosura, que en los pliegues de su vestido llevaba tres magníficas manzanas y tres rosas incomparablemente hermosas y frescas. «Aquí tienes, le dijo a Teófilo, lo que la santa virgen Dorotea ha prometido enviarte del Paraíso de su Esposo».

Teófilo, estupefacto, recibe en sus manos las rosas y las manzanas, y exclama: «¡Verdaderamente Cristo es Dios, y Dios que no engaña!».

Con hacer esta profesión de fe, pronunció Teófilo su sentencia de muerte. Denunciado como cristiano, es aprisionado, y conducido al suplicio, se trueca en el mártir San Teófilo. Y como nunca un hombre se ha dejado cortar la cabeza por una apariencia simbólica, resulta que

aquellas manzanas y rosas eran realmente rosas y manzanas[1].

¿Cómo gozaremos de los nuevos cielos y la nueva tierra? Éste será el asunto de mis dos últimas cartas.

Tu afectísimo...

1. Véase a Baronio, año 304, n. 69.

CARTA VIGÉSIMAPRIMERA

SUMARIO: El hombre en el cielo, en cuerpo y alma. — Satisfacción general de todo su ser. — Goces particulares de cada sentido. — Placer de la vista. — Bellezas de la tierra de los vivientes. — Idem de sus habitantes. — Nuestro Señor. — La Santísima Virgen. — Los ángeles. — Los Santos. — La naturaleza. Autoridades de Padres y doctores.

QUERIDO AMIGO:

Debo responder a la pregunta con que di fin a mi anterior carta. Mas ¿cómo decir los goces que están reservados al hombre en la tierra de los vivientes? A juicio de San Pablo, que los había visto con sus ojos, son indescriptibles. Veamos, no obstante, si podemos tartamudear alguna cosa.

Te he hablado ya de los goces del alma; réstanos explicar los del cuerpo. En el cielo, nuestros cinco sentidos vivirán con la plenitud de la

vida; cada uno de ellos, por consiguiente, gozará de las satisfacciones que le son propias. Tú lo comprendes muy bien. Por una parte, después de la resurrección, el hombre estará en el cielo, no mutilado ni aminorado, sino íntegro y perfeccionado en todo su ser. Por otra, los sentidos, igual que el espíritu y el corazón, no estarán solamente en potencia, sino en acto; y la razón es, que una facultad en acto es más perfecta que no en potencia, y que, como todos los sentidos del cuerpo han sido instrumentos del alma, serán recompensados según los méritos de la misma.

Veamos ahora, querido amigo, si de nuestro estado actual podemos sacar alguna idea de esta incomprensible felicidad. Para cada uno de los sentidos experimenta el hombre deseos que acá abajo nada puede satisfacer, y así son para él un tormento. Menester sería escribir la historia del humano linaje, desde la primera página hasta la última, si se hubiera de referir lo que el hombre ha hecho por dar contento a sus sentidos.

¡Cuántas vidas consumidas, qué ríos de lágrimas derramadas, qué crímenes cometidos, qué montones de oro sacrificados a trueque de comprar el placer de la vista, del oído, del olfato, del gusto y del tacto! Pues este placer, que con nada se puede comprar ni vender en el mun-

do, lo tendremos en el cielo. Digo mal: el cielo es ese mismo placer, elevado a su perfección, sin mezcla de imperfección ni vicisitud.

Primeramente, *placer de la visa*. La tierra de los vivientes es la tierra de la hermosura y de la luz. Todo es en ella hermoso con hermosura perfecta. Todo es en ella lúcido, y con luz tal, que el ojo de sus felices moradores, si no estuviera dotado de inmensa potencia visiva, no podría, ni siquiera un instante, sostener su resplandor. Verá el ojo, no sólo sin cansancio, mas con indecible placer, esa bendita tierra de los vivientes, inundada de luz, y que el discípulo amado ha procurado dejarnos descrita en estos términos:

«El ángel me transportó a un monte grande y alto, y me mostró la ciudad santa de Jerusalén, que descendía del cielo, de la presencia de Dios. Y estaba iluminada de la claridad de Dios; y la luz de ella era semejante a una piedra preciosa de jaspe, a manera de cristal. Y tenía un muro grande y alto con doce puertas, y en las puertas doce ángeles... Y el material del muro era de piedra de jaspe; mas la ciudad era oro puro, semejante a un cristal limpio»[1].

¡Gran Apóstol, bendito seas! Al oírte contar

1. Apoc., XXI, 10,18.

eso, nace en el corazón un vivo deseo de habitar en esa ciudad venturosa. Sin embargo, las bellezas que describes son nada comparadas con la realidad. Solamente por acomodarse a nuestras menguadas inteligencias, el Dios que te inspira habla de oro y de piedras preciosas, porque aquí en el mundo no conocemos nada más brillante y hermoso.

He ahí, pues, al hijo de Dios, al heredero de su Padre, al coheredero de su hermano mayor, que es Jesús, llegando a las fronteras de la tierra de los vivientes. En un abrir de ojos la ve toda, y sabe que esta tierra es suya, y que será su morada por toda la eternidad, ¡Qué espectáculo y qué emociones! Si al ver la magnificencia de Salomón quedó tan sorprendida la reina de Saba, que perdió la respiración; en presencia de las deslumbradoras maravillas de la tierra de los vivientes, morada del verdadero Salomón, se moriría el justo instantáneamente si todo su ser, fortalecido por el divino poder, no estuviera en armonía con este inmenso peso de gloria.

En medio del Océano de luz y de hermosura que encanta sus miradas, aparece una hermosura superior a todas, y que le deja asombrado: es la santa humanidad de nuestro Señor Jesucristo. Delante de sí tiene al más hermoso entre

los hijos de los hombres, al tipo de la hermosura, según el cual fue modelado Adán, obra maestra de la creación visible, y nosotros hemos de ser reformados. Le verá y le verá SIEMPRE. Se aproximará a él, y se pondrá junto a su trono, y hablará con él familiarmente, como un hermano habla con su hermano.

Junto al nuevo Adán está la nueva Eva, cuya hermosura eclipsa a la hermosura de todas las vírgenes y las gracias de todas las mujeres que ha habido y habrá en el mundo. La verá, estará cerca de ella, y la hablará familiarmente, como un hijo habla con su madre.

Alrededor del rey y la reina de la espléndida ciudad, formados en hermoso orden, radiantes de luz, brillando con bellezas incomparables, están los coros evangélicos, afables y fraternalmente benévolos para él. Los verá, se juntará con ellos, y conversará familiarmente, como un amigo conversa con sus amigos. Para que la satisfacción de la vista sea completa, se cree, mi querido Federico, que los ángeles tomarán cuerpos aéreos, como lo han hecho muchas veces. Esta forma sensible, cuya maravillosa hermosura no se puede describir, permitirá a nuestros ojos gozar de los encantos incomprensibles de esas sublimes inteligencias, que son, después de María Santísima, las más bellas criaturas que

la omnipotencia del Criador ha sacado de la nada[1].

Con los ángeles, el Santo se verá a sí mismo en su propia carne. Pero ¡qué diferencia! No habrá ya en su cuerpo debilidad orgánica, ni deformidad alguna, ni enfermedades, ni belleza imperfecta, sino todas las gracias de la juventud, con toda la robustez de la edad madura. Reformado su cuerpo con arreglo al modelo del de Jesús, será tan bello y lúcido, que el mismo sol no le llevará ventaja en brillo y hermosura: ésta es la verdad.

Tú sabes que el cuerpo del Salvador le pareció un día a San Pablo más brillante que el sol de medio día. ¿Y no anunció el mismo Señor que *los justos brillarán como el sol en el reino de su Padre?*[2]. ¡Qué alegría cuando un elegido, que aquí fue un pastor o un pobre obrero, vea sus pies, sus manos y todos sus miembros tan brillantes que en ninguna parte necesite de luz artificial ni natural para alumbrarse!

Mas no sólo ha de tener la satisfacción de ver su cuerpo tan radiante de gloria; verá, igualmen-

1. Acaso con el mismo fin de que sea completa la dicha del hombre, el Padre y el Espíritu Santo se dignarán también, a lo menos alguna vez, mostrarse a sus amadísimos hijos bajo alguna forma sensible. (Véase a Corn. a Lapide *in Isai.*, XXXIV, 14).

2. Matt., XIII, 43.

te, el de todos los elegidos, inmensa reunión de reyes y reinas de todas las naciones, tribus y lenguas, que en oleaje ondulante llenan la extensión incalculable de la tierra de los vivientes.

Si, pues, al salir el sol llena de regocijo a toda la naturaleza, ¿qué júbilo no causará a cada uno de los bienaventurados la vista de todos esos soles vivientes? Entre todos ellos, querido amigo, distinguiremos a nuestros parientes y amigos, y a todos los que en el mundo habremos amado o les habremos auxiliado, o de quien habremos recibido auxilio para sobrellevar santamente la pesada carga de la vida. Sí, los veremos y estaremos con ellos para no separarnos jamás. Con ellos trataremos cordialmente; ¿y cuántas cosas no tendremos que referirnos unos a otros?

Fuera de eso, en esta tierra de los vivientes no habrá más que ángeles y Santos. Allí toda la naturaleza estará llena de vida, incorruptible y radiante de hermosura. Te lo he dicho, en conformidad con San Pablo y con los Santos Padres, y ahora te lo repito: la creación material no será aniquilada, sino perfeccionada[1]. Así, nada nos obliga a tomar en sentido figurado lo que la divina Escritura dice acerca de placeres

1. Medit., cap. XXV.

sensibles reservados a los bienaventurados. Por eso, los ríos del Paraíso, los árboles, flores y frutos de que se ha hablado, pueden tomarse a la letra.

Así lo enseñan expresamente los más sabios doctores. «En la tierra de los vivientes, dice San Agustín, las rosas, siempre en flor, hacen una primavera eterna. La blancura de la azucena y el carmín del azafrán esmaltan el verdor de los prados. El bálsamo derrama allí sus perfumes, y de árboles siempre floridos penden frutos incesantemente renovados, que siempre se comen, siempre se apetecen»[1].

Y añade San Anselmo: «La tierra que tuvo en su seno el cuerpo del Señor será toda como un paraíso. Y por haber sido regada con la sangre de los Santos, será eternamente adornada de flores olorosas, de rosas y violetas, que nunca se marchiten»[2].

A estas autoridades podría añadirse la de gran número de teólogos sapientísimos, los cuales afirman sin vacilar, que después del día del Juicio y de la purificación del mundo por el fuego, la tierra reaparecerá brillantemente adorna-

2. «Resurrexit in Christo mundus, resurrexit eo coelum, resurrexit in eo terra. Erit enim coelum novum et terra nova». (S. Amb., *Lib. de Resurre.*)

2. *In Elucid.*

da de flores y piedras preciosas, árboles, fuentes y otros adornos, para delicia de los Santos[1].

La vista, pues, quedará plenamente satisfecha en la tierra de los vivientes. Por el deseo que acá nos devora de ver las hermosuras criadas, forma juicio, amigo mío, del inmenso placer que nos causará la vista de tantas bellezas, por todo extremo sorprendentes.

¡Qué largos viajes, molestos y dispendiosos, no se emprenden para ver cualquier sitio pintoresco, alguna ciudad célebre, alguna montaña muy elevada, o cualquier maravilla del arte! ¡Cuánto dinero no se gasta en dar una fiesta pomposa, un espectáculo brillante, en que se procura a toda costa reunir cuanto pueda halagar a los sentidos! El cielo nos proporciona todo esto, y mil veces más que todo esto, ¡y nosotros no anhelamos el cielo!

Mas yo no quiero dejarte encerrado en este humillante *nosotros*; sólo las almas pequeñas tienen pequeños deseos. Hasta la otra.

Tu afectísimo...

1. Véase Corn. a Lap. in II Petr., III, 13.

CARTA VIGÉSIMASEGUNDA

SUMARIO: Placer del oído. — Voces y palabras que oiremos en el cielo. — Cantos. — El canto de los ángeles, de los Santos, de las virgenes. — Placer del olfato. — Del gusto. — Del tacto. — Son indecibles. — Resumen. — Conclusión.

QUERIDO AMIGO:

Detrás de la vista, el más noble de los sentidos es el oído. Por seguir, pues, el debido orden, debo hablarte ahora del *placer del oído*. El sonido de una voz dulce, los cantos armoniosos, los acordes de una buena música, tan pronto triste, como grave o alegre, cada una de cuyas notas conmueve una fibra del alma, han apasionado a todos los pueblos y los apasionan hoy día. ¿Podremos ver en este hecho universal una aspiración del género humano al cielo? Tentado me siento a creerlo así. Muéveme a ello la razón de que todos los deseos del hombre, durante su peregrinación, encuentran su complemento en la tierra de los vivientes, y sólo en ella.

Sea de esto lo que fuere, es indudable que los cuerpos de los Santos tendrán los órganos necesarios para oír y para hablar. Todos los Apóstoles, con gran número de discípulos, vieron al Salvador y hablaron con él después de la resurrección, y él respondía a las preguntas que le hacían. De modo que en el cielo oiremos la voz del Señor, la voz del Hijo mismo de Dios, la voz del que dijo: *Mis delicias son estar con los hijos de los hombres.*

¡Oír con nuestros oídos la voz de un Dios! ¡Qué inefable felicidad! ¡Y qué interés tan grande tendrá su palabra, cuando Aquél por quien todo ha sido hecho nos cuente la creación del mundo, y el modo cómo se llevó a cabo, y el fin por qué lo hizo; cuando nos descubra la causa y el fin de las revoluciones del globo, la armonía de los seres y las leyes admirables de su gobierno!

Oiremos la voz de la Santísima Virgen. ¡Oír la voz de la Santísima Virgen! Con sólo pensarlo, el corazón se derrite de gozo y el alma se transporta de alegría. Y con razón; que ni hay voz humana, ni música, ni armonía, ni melodía, que puedan dar idea del encanto de aquella voz, más que angélica.

¡Y cómo quedaremos suspendidos de la palabra de la Virgen cuando nos refiera, con los

más íntimos detalles, los misterios de la Encarnación y de la Santa Infancia; cuando nos describa el viaje de Nazareth a Belén, y la bendita gruta, y la adoración de los pastores, y la huida a Egipto, y cómo estuvieron allí, y el regreso a la Judea, y la vida de su divino Hijo en el taller de San José!

Oiremos la voz de todos los Santos y Santas de todos los países y de todos los siglos. Oiremos hablar a Adán y a Eva, nuestros primeros padres, y entonces sabrás lo que era la voz humana antes del pecado. ¡Con que interés los escucharemos contar su felicidad primitiva, lo que podían, lo hermosos que eran en el estado de la inocencia, y las maravillas todas del Paraíso terrenal!

Oiremos hablar a Noé, el segundo padre de nuestra raza. ¿Qué pasará por nosotros cuando nos describa, por haberlas visto, las grandes escenas del diluvio, su estancia en el arca, su vuelta a tierra, y las bendiciones de que le colmó a él, y en su persona a todo el linaje humano?

Oiremos hablar a Abraham, el padre de los creyentes. ¡Cómo palpitará nuestro corazón con el relato detallado del sacrificio de Isaac! Oiremos a todos los Patriarcas hablar de sus peregrinaciones a países extranjeros, Joseph nos explicará su poderío; Moisés la libertad de Is-

rael, el paso del Mar Rojo y todas las maravillosas circunstancias del viaje por el desierto. ¡Qué encantadoras no serán estas relaciones, hechas por testigos oculares!

Oiremos hablar a David, Isaías, Judith, Esther; Santa Ana, la bendita madre de la Virgen; Santa Isabel, madre del Bautista; los Reyes Magos, Lázaro, Marta, María Magdalena y demás amigos del Salvador; San Pedro, príncipe de los Apóstoles; San Pablo, el predicador del mundo entero; San Juan, el discípulo amado; San Antonio, el portento del desierto, que nos dirá los combates gigantescos y las maravillas de la Tebaida; San Agustín, príncipe de los filósofos; San Crisóstomo, dechado de oradores.

¿Qué más diré? Oiremos a los mártires, refiriéndonos lo que, a pesar de nuestros estudios, no sabemos: lo que era el mundo pagano, su corrupción profunda, su colosal poderío, su odio diabólico, su crueldad sin nombre, y luego sus propios tormentos, variados hasta lo infinito, sus combates en los anfiteatros con los leones y los tigres, seguidos de sus triunfos gloriosísimos.

En fin, oiremos hablar a nuestro padre, a nuestra madre, a nuestros amigos, a todos los Santos y Santas, convertidos en nuestros hermanos y hermanas, con los cuales no tendremos más que un corazón y una alma, y para quienes

nuestra palabra tendrá el mismo encanto que la suya para nosotros.

No parará en eso el placer del oído: en el cielo habrá cantos.

El canto de los ángeles. «Y los serafines, dice Isaías, cantaban alternativamente: Santo, Santo, Santo es el Señor Dios de los ejércitos; llena está la tierra de su gloria». Y San Juan: «Oí la voz de una muchedumbre de ángeles que decían: Digno es el cordero que ha sido inmolado de recibir el imperio, y gloria y bendición».

¿Quién dirá, amigo mío, la belleza de los cantos angélicos? Ocasión es de repetir con San Pablo: «La oreja del hombre no ha oído jamás cosa semejante». *Nec auris audivit*. Y como todo lo de los ángeles es inmensamente superior a lo nuestro, debemos concluir que las más bellas voces humanas, en comparación de las angélicas, no son más que campanas rotas.

El canto de los Santos. Completaré el texto de San Juan: «Y vi, dice, y oí la voz de una muchedumbre de ángeles alrededor del trono, y de los animales[1], y de los ancianos, y su número era millares de millares. Y decían en alta voz: Al que está sentado en el trono y al corde-

1. Los serafines.

ro, bendición y honor, y gloria y poder, por los siglos de los siglos»[1].

A las voces han de añadirse los instrumentos de música, de potencia y dulzura incomprensibles[1]. Figúrate tú, si puedes, la impresión que producirán esos conciertos inmensos, siempre antiguos y siempre nuevos, tanto más asombrosos, cuanto más afinados serán los instrumentos, más hábiles los artistas, más dulces y numerosas las voces, más delicados los oídos que los escuchan, más perfectamente sonoros los lugares en que resuenen, y más digno y más amado Aquél en cuyo honor se entonarán. Habiendo oído San Francisco de Asís, durante algunos minutos, el sonido de un laúd tocado por un ángel, quedó tan sorprendido que se creía en otro mundo.

¿Cuál será el asunto de esos cantares? Las maravillas inagotables del mundo de la naturaleza y del de la gracia, conviene a saber, todo lo que se pueda imaginar de más capaz de elevar el entusiasmo hasta el delirio. «Santo, Santo, Santo, Señor Dios de los ejércitos.» Tal es el tema que se reproducirá sin cesar con variaciones infinitas y siempre con nuevos encantos.

1. Apoc., V, 11.
2. Ib., XIV, 1-4.<p11<l120

Santo y tres veces Santo en la Creación; es decir, poderoso y tres veces poderoso, sabio y tres veces sabio, bueno y tres veces bueno, admirable y tres veces admirable en la creación del cielo, en la creación de la tierra, en la creación de los astros, en la creación de los animales, aves, peces, árboles y plantas, en la creación de los ángeles y del hombre.

El conocimiento íntimo de cada una de estas obras maravillosas dejará a los Santos como anegados en un Océano de admiración y de amor, que darán a sus cantos la expresión de indefinible placer.

Santo y tres veces santo en la redención, es decir, poderoso y tres veces poderoso, sabio y tres veces sabio, bueno y tres veces bueno, admirable y tres veces admirable en la redención del hombre y del mundo, en su descendimiento a la tierra, en el seno de su Madre, en la gruta del nacimiento, en su infancia, en su trabajo, en su doctrina, en sus milagros, en sus padecimientos, en su muerte, en su resurrección y en su ascensión triunfante.

Santo y tres veces Santo en la santificación; es decir, poderoso y tres veces poderoso, sabio y tres veces sabio, bueno y tres veces bueno, admirable y tres veces admirable en la santificación del hombre y del mundo, en la funda-

ción milagrosa de la Iglesia, en su perpetuidad en la institución de los Sacramentos, en el valor de los mártires, en la santidad de los confesores y las vírgenes, en las obras de caridad, tan multiplicadas como las necesidades espirituales y corporales del hombre.

El conocimiento íntimo de cada uno de estos prodigios dejará nuevamente a los Santos como anegados en un Océano de admiración y amor, que darán a sus cantos la expresión de indecible placer.

El estribillo de esos cantos sublimes y arrebatadores, no menos sublime y arrebatador que los cantos mismos, será la palabra que nosotros balbucimos en el mundo los días de grandes alegrías, sin conocer su aire y su poesía: el eterno ALLELUIA[1].

El canto de las vírgenes.A más de los dos cantos en que tomarán parte todos los elegidos, las vírgenes tendrán uno reservado sólo a ellas. El más bello ornamento de la corte celestial, las admirables vírgenes, que hasta el mismo mundo se ve precisado a respetar, acompañarán por doquiera al Cordero divino; y con un himno especial, que los ángeles y los Santos oirán sin

1. Apoc., XIX, 3-6.

poderlo repetir, atestiguarán a su divino Esposo su amor y su gratitud.

«Y vi, y he aquí el Cordero, de pie sobre la montaña de Sión, y con él ciento cuarenta y cuatro mil[1], que tenían su nombre y el nombre de su Padre escritos en la frente. Y oí una voz del cielo, semejante al ruido de muchas aguas, y como la voz de un gran trueno. Y la voz que oí era como el sonido de los tañedores de arpa tañendo sus arpas.

»Y cantaban como un cántico nuevo delante del trono y delante de los cuatro animales[2] y de los ancianos; y nadie podía cantar aquel cántico más que los ciento cuarenta y cuatro mil que fueron rescatados de la tierra; éstos son los que no se contaminaron con mujeres porque son vírgenes, y siguen al Cordero por doquiera que va»[3].

Este canto de las vírgenes, poderoso cual la voz de los grandes truenos o ruidosas cataratas, y dulce como el sonido de una arpa, vosotras solas, oh vírgenes bienaventuradas, podréis cantarlo: nosotros lo oiremos sin poderlo repetir, y sin teneros envidia.

Placer del olfato. En la tierra de los vivien-

1. Número que significa una muchedumbre innumerable.
2. Cuatro serafines, primeros príncipes de la corte celestial.
3. Apoc., XIV, 1-4.

tes el olfato, como todos los demás sentidos, tendrá su satisfacción propia, es decir, vivirá con la plenitud de la vida. Pero su vida es sentir el olor. No podemos dudarlo: el cielo será una región embalsamada de los más deliciosos perfumes.

En mis cartas sobre EL AGUA BENDITA te cité, mi querido Federico, gran número de Santos, que después de muertos despedían un olor tan agradable que jamás persona alguna lo había sentido semejante. Hubiera podido citarte una infinidad de otros. Ese perfume celestial lo exhalan todavía muchos hoy mismo tras largos siglos de sepultura; tales son, por no citar más que dos ejemplos, Santa Teresa en España y Santa Margarita de Cortona en Italia. Si los cuerpos cuyas almas gozan solas de la gloria exhalan olor exquisito aún en sus sepulcros, ¿qué será en el cielo, donde estarán vivos y gloriosos?

Placer del gusto. Lo que acabo de decir del olfato, debe decirse también del gusto. En el cielo, el hombre no estará más privado del gusto que de los otros sentidos. Aún se puede añadir que el placer de este sentido será tanto mayor, cuanto el gusto es el instrumento, o digamos, el sujeto más ordinario de las mortificaciones más penosas.

En tanto que los otros sentidos tendrán su

satisfacción propia en recompensa de sus privaciones, ¿el gusto, aniquilado o paralizado, no tendrá ninguna? Semejante suposición es igualmente contraria a la razón y a la fe. A la razón; dado que hemos de resucitar, esto nos dice que el hombre gozará en el cielo de toda la integridad de su ser, y que todos sus sentidos estarán en acto. A la fe: la cual nos enseña que en la tierra de los vivientes todo será vida, y vida en su plenitud[1].

Por lo demás, ya has oído a San Agustín afirmar el placer del gusto en el cielo. Otro gran doctor, San Anselmo, lo enseña con igual seguridad. «La vista, dice, el oído, el olfato, el gusto, el tacto, todos los sentidos de los bienaventurados, gozarán de placeres admirables».

En apoyo de este tan explícito testimonio podría yo presentarte una larga lista de sabios autores, como San Lorenzo Justiniano, San Gregorio, Escoto y otros muchos, que podrás ver, si gustas, en el eminente teólogo Suárez[2].

Cornelio Alapide los resume en estos términos: «Todos los sentidos de los bienaventurados tendrán sus goces propios, sus delicias admirables, que ni el ojo vio, ni el oído escuchó»[3].

1. Véase Corn. a Lap. *in Matt.*, V, 4.
2. III Par., tomo II, disput. 47, sec. ult.
2. In Apoc., XX, 2.

Pero me preguntas que cuál será el placer del gusto. Y yo te pregunto que en qué consistirá el del olfato, del oído o de la vista. Si tu respuesta es segura, la mía no puede ser dudosa. ¿Se comerá, pues, en el cielo? ¿Por qué no? Modelo de los bienaventurados en la tierra de los vivientes, nuestro Señor, después de su resurrección, comió varias veces con sus Apóstoles. Cierto es que el buen Maestro lo hizo con el fin de probar la realidad de su cuerpo adorable; mas que lo hiciera únicamente por esto, está por averiguar. En todo caso, su conducta prueba que la manducación no es incompatible con el estado de los cuerpos gloriosos.

Por otra parte, el cielo se nos anuncia frecuentemente como un festín de bodas, y la Escritura nos habla de comidas y bebidas que harán las delicias de los elegidos. Nada nos obliga a tomar estos placeres del gusto en sentido figurado, más que los del olfato y el oído, ni los árboles, flores y frutos, cuya realidad no se desmiente.

Sin embargo, no vaya nadie a figurarse que en el cielo habrá carnicerías y carniceros, cocineros y cocinas: estas groseras y laboriosas preparaciones del alimento habrán acabado para siempre. Por una parte, la muerte habrá desaparecido de la tierra de los vivientes; por otra,

habiendo consistido el alimento del hombre inocente en frutos y no en carne, eso mismo volverá a suceder con el hombre regenerado.

Menester es añadir, que la comida y bebida no se destinarán como acá, a reparar las fuerzas del cuerpo, sino a proporcionar al sentido del gusto su legítima satisfacción; en fin, que el cuerpo espiritualizado espiritualizará el alimento, de modo que éste no dará lugar a ninguna de las consecuencias humillantes de que va seguido en las condiciones de la vida terrestre[1].

Placer del tacto. Este sentido está repartido por todas las partes de nuestro cuerpo; y cuando el cuerpo es herido, o atacado de enfermedad, o cubierto de úlceras, el sentido que más sufre, y aún el único que sufre, es el tacto. Del mismo modo, cuando el cuerpo está sano y vigoroso, el tacto es el que siente el placer y la comodidad.

Este sentido tendrá, pues, su bienaventuranza, y la tendrá sin variación por toda la eternidad, cuando después de la resurrección, hechos inmortales e impasibles los bienaventurados, gozarán de perfectísima salud. ¿Qué no darían las gentes de mundo, especialmente en nuestros días, por verse perfectamente aseguradas del

1. Véase a Belarm., *De Beatitud. Sanct.*

mal de gota, de piedra, de los muchos males de cabeza, de los riñones, de estómago, y de otras mil enfermedades? ¿Cuánto, pues, no deberían hacer, y qué no deberán dar por ganar el cielo, de donde están desterrados para siempre la muerte y todo género de enfermedades y dolores?

Más todavía. Aunque los cuerpos resucitados deben seguir siendo compuestos de carne y hueso, serán, no obstante, *espirituales*, o lo que es lo mismo, de tal modo estarán sometidos al alma, que se moverán a su talante, subirán, bajarán, e irán por doquiera tan rápidos como el pensamiento, tan fácilmente como si fueran espíritus y no cuerpos.

Observa bien la compensación. Como el tacto es el único sentido que sufre cuando nuestros cuerpos pesados y terrestres tienen que subir, o bajar, o llevar peso, o correr de una parte a otra, así él será el que goce del placer indecible reservado a los cuerpos gloriosos, mediante la facilidad de trasladarse sin cansancio a todas partes.

Y ahora, mi querido Federico, queriendo yo bosquejar las glorias y los goces de la tierra de los vivientes, ¿qué es lo que he hecho? Niño, he balbucido; ciego, he hablado de colores y disertado sobre pinturas. Tú mismo, da a mis palabras un sentido mil veces más elevado, aña-

de cuanto tu corazón pueda desear, y tu espíritu concebir, y tu imaginación representar de mejor y más hermoso; di todo eso en el lenguaje más magnífico: ¿qué habrás hecho? Niño, habrás balbucido; ciego, habrás hablado de colores y disertado sobre pinturas.

Son, pues, verdaderas, y lo serán hasta el fin de los siglos, estas palabras de un testigo ocular: «El ojo no vio, el oído no oyó, ni el corazón alcanzó a desear nada comparable a lo que Dios tiene preparado para los que le aman».

Tiempo es de cerrar esta carta, que será la última,. y de resumir nuestra correspondencia.

El interés que tiene es todo para nuestros malaventurados contemporáneos. He aquí, bien lo sabes, los dos fines que me propongo.

Tu bien. Tú llegas ahora a las fronteras orientales de este sombrío y triste valle, que se llama la vida; y yo estoy tocando a las de Occidente. Cual viejo marino que ha recorrido los mares, he querido, haciéndote partícipe de mi experiencia, orientarte y preservarte de la fascinación que a tantos y tantos navegantes extravía.

El bien de nuestros contemporáneos. El mundo actual da miedo y compasión.

Da miedo. Todo está en fermentación: nadie se atreve a contar con el día de mañana. Dia-

riamente nuevas doctrinas salvajes baten en brecha los fundamentos del edificio social que nos alberga. Todas las concupiscencias exaltadas hacen oír amenazas sanguinarias. Mientras las llevan a cabo o no, los crímenes se multiplican horriblemente. La religión del desprecio, desprecio de Dios, desprecio del derecho, desprecio del honor, desprecio de la virtud, se extiende a ojos vistas, y los pueblos van haciéndose ingobernables.

Da compasión. Olvidando su dignidad, este mundo, que se cree tan ilustrado, se hace esclavo de la materia. En la materia busca la vida. ¿Y qué vida? La vida del animal, que come y bebe, y digiere y duerme, y con eso se contenta; no conoce otra: ha perdido hasta el sentimiento de su degradación. La verdad, para la cual ha sido creado, y que es la única que le puede ennoblecer, apenas encuentra acceso a su entendimiento. No sólo huye de ella, sino que la odia en sí misma, y la persigue en sus órganos.

¿De dónde proviene semejante demencia? De una sola causa: el hombre es esclavo del error radical que consiste en creer que la presente vida es la vida. Una palabra basta para probarlo. Que el mundo actual llegue a convencerse bien de que *esta vida no es la vida,* sino

camino para ella, y mañana le vuelve el juicio. Sabrá lo que es, de dónde viene, dónde está y a dónde va. Sus pensamientos, afecciones y actos tomarán una dirección del todo nueva.

En vez de tener una importancia capital los negocios temporales que le absorben por completo, no serán a sus ojos sino de un interés secundario. Los bienes terrenos, medios por su naturaleza indiferentes, como honores, riquezas, placeres, serán de él, mas él no será de ellos. Buscados sin pasión, poseídos sin inquietud, perdidos sin amarguras inconsolables, él los domina y no es dominado de ellos. Desde este momento quedan vencidas las tres concupiscencias; el hombre repuesto en su camino, y el mundo restituido al orden normal, habrá vuelto a encontrar la paz y la virtud.

No, y mil veces no; la vida de acá abajo no es la vida, no puede serlo; la vida está en otra parte. Éstas son las dos verdades fundamentales que importaba recordar, hoy más que nunca, a este siglo XIX, siglo más fascinado que ningún otro por el gran error de que esta vida es la vida, toda la vida. Cumplido hemos nuestro propósito.

Desde el principio, llamándole al tribunal de su conciencia, le hemos hecho la pregunta que ahora le repetimos por despedida: «Oh hombre,

ser sublime, ¿te comprendes tú mismo?» *¿Oh homo, tantum nomen, si intelligas te?* ¿Por qué estás en el mundo? Hoy día, especialmente, que te crees tan ilustrado, ¿qué haces? Imagen viva del Dios vivo, fuiste hecho para la vida, y amas la vida. La amas con pasión, invenciblemente, superlativamente. Arrastrado por un instinto irresistible, la buscas por todas partes. ¿Cuál es, dínoslo, la última palabra de tus trabajos, de tus afanes, de tu agitación, de tus sacrificios, de tus virtudes, y aún de tus crímenes? Entra en el fondo de tu alma, y allí encontrarás esta inevitable respuesta: «Voy en busca de la vida».

La respuesta es muy exacta. En todo, por doquiera y siempre, el hombre busca la vida. Es una ley de su existencia; por más que haga, no podrá sustraerse a ella. Seis mil años hace que respira sobre la tierra, y nada ha logrado detener ni aminorar el movimiento impetuoso que le empuja a buscar la vida. Por el contrario, cuanto más viejo se hace, más anheloso es su ardor; porque cuanto más se aparta, corrompiéndose, de la vida verdadera, más redobla sus esfuerzos para encontrar la vida mentirosa que sus pasiones han soñado, y que no encontrará jamás.

Diríase que es un niño grande, que a orillas de un lago tranquilo ve la imagen de la luna en el espejo de las aguas, y la toma por el astro

mismo. Víctima de su error, se precipita en el lago, y la imagen se le quiebra, y cuanto más él se agita por echarla mano, más lejos está de lograrlo. El rendirse, la desesperación, la muerte en medio de las aguas, es todo lo que saca de sus penosos esfuerzos. ¡Niño grande! Alza la frente y no busques a tus pies lo que tienes sobre la cabeza. Eso por qué te afanas no es más que la imagen de la realidad.

No obstante, la vida moribunda, la vida de las decepciones y los sufrimientos, no deja de tener algunos goces. ¿Qué será, pues, la vida de verdad? «¡Oh mi buen Maestro, exclamaba San Agustín; si de tantos beneficios nos colmáis aún en esta vida corruptible: beneficios del cielo y del aire, beneficios de la tierra y del mar, beneficios del día y de la noche, beneficios del calor y de la sombra, beneficios de los vientos y las lluvias, beneficios de las aves y los peces, de los animales terrestres y de los árboles; beneficios de multitud innumerable de hierbas y plantas; beneficios de todas las criaturas, que, dóciles a vuestra voz, alegran nuestras penas y nos sirven de consuelo en nuestro destierro, ¿cuántos no serán, cuán extensos y cuán ricos los bienes que nos habéis preparado en la patria del cielo, donde os hemos de ver cara a cara?

»Si tanto haces por nosotros, oh Señor, mientras estamos en la prisión, ¿qué no harás cuando nos hallemos en tu palacio? *Si tanta facis nobis in carcere, ¿quid ages in palatio?»*[1].

SI TAN BELLA ES LA CÁRCEL, ¿QUÉ SERÁ EL PALACIO?

SI TAN DULCE ES EL DESTIERRO, ¿QUÉ SERÁ LA PATRIA?

1. Soliloq. cap. XXI, n. 1.

INDICE

INDICE